

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~

PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION



UMARIO: José Conrad: *El Huésped Secreto* □
Mariano Latorre: *Jose Conrad* □ R. Cabrera Méndez: *Un proceso de influencias sociales* □ Juana de Ibarbourou: *Lasitud, Silencio, Andar, Los viajes* □ Raúl Silva Castro: *El crimen y la psicología* □ Carlos Acuña: *Acuarelas de Quipato* □ Víctor Giraud: *Las hermanas de los grandes hombres. Enriqueta Renán* □ Francisco Donoso G.: *Poemas interiores* □ Hombres, Ideas y Libros: Luis D. Cruz Ocampo: *Androvar* □ Vicente Huidobro: *Al fin se descubre mi maestro* □ Abraham Valenzuela: *Marcel Proust, sa vie, son oeuvre* □ Samuel Zenteno A.: *Actividades universitarias* □ Libros recibidos □ Vistos desde afuera: Eduardo Colín: *Gabriela Mistral* □ Glosario de Revistas: V.: *Educación y Gobierno. La actualidad del problema religioso.*

Universidad de Concepción. Chile
Precio: \$ 3.00 ~ Sepbre. 30 de 1925

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO II

SEPTIEMBRE 30 DE 1925

NÚM. 7

José Conrad.

El huésped secreto

(Traducción de Mariano Laforre).

II

EN ralo collar de barba rojiza rodeaba la cara del capitán de la *Séphora* y su tez correspondía a los que tienen pelos de este mismo color; en los ojos había un matiz azul quemado. No era, precisamente, un tipo sobresaliente; talla mediana, altos hombros, una pierna más curva que la otra. Me dió la mano con una mirada vaga. Una testarudez limitada me pareció su rasgo característico. Me comporté con una cortesía tal que pareció desconcertarlo. Posiblemente era tímido. Barbotaba como si tuviese vergüenza de lo que tenía que decir; dió su nombre (era algo así como Archbold, pero hace tantos años de esto que no estoy muy seguro); dió también el de su

navío y algunos otros detalles por el estilo, a la manera de un criminal que hace una confesión penosa. Había tenido un tiempo terrible durante la travesía, terrible y para remate, su mujer a bordo.

Estábamos en la cabina y el *steward* llevó una bandeja con una botella y vasos. «¡Gracias!» No bebía. Tomaba agua solamente. Bebió dos vasos. Lo necesario para provocar la sed. Sin descanso, desde el alba, había explorado los islotes, alrededor de su buque.

—¿Para qué?... ¿Para entreteneros quizá?—pregunté cortésmente.

—No—suspiró—. Un deber penoso.

Como persistía en su modo de hablar confuso y yo deseaba que mi doble no perdiese una palabra, se me ocurrió informarle que, muy a mi pesar, yo era un poco tardo de oídos.

—¡Cómo!—¡Tan joven! dijo levantando la cabeza, fijos sobre mí sus ojos de un azul empañado, sin expresión—. ¿Cómo ha ocurrido eso? ¿Acaso una enfermedad?—preguntó sin la menor simpatía y como si pensase, que, si no era así, yo le habría quitado algo muy caro.

—Sí, una enfermedad—acepté yo con un tono jovial que pareció chocarle. Pero había conseguido mi objeto; tuvo que elevar la voz para largarme su historia. No vale la pena transcribir aquí la versión dada por él. Más de dos meses habían transcurrido después de este acontecimiento; y tanto había pensado que parecía haber perdido por completo el sentimiento claro de su aspecto, aunque hubiese conservado una impresión profunda.

—¿Qué pensaría Ud. si ocurriese una cosa semejante en su buque? Hace quince años que mando la *Séphora*. Soy un capitán muy conocido.

Sufría profundamente; y quizá habría simpatizado con él si hubiese podido desprender mi visión interior del huésped insospechado que compartía mi cabina como si fuese mi segundo yo. Se hallaba, al otro lado del tabique, a cuatro o cinco metros a lo más, mientras nosotros estábamos en la cámara. Mi-

raba cortésmente al capitán Archbold (si ese era su nombre), pero era al otro a quien yo veía, en su pijama gris, sentado en el taburete, los pies juntos, los brazos cruzados. Cada una de las palabras que nosotros cambiábamos caían en sus oídos; veía su cabeza pensativa inclinada sobre el pecho.

—Tengo al presente, como grumete o como marino, treinta y siete años de servicios en el mar y nunca he oído decir que haya ocurrido una cosa semejante en un buque inglés. ¡Y debía ocurrir en el mío! Y además, mi mujer a bordo.

Lo escuchaba con disgusto.

—¿No piensa Ud.—le dije—que la ola que, como ha dicho, estalló en ese momento, haya podido matar al marinero? Yo he visto un cuello quebrado, al solo peso de una ola.

—¡Señor!—dijo, gravemente, fijando en mí sus ojos azules—!Una ola! Ningún hombre muerto por una ola ha presentado ese aspecto.

Pareció escandalizarle la idea. Y como yo lo miraba, sin esperar originalidad alguna de su parte, avanzó su cabeza hacia la mía y me tiró la lengua tan repentinamente que no pude impedir un movimiento hacia atrás.

Después de haberme sacado de quicio de esta manera pintoresca, meneó la cabeza con aire comprensivo. «Si yo hubiese podido ver la cosa, me aseguró, yo no habría podido olvidarla en mi vida». Era demasiado malo el tiempo para hacerle al cadáver funerales convenientes. De todos modos, al otro día, al alba, se le trasladó a la toldilla, después de haberle cubierto la cara con la punta de la bandera; se leyó una breve plegaria y luego, como él estaba con su traje y sus botas, se le largó entre las trombas de agua que parecían tragarse al buque a cada instante.

—Esa mesana ha salvado al buque—exclamé yo.

—Ciertamente, gracias, a Dios, dijo con fervor. Yo creo, que, mediante el auxilio de la misericordia divina, y lo creo firmemente, esa vela resistió durante el temporal.

—Pero el hecho de haber izado esa mesana fué... empecé de nuevo.

—La propia mano de Dios, interrumpió. Nada menos habría bastado. Os puedo asegurar que apenas me atreví a dar la orden. Parecía imposible tocar cualquier cosa sin perder la vela, y entonces se habría perdido también nuestra última esperanza.

Estaba aún bajo el terror de esa tempestad. Lo dejé proseguir un poco, negligentemente, como para llegar a un punto de menor importancia y le dije:

—Tiene prisa en entregar a su segundo a la autoridad de tierra, supongo?

—¡Naturalmente! ¡A la justicia!

Su oscura tenacidad, a propósito de ésto, tenía algo de incomprendible; algo, por decirlo así, de místico, sin hablar del deseo que podía tener de no hacerse sospechoso de autorizar a bordo procedimientos de esa especie. Treinta y siete años de virtuosa vida de marino, y los quince últimos en la *Séphora* parecían haberle creado una impía obligación.

—Y es preciso que sepa, prosiguió, tanteando con cierta vergüenza sus sentimientos, que no fui yo quien contraté a ese joven. Su familia tenía no sé qué intereses con los armadores. Yo me ví obligado a aceptarlo. Era demasiado *chic*, demasiado aristocrático. Nunca me cayó en gracia. Soy un hombre sencillo. No era el tipo de segundo que necesitábamos a bordo de un buque como el *Séphora*.

Yo estaba identificado de tal manera con el que participaba mi cámara en secreto, que tuve la impresión de que se me decía personalmente que yo tampoco era el tipo de marino para un buque como el *Séphora*. Sobre eso no tenía la menor duda.

—No era en absoluto el hombre que me convenía—insistió, fijando en mí una dura mirada.

Yo le sonreí amablemente. Pareció perplejo un instante.

—¿Supongo que debo informar que se trata de un suicidio?

—¿Qué dice Ud?

—Suicidio. Eso es lo que yo debería escribir a los armadores, apenas desembarque.

—A menos que lo encuentre de aquí a mañana, agregué fríamente. Quiero decir, vivo.

Gruñó algo que no pude entender y puse el oído hacia él con aire intrigado. Gritó como sigue:

—¿La tierra, quiero decir la tierra firme, está por lo menos a siete millas de donde está anclado mi buque?

—Más o menos.

Mi falta de agitación, de curiosidad, de sorpresa, de toda clase de visible interés, empezó a despertar su desconfianza. Pero salvo la feliz afectación de sordera, yo no había tratado de fingir ninguna otra cosa. Me habría sentido absolutamente incapaz de simular ignorancia y además, tenía miedo de arriesgarme. Es muy posible que él hubiese venido con alguna sospecha premeditada y que considerase mi cortesía como un fenómeno algo singular. Y sin embargo, de qué otra manera habría podido recibirlo? Cordialmente no; era imposible, por razones psicológicas que no tengo para qué explicar aquí. Mi único objetivo era defenderme de sus preguntas. ¿Frunciendo el ceño? Sí, pero el mal humor habría podido provocar de su parte una pregunta directa. Por lo que ella tenía para él de insólito y por su misma naturaleza, una impecable cortesía era el medio más acertado de contenerlo. Quedaba el peligro de verlo forzar mi defensa bruscamente. No habría podido, pienso, oponerle una mentira directa, igualmente, por razones psicológicas (y no morales). ¡Si él hubiera podido solamente saber cuánto miedo tenía yo que pusiese a prueba mis sentimientos de identidad con el otro! Pero, bastante extrañamente (lo pensé después), creo que no estuviese confundido por el reverso de esta fatídica situación, por esa cosa que en mí le recordaba al hombre que buscaba y le sugirió un misterioso parecido con el joven para el cual no había tenido, desde el primer día, sino aversión y desconfianza.

—Creo que hemos tenido que remar cerca de dos millas hasta su buque. Nada más.

—Sin embargo, es bastante con este calor insoportable—le dije.

Siguió otra pausa llena de desconfianza. La necesidad se dice, es la madre de la invención, pero el miedo también proporciona ingeniosas inspiraciones. Y yo tenía miedo de que él me preguntase a boca de jarro noticias de mi doble.

—Lindo camarote, ¿no?—observé como si me diese cuenta por primera vez del modo como sus ojos iban de una puerta a otra—. Y muy confortable. Aquí, por ejemplo—continué alcanzando negligentemente la puerta por encima del respaldo de mi silla y abriéndola por completo—, está mi cuarto de baño.

Tuvo un movimiento de ávida curiosidad, pero apenas le echó una ojeada. Yo me levanté, cerré la puerta del cuarto de baño y lo invité a recorrer el buque como si estuviese orgulloso de mi alojamiento. Tuvo que levantarse y visitarlo conmigo, pero lo vió todo sin gran entusiasmo.

—Ahora vamos a mi cabina—dije con la voz más fuerte que pude, atravesando el pasillo a estribor, con pasos voluntariamente lentos.

Entró detrás de mí y miró a su alrededor. Mi inteligente doble se había eclipsado. Yo representé mi papel.

—Muy cómodo, ¿verdad?

—Muy bien, muy confortable... No terminó y salió brusca-mente como para escapar a un maleficio de mi parte. Pero yo no quería dejarlo así. Me había producido demasiado miedo para que no intentase vengarme; comprendía que estaba en mi poder y quería llegar con él hasta el fin. Mi insistente cortesía debía contener algo de amenazante, pues cedió sobre la marcha. Y no le hice gracia de ningún detalle: la cabina del segundo, el comedor, el pañol de provisiones, el pañol de las velas que se hallaba bajo la toldilla; debió inspeccionarlo todo. Cuando, al fin, salió al puente, lanzó un largo suspiro de desaliento y murmuró lúgubrementé que le era necesario volver a su navío. Rogué a mi segundo que acababa de reunirse con nosotros, que preparase el bote del capitán.

El hombre de las barbas silbó agudamente con un pito que llevaba siempre suspendido al cuello y gritó: «Los hombres de la *Shépora*, al bote!» Mi doble, en la cabina, debió haber

oído y no podía, ciertamente, sentirse más consolado que yo. Cuatro hombres salieron corriendo de la cámara de la tripulación y pasaron por la borda, mientras los míos, apareciendo sobre el puente, se colocaron a corta distancia. Yo escolté a mi visitante hasta la escala, ceremoniosamente. Allí estuve a punto de traicionarme. Era un animal tenaz ese capitán. En la escala misma vaciló, perseverando concienzudamente en su idea, de un modo casi vergonzoso:

—Dígame, señor... Ud... Ud. no piensa que...

Yo interrumpí, elevando la voz:

—No, ciertamente... ¡Encantado! ¡Hasta la vista!

Yo recelaba de lo que él quería decirme, escapándome por la tangente: era, por lo demás, el privilegio de ser tardo de oídos. Estaba demasiado abatido para insistir, pero mi segundo, festigo próximo de esta separación, adquirió un aire de mistificado; en su cara se pintó una expresión pensativa. Como no quería dar a entender que yo deseaba evitar toda comunicación con mis oficiales, le di la ocasión de hablarle:

—Tiene el aire de un hombre excelente. Los marineros de su bote han contado a nuestros hombres una historia extraordinaria, si lo que me ha dicho el *steward* es cierto. Supongo que el mismo capitán se lo ha contado a Ud.

—Sí, el capitán me ha contado una historia.

—Un asunto muy embrollado, ¿no es verdad?

—¡En efecto!

—Sobrepasa todas esas historias de crímenes que nos han contado los buques norte-americanos.

—No pienso que las sobrepase. Ni siquiera que se les parezca.

—¡Dios me valga! ¡Así debe ser! No conozco en absoluto los navíos americanos. No puedo, por supuesto, discutirle. Pero lo curioso es que la gente de la *Séphora* parecía creer que el hombre estaba escondido a bordo, aquí. Lo creían a pie juntillas. ¿Ha oído una tontería semejante?

—Absurdo, ¿no es cierto?

Subimos al puente: ningún marinero se veía (era Domingo), y el segundo continuó:

—Han tenido hasta una disputa a propósito de esto; los nuestros juzgábase ofendidos: ¡como si nosotros albergásemos semejante tipo! ¿Tiene ganas de mirar el pañol del carbón? Una verdadera pelea. Por último se han reconciliado. Por mi parte creo que debe haberse ahogado. ¿Y usted, capitán?

—No he pensado en ello.

—¿Tiene dudas al respecto, capitán?

—Desde que no he pensado en ello...

Lo dejé bruscamente. Comprendí que producía mala impresión, pero, con mi doble abajo, me era muy penoso estar tranquilo en el puente. E igualmente molesto me sentía abajo. En una palabra, una situación inaguantable. Debo confesar que, cerca de él, sentíame mejor. No había nadie en el buque a quien pudiera comunicarle nada. Desde que los marineros supieron la historia, habría sido imposible hacerlo pasar por otro cualquiera y un descubrimiento accidental era más peligroso que nunca.

Como el *steward* ocupábase en poner la mesa para el almuerzo, no pudimos hablar sino con la mirada.

Más adelante, en la siesta, tratamos de hablar en voz baja. Estaba en nuestra contra la calma del Domingo en el buque; y la tranquilidad del agua y del aire; y los elementos, los hombres mismos, todo estaba en contra de nosotros en nuestra secreta asociación, el tiempo mismo, porque éste no podía tampoco durar eternamente. Ni la confianza en la providencia le era favorable a este hombre; ¿debo decir que este pensamiento me descorazonó bastante? Y en cuanto al capítulo de los accidentes imprevistos que tanto influyen en el libro del éxito, mi única esperanza consistía en que estaba encerrado. Porque ¿qué accidente favorable podíamos esperar?

—¿Ha oído todo?—fueron mis primeras palabras desde el instante en que tomamos nuestra posición uno al lado del otro, apoyados en el borde de la litera.

—Sí, había oído.

La prueba estaba en el ardor de su cuchicheo:

—¿El hombre le dijo que apenas se atrevió a dar la orden? Comprendí que se refería a esa oportuna mesana.

—Sí; tenía miedo que fuese arrastrada por el viento al izarla.

—Le aseguro que nunca ha dado la orden. Quizá ha creído hacerlo, pero no lo ha hecho. Estaba conmigo en la toldilla, después de que se tronchó el mastelero y lloriqueaba sobre esta última esperanza — lloriqueaba de veras y no otra cosa; — y la noche se nos venía encima. El solo hecho de ver al capitán sin control alguno sobre sí mismo era bastante para sacarlo a uno de quicio. Eso me ha enfurecido. Tomé, entonces la cosa bajo mi responsabilidad y lo dejé a punto casi de estallar y... ¿pero para qué relatar todo esto? ¡Usted sabe perfectamente lo que es! ¿Piensa usted que si yo no hubiera sido enérgico con ellos habría podido arrastrar los hombres a cualquier cosa? ¡Oh, no! ¿quizá el contra maestre? ¡Quizá! No era una mar rizada, era una mar enloquecida. Se me ocurre que el fin del mundo será algo por el estilo y un hombre puede ver semejante cosa una vez con el corazón firme, pero afrontarlo día tras día... Yo no le hago cargos a nadie. No valía yo más que el resto de la gente. Sólo que era oficial en este viejo carbonero y por esta causa...

—Comprendo perfectamente—le murmuré al oído con suavidad.

Estaba casi sin aliento a fuerza de tanto cuchichear; lo oía respirar ligeramente. Todo eso era muy sencillo; la misma fuerza nerviosa que había suministrado a veinticuatro hombres una oportunidad, por lo menos, de salvar sus vidas, había roto, por una especie de retroceso, una indigna existencia.

Pero yo no tuve el tiempo de pesar los méritos del asunto... pasos afuera, un golpe en la puerta: —«Hay ya bastante viento para aparejar, capitán». Era una carga nueva sobre mis pensamientos y aún sobre mi responsabilidad.

—Llame a todo el mundo sobre el puente—exclamé a través de la puerta—. Subo al instante.

Iba a trabar conocimiento con mi buque. Antes de dejar mi

cámara, nuestros ojos se encontraron, los ojos de los únicos extraños que había a bordo. Yo le mostré el rincón habitual donde lo esperaba el taburete y puse el dedo sobre la boca. Hizo un gesto vago, algo misterioso, acompañado de una sonrisa débil, como de remordimiento.

No hay para qué relatar en este momento las impresiones de un hombre que siente por primera vez moverse un navío bajo sus pies al son de su palabra responsable. En mi caso, las cosas no eran muy claras. No estaba enteramente solo con mis responsabilidades, pues había en mi cabina este extranjero. O más bien no estaba por completo y enteramente con mi navío. Estaba ausente en parte. Esta impresión mental de encontrarse en dos lugares distintos a la vez, me afectaba físicamente como si la disposición al secreto me hubiese penetrado hasta el alma. Antes de una hora, pasada después del primer movimiento del buque, habiéndoseme presentado la ocasión de pedir al segundo (estaba a mi lado) que me diera la distancia a que se encontraba la Pagoda, tuve la veleidad de inclinarme a su oído. Digo tuve la veleidad; pero fué una estratagema. No puedo describir esto sino llamándolo una estratagema. Una actitud grave, reflexiva, como si se hubiese encontrado en posesión de un dato difícil, no lo abandonó desde ese instante. Poco después dejé el puente para echarle una ojeada al compás, y lo hice de una manera tan furtiva que el timonel lo notó. Yo no pude constatar sino que sus ojos se ponían extraordinariamente redondos. No eran sino naderías, pero no es ventajoso para un capitán el hacerse sospechoso de excentricidad: la situación era más grave. Hay para un marino ciertas palabras, ciertos gestos que deben, en circunstancias dadas, venir tan naturalmente como el guiño instintivo de un ojo amenazado. Tal orden debe salir de sus labios, sin reflexión, por decirlo así. A mí me había abandonado toda espontaneidad. Tenía que hacer un esfuerzo de voluntad para ir de la cabina a mis obligaciones del momento. Comprendí que producía la impresión en esas gentes, que me criticaban sin hablar, de un capitán irresoluto.

Además, existían las alarmas. Al segundo día, por ejemplo, al

dejar el puente en la tarde (tenía los pies en pantuflas de paja), me detuve en la puerta abierta del comedor y me dirigí al *steward*. Hacía no sé qué, volviéndome la espalda. Al sonido de mi voz, tuvo un violento sobresalto, rompiendo una taza.

—¿Qué tiene Ud. por Cristo?—exclamé admirado.

Me respondió confusamente:

—Perdón, capitán. Creí que estaba Ud. en su camarote.

—¿No ve usted claramente que no estaba?

—No, capitán. Habría jurado que alguien se movía adentro, hace un minuto. ¡Es extraordinario! ¡Le pido disculpas, capitán! Me alejé temblando. Estaba de tal modo identificado a mi doble que no le hablé de esto en el curso de los raros y medrosos cuchicheos que cambiamos. Supuse que había hecho algún ruido. Era sorprendente que esto no hubiese ocurrido ya. Y sin embargo, por raro que parezca, parecía siempre perfectamente dueño de sí mismo, más que tranquilo, invulnerable. Por consejo mío permaneció casi constantemente en la sala de baño que, de todos modos, era el lugar más seguro.

En aquel exiguo rincón no podía tener ni la sombra de una excusa para cualquiera que hubiese entrado repentinamente y lo hubiese visto. A veces se tendía, replegaba las piernas, la cabeza en uno de sus brazos. En otros momentos, lo encontraba sentado en el piso, con su pijama gris y su cabeza negra, rapada como la de un presidiario, impasible. En la noche lo subía a mi litera y conversábamos, cuchicheando, bajo las pisadas regulares del oficial de guardia, pasando y repasando por encima de nuestras cabezas. Fué un período infinitamente triste. Por fortuna, algunas cajas de conservas finas habían sido guardadas en un estante de mi cámara; yo podía procurarme pan negro casi siempre. Así vivió de pollo frío, de pâté de foie gras, de espárragos, de ostras cocidas, de sardinas, de toda especie de abominables golosinas en conserva. Mi desayuno era él quien lo bebía; era, por lo demás, todo lo que me atrevía a hacer por él en este sentido.

Cada día era necesario hacer esa horrible maniobra para que mi pieza fuese aseada como de costumbre. Llegué a odiar

la presencia del *steward*, a aborrecer la voz de este hombre inofensivo. Presentía que él era el que llegaría al desastre del descubrimiento. Esta amenaza pendía como un sable sobre nuestras cabezas.

El cuarto día bordeábamos, creo, la costa oriental del Golfo de Siam, poco viento y mar tranquila, el cuarto día, repito, jugueteando miserablemente con lo inevitable, cuando estábamos en la mesa a la hora de la comida, este hombre, de quien temía el menor movimiento, subió apresuradamente al puente, después de habernos servido los platos. Esto no podía ser peligroso. Volvió en seguida, y comprendí entonces que se había acordado de una chaqueta mía que dejé secándose en la escotilla, después de una lluvia tropical en la mañana.

Sentado a la cabecera de la mesa, experimenté un miedo loco a la vista de esa prenda, colgada de su brazo. Seguramente, iría a mi cámara. No había tiempo que perder.

—*Steward!*—grité. Mis nervios estaban tan quebrantados que yo no podía dominar mi voz, ni ocultar mi turbación. Esa era una circunstancia semejante a la que impulsaba a mi segundo, el de las terribles barbas, a ponerse el índice en la frente. Yo lo había sorprendido haciendo este gesto, en el puente, mientras conversaba confidencialmente con el carpintero. Estaba demasiado lejos para oír la menor palabra, pero era indudable que esta pantomima se refería al extraño y novísimo capitán.

—Sí, capitán—dijo volviéndose hacia mí con aire resignado el pálido *steward*. Esta manera loca de oírse llamar repentinamente, sin razón aparente, de pasearse en la cámara o interrumpir sus labores con incomprensibles mandatos, eran la causa de la angustia creciente de su expresión.

—¿Dónde va con esa chaqueta?

—A su cámara, capitán.

—¿Va a llover aún?

—No lo sé, capitán. ¿Es necesario ver?

—¡No vale la pena!

Yo había conseguido mi objeto, pues naturalmente mi doble debió haber oído todo lo que pasaba. Durante este intermedio

mis dos oficiales no habían levantado ni una vez la nariz de sus platos respectivos, pero los labios del irónico teniente temblaban en una mueca mordaz, sin duda alguna.

Yo esperaba que el *steward* colgase la chaqueta y saliese en seguida. Se demoró mucho; pero dominé suficientemente mi nerviosidad para no salir de mis casillas. Se me ocurrió de improviso (esto se comprende demasiado) que el *steward*, por una razón cualquiera, iba a abrir la puerta del cuarto de baño. ¡Era el desastre! El rincón no era más grande que un pañuelo de narices. Me faltó la voz y quedé petrificado. Yo esperaba oír un grito de sorpresa y de terror e hice un movimiento, pero sin la fuerza suficiente para ponerme en pie. Todo permanecía silencioso. ¿Habría saltado mi doble al cuello del pobre diablo? No sé, en realidad, lo que habría hecho un instante después, si no hubiera visto salir al *steward* de la cámara, cerrar la puerta y subir tranquilamente al puente.

«Salvado, pensé. ¡Pero nó: perdido! Ha huído, seguramente.»

Dejé el cuchillo y el tenedor y me dí vuelta en la silla giratoria. Mi cabeza giraba. Al cabo de algunos segundos, cuando estuve suficientemente repuesto para hablar con voz firme, dí a mi segundo instrucciones para virar a las ocho.

—No subiré al puente, continué. Voy a acostarme, y salvo que el viento cambie, no quiero que se me llame hasta las doce. Me siento algo indispuerto.

—Tenía Ud. ese aspecto hace un instante—me hizo notar el segundo sin darle a ello mucha importancia.

Salieron los dos oficiales y yo me quedé con los ojos fijos en el *steward* que levantaba la mesa. Nada se podía adivinar por su fisonomía. Pero yo me pregunté: por qué evitó mis miradas. Pensé que sería mejor escuchar el timbre de su voz.

—*Steward!*

—Capitán—dijo asustado, como de ordinario.

—¿Dónde ha colgado esa chaqueta?

—En el cuarto de baño, capitán.

Y aun con el tono ansioso:

—No está enteramente seca.

Permanecí sentado un momento en el comedor. ¿Habría desaparecido mi doble como había llegado? De su llegada tenía una explicación, mientras que su desaparicimiento no podía explicarse. Entré despaciosamente en mi oscura cabina, cerré la puerta, alumbré la lámpara y durante algún tiempo no me atreví a volverme. Cuando lo hice, al fin, lo ví que permanecía erguido en el estrecho rincón. No diré que tuve un sobresalto, pero una duda irresistible concerniente a su existencia material me cruzó por la imaginación. ¿Puede, me pregunté, que sea invisible a otros ojos que los míos? Inmóvil, grave el gesto, levantó las dos manos hacia mí, como queriendo decir: «¡De buena hemos escapado!» Yo creo que había llegado insensiblemente tan cerca de la locura como el que ha franqueado realmente sus fronteras. Su actitud me detuvo, por decirlo así.

El segundo de las barbas espantables estaba a punto de virar. En el instante de profundo silencio que sucedió a aquel en que la tripulación ocupó sus puestos de maniobra, oí sobre la toldilla su voz vigorosa: «Largar los foques» y el grito lejano de la orden repetida adelante. Las velas, apenas movidas por una brisa ligera, no dejaron oír sino un débil aleteo, que se paralizó muy luego. El buque tomaba el viento lentamente; retuve mi respiración en la calma redoblada de la espera; diríase que no había alma viviente en cubierta. El grito repentino «¡Cambiar atrás!» rompió el encanto y entre el griterío ensordecedor y el pataleo sobre cubierta, encima de nuestras cabezas, empezamos nuestro diálogo cuchicheante, en la litera.

No esperaba mi pregunta.

—Yo lo oí remover ahí y no tuve sino el tiempo preciso para encucillarme en la tierra—me dijo en voz baja—. El hombre no ha hecho sino entreabrir la puerta y pasar el brazo para colgar la chaqueta. ¡Sin embargo!...

—No había pensado en eso—le dije, aún más espantado por el peligro inminente y admirándome de ese no sé qué de inflexible que había en su carácter y que lo sacaba de apuros con tanta oportunidad. Su cuchicheo no denotaba agitación alguna. Si alguien debía perder la cabeza en ese momento, no sería él

seguramente. Era un hombre sano de espíritu. Y me suministró una nueva prueba cuando me dijo en voz baja:

—El resucitar no tiene para mí ningún valor.

Era lo que podía decir uno que volvía a la vida, pero a lo que él aludía era a la hipótesis, admitida a su pesar, de su suicidio, como había supuesto el capitán. Esto ayudaba a su proyecto seguramente, si yo hubiera podido comprender el punto de vista que parecía orientar sus acciones.

—Dodéis dejarme cuando el buque se aproxime a una de esas islas desiertas que hay a lo largo de la costa del Cambodge—prosiguió.

—¡Abandonarlo en una isla desierta! Me parece que no vivimos una novela de aventuras—protesté.

Me detuvo su respuesta desdeñosa:

—Claro que no. No hay nada de novelesco en todo esto. Pero no se puede hacer otra cosa. Ni pido más tampoco. No creerá que tengo miedo por lo que ellos pueden hacerme: prisión, horca o lo que sea. ¡Me veo explicando esas cosas a un viejo personaje con peluca y a doce respetables comerciantes! ¿Pueden saber ellos si soy culpable o no? ¿O por lo menos de qué soy culpable? Ese es mi secreto. ¿Qué dice la Biblia?: «Arrojado de la faz de la tierra». Muy bien. Yo estoy arrojado ahora de la faz de la tierra. Y voy a irme en la noche como he llegado.

—Imposible—murmuré.—No puede usted hacer eso.

—¿Por qué no? No enteramente desnudo como un alma el día del juicio final. Voy a apropiarme de su pijama. ¿Ha comprendido perfectamente, no?

Tuve de improviso vergüenza de mí mismo. Puedo decir que había comprendido y mi duda, al dejar que este hombre abandonase el buque, no era un sentimentalismo falso, ni una especie de cobardía.

—Eso no puede hacerse hasta mañana en la noche. El buque navega a la capa y puede faltarme el viento.

—Ya suponía yo que me comprendería. Naturalmente, com-

prende. Es muy agradable encontrarse con alguien que lo comprenda. Ha acertado sobre la marcha.

Y con la misma voz muy baja, como si ambos, cada vez que cambiábamos algunas palabras no tuviésemos que decirnos sino cosas que el mundo no podía oír, agregó:

—¡Es verdaderamente maravilloso!

Permanecemos juntos, conversando de esta manera secreta, a veces silenciosos, o no cambiando sino uno u otro murmullo a largos intervalos. Y siempre miraba fijamente a través de la claraboya. De tiempo en tiempo nos rozaba las caras el soplo del viento. Hubiérase creído que el buque estaba fondeado en un estanque, tan a plomo y tan sin ruido se deslizaba sobre esta agua silenciosa, cubierta de sombra como un mar fantástico.

A media noche subí al puente y con gran sorpresa de mi segundo, hice cambiar las amuras. Sus terribles barbas voltejaban a mi alrededor como una crítica silenciosa. Yo no habría hecho eso ciertamente si sólo se tratase de salir lo más rápidamente posible de este golfo dormido. Creo que dijo al teniente que esto era un disparate. El otro se contentó con bostezar. Este intolerable mequetrefe se movía de una manera tan perezosa y se tendía sobre la baranda con tanta indolencia, tan incorrectamente, que yo le dije con viveza:

—¿No está usted aún bien despierto?

—Sí, capitán, estoy despierto.

—Entonces, hágame el favor de comportarse como si lo estuviese. Y fijese. Vamos a aproximarnos a las islas antes que amanezca.

La costa oriental del golfo está franjeada de islas, unas solas, otras en grupo. En el fondo azulado de la costa parecen flotar sobre los reflejos argentados del agua en calma, áridas y grises, o bien de un verde oscuro, redondeadas como amontonamientos de arbustos, siempre verdes, las más extensas de una milla o dos, dejando ver los contornos de las colinas, salientes de rocas grises bajo el húmedo manto del follaje. Desconocidas al comercio, a los viajeros, casi a la geografía, el género de

vida que ellas encierran ha permanecido en secreto. Deben existir aldeas, colonias de pescadores, en las más extensas y las comunicaciones con el mundo se harán, sin duda, por medio de embarcaciones indígenas. Pero toda esa mañana, al avanzar hacia ellas, empujados por la débil brisa, no ví ni la sombra de un hombre, ni de una canoa en el campo del anteojo que yo tenía dirigido sobre el archipiélago.

A medio día no dí la orden de cambiar de ruta, y las barbas del segundo manifestaron su inquietud y parecieron ofrecerse ellas mismas, fuera de propósito, a mi atención. Por fin le dije:

—Quiero seguir derecho sobre la tierra. Muy cerca, lo más cerca que pueda.

Una mirada de extrema sorpresa daba una expresión de ferocidad aún a sus ojos, y por un momento, pareció verdaderamente terrible.

—No ganamos nada con estar en medio del golfo, repliqué con negligencia. Quiero buscar la brisa de tierra esta noche.

—Dios me valga, capitán, ¿en una noche negra, en medio de estos islotes, arrecifes y bancos de arena?

—¿Qué quiere Ud.? Si los vientos de tierra son regulares en nuestra costa, es necesario aproximarse para encontrarlos. ¿No le parece?

—¡Dios me valga!—exclamó de nuevo, en voz baja.

Durante esta jornada conservó un aspecto soñador, contemplativo, que en él exteriorizaba la perplejidad. Después de almorzar, bajé a mi cabina como si fuese en busca de reposo. Allí inclinamos nuestras cabezas morenas sobre una carta a medio desenrollar, en mi litera.

—¡Aquí! dije. Es necesario que sea Koh-Ring. No he cesado de observar la isla desde la salida del sol. Hay dos colinas y una punta baja. Debe estar deshabitada. Y en la costa, frente a la isla, parece que hay una barra de un río grande, con algún villorrio, sin duda, no muy lejos. Es lo mejor que he encontrado para usted.

—Como quiera. Voy a Koh-Ring.

Consideró pensativamente el mapa, como si pesase, desde muy alto, las probabilidades y las distancias, como si siguiese su propia silueta, errante sobre este espacio blanco que representaba la Cochinchina, dejando el papel y perdiéndose en regiones que la carta no contenía. Y dábamos la impresión de que el buque tuviese dos capitanes para trazar su ruta. Tan fatigado estaba de subir y bajar que ni siquiera tuve el valor de vestirme ese día. Conservaba mi pijama, mis pantuflas de paja y un liviano cucalón blanco. El pesado calor del golfo era agotador y la tripulación estaba acostumbrada a verme con ese traje ligero.

—Vamos a pasar la punta, si el viento no cambia—murmuré en su oreja.—Dios sabe a qué hora, pero seguramente al anocheecer. Voy a aproximar el buque a una media milla; a esa distancia podré juzgar en la noche...

—Hay que ser prudente—murmuró, y comprendí súbitamente que todo mi porvenir, el único porvenir para el cual había nacido, sería, quizá, irreparablemente comprometido si alguna desgracia sobreviniera en mi primer viaje de capitán.

No pudo permanecer más tiempo en la cámara. Le dí a entender que se escondiese y subí a cubierta. Estaba de turno el odioso tenientillo. Dí una o dos vueltas en la toldilla y después lo llamé.

—Envíe dos hombres a abrir los portales de popa—le dije suavemente.

O era un audaz o se olvidó; tan admirado estaba de mi orden incomprensible, que se atrevió a decirme:

—¡Abrir los portales! ¿Para qué, capitán?

—La única razón por la que debe inquietarse es que yo le he ordenado hacerlo. Hágales abrir por completo y amárrelas convenientemente.

Enrojeció y se fué, pero hizo, me parece, no se qué observación burlona al carpintero a propósito de la razonable costumbre de airear el puente de un buque. Estoy seguro, sí, que melió la nariz en el cuarto del segundo para informarlo, pues las barbas salieron al puente como por encanto y me observaron furtiva-

mente desde abajo, en espera de algún signo de demencia o de ebriedad, supongo.

Momentos antes de la comida, sintiéndome más cansado que nunca, me reuní, por un instante, a mi doble. Y fué para mí una sorpresa el encontrarlo tan tranquilo. Algo de inhumano, algo contrario a la naturaleza se desprendía de su carácter.

Desarrollé mi plan en precipitados murmullos.

—Voy a conservar las amuras todo el tiempo que pueda antes de cambiar de rumbo. Luego encontraré el medio de hacerlo pasar al pañol de las velas que se comunica con la antecámara del camarote. El pañol tiene una abertura, especie de escotilla para sacar las velas, que da al puente y que cuando hace buen tiempo no se cierra para airear las velas. Cuando el navío no tenga viento y todos estén en la popa, en las grandes vergas, tendrá libre el camino para escapar y pasar, por la borda, a uno de los portalones. Los he hecho abrir completamente. Sírvase de un cable para bajar al agua a fin de evitar el ruido. Eso podría traer alguna complicación. ¿Comprende usted?

Se calló un instante, y luego murmuró:

—No comprendo.

—No lo veré partir, empecé con esfuerzo. Por lo demás... supongo que os he comprendido.

—Perfectamente. Desde el principio hasta el fin—Y por primera vez se hubiera dicho que algún titubeo, cierta emoción temblaba en su voz. Me tomó el brazo, pero la campanilla de la comida me hizo estremecer. A él, no; abandonó, sí, mi brazo.

Después de la comida, no dejé el puente sino a las ocho. La ligera brisa estaba cargada de rocío. Las velas húmedas, ennegrecidas por el aire, retenían todo lo que en ellas había de fuerza propulsiva. El cielo, claro y estrellado, parpadeaba en la negrura y las manchas opacas que pasaban lentamente frente a las estrellas bajas eran islas que producían la impresión de deslizarse sobre el agua. Por encima de la serviola se destacaba una grande, más distante y más impo-

nente, tan enorme era el pedazo de cielo que ocultaba su sombra.

Al abrir la puerta, vi de espaldas a mi otro yo que examinaba una carta. Había salido de su rincón y estaba de pie cerca de la mesa.

—Está ya bastante oscuro—murmuré.

Retrocedió, apoyándose en mi litera, con una mirada tranquila. Me senté en el sofá. Nada teníamos que decirnos. Por encima de nuestras cabezas, el oficial de turno iba y venía; luego lo ví marchar más rápidamente. Sabía lo que ésto quería decir; iba a bajar la escalera en dirección hacia mi cámara. Su voz se dejó oír de improvviso:

—Nos aproximamos demasiado rápidamente, capitán. La tierra parece muy cerca.

—Muy bien respondí. Subiré en un momento. Esperé que hubiese dejado el pasadizo para levantarme. Mi doble hizo un movimiento: había llegado la hora de cambiar nuestros últimos cuchicheos, pues ninguno debía oír nunca más la voz natural del otro.

—Escuche. Abrí un cajón y conté diez libras esterlinas. Tome eso. Yo tenía veinte y se las habría dado todas si no debiera guardar un poco de dinero para comprar frutas y legumbres a los barcos indígenas, en el estrecho de las Sondas.

Con un movimiento de cabeza indicó que rehusaba.

—Tome—insistí yo, cuchicheando con energía;—no se puede saber que...

Sonrió y con aire significativo golpeó el solo bolsillo de su pijama. Quiso decir, posiblemente, que allí el oro no estaba seguro. Saqué un viejo pañuelo de seda y anudando las libras en un extremo, le rogué que las aceptase. Parecía conmovido, supongo, pues las tomó al fin y anudó el pañuelo rápidamente a su cintura, en la misma piel.

Nuestros ojos se cruzaron; pasaron varios segundos; y nuestras miradas no se separaron hasta que yo extendí la mano y apagué la lámpara. Luego subí al puente, dejando abierta la puerta de mi cabina.

—*Steward!*

En su exceso de celo, quedábase en la cocina frotando una aceitera o cualquier otra cosa, última ocupación suya antes de recogerse. Como temía despertar al segundo cuya pieza estaba al frente, hablaba en voz baja. Miró a su alrededor de un modo ansioso:

—¡Capitán!

—¿Puede Ud. traerme un poco de agua tibia?

—Temo que ya hayan apagado el fogón en la cocina.

—¡Vaya a ver!

Subió rápidamente la escalera.

—¡Ahora!—murmuré yo en voz alta, demasiado alta quizá, pero tenía miedo de que no saliese ningún sonido de mi garganta.

Sobre la marcha estuvo a mi lado. El doble capitán se deslizó a lo largo de la escalera, a través de un pasillo oscuro... una puerta. Estábamos en el pañol, trepando con piernas y brazos sobre las ásperas velas arrolladas. Me vino una idea de improviso. Me ví, los pies desnudos, desnuda la cabeza, bajo la tórrida caricia del sol tropical. Me quité el sombrero y traté de colocárselo en la oscuridad. El me evitaba, rechazándome en silencio. Me preguntó qué pensaría de mi acto, antes de haber comprendido y cesado, por fin, de oponerse. Nuestras manos se unieron en la sombra y durante un segundo se estrecharon en un fuerte, inmóvil apretón. Cuando ellas se separaron ninguno pronunció una sola palabra.

Yo estaba tranquilamente en la puerta de mi cámara cuando volvió el *steward*.

—El agua está casi fría, capitán. ¿Enciendo el anafe?

—No vale la pena.

Subí al puente. Ahora era para mí cuestión de conciencia acercarme a la tierra lo más posible, pues debía echarse al agua apenas el navío tomase viento. Era necesario. No podía retroceder en ese momento. A los pocos minutos me fuí a la borda y la sorpresa de ver la tierra tan próxima me oprimió el corazón. En cualquier otra circunstancia yo no habría esperado un minuto más. El teniente me había seguido ansiosamente.

Seguí mirando la costa para alcanzar a serenarme.

—Podemos pasar sin viento—dije entonces con voz tranquila.

—¿Va usted a hacer eso, capitán?—balbuceó con aire incrédulo.

No me preocupé de él y elevé la voz lo suficiente para hacerme oír del timonel.

—Las velas llenas.

—Velas llenas, capitán.

La brisa rozaba mi cara, las velas dormían, el universo estaba silencioso. El esfuerzo que hacía para distinguir la elevación sombría e indistinta de la tierra que se hacía a cada instante más grande y más espesa, era demasiado para mis nervios. Había cerrado los ojos, pues quería que el buque se aproximase aun más. Era necesario. Reinaba un silencio intolerable. ¿Nos movíamos siquiera?

Cuando reabrí los ojos, la vista de la tierra me dió un vuelco en el corazón. La alta punta negra, el sur de Koh-Ring, parecía suspendida justamente por encima del navío como un fragmento de la eterna noche. De esta enorme masa de tinieblas no brotaba ni una luz, ni un ruido. Se deslizaba hacia nosotros irresistiblemente y sin embargo, parecía ya al alcance de la mano. Vi las formas vagas de los hombres de turno agrupados en la baranda, mirando en el terrorífico silencio.

—¿Va a seguir, capitán?—preguntó una voz poco segura cerca de mí.

No conocía esta voz. Era necesario continuar.

—Las velas llenas. Que el navío no pierda su rumbo. Cuidado ahora—le dije con un tono de advertencia.

—No distingo bien las velas, me respondió el timonel con una voz extraña, temblorosa.

¿Estaría ya bastante cerca? El buque deslizábase, no diré en la sombra de la tierra, pero sí sumergido en su oscuridad, demasiado adentro para salir, y por completo fuera del alcance de mi voluntad.

—Llame al segundo, dije yo al teniente burlón que permanecía cerca de mí en un silencio de muerte. Muchas voces gritaron a la vez: Todos están en el puente, capitán.

Volvió de nuevo el silencio, con la inmensa sombra que se deslizaba, más próxima, dominándonos desde más alto aún, muda y sin luz. Era tal el silencio que gravitaba sobre el buque, que producía la impresión de la barca de los muertos flotando lentamente en las puertas mismas del Erebo.

—¡Dios mío! ¿dónde estamos?

Era el segundo que gemía a mi lado. Estaba aterrorizado y se hubiera dicho, privado del apoyo moral de sus barbas. Se golpeó las manos y con aire desesperado exclamó:

—Todo está perdido.

—Silencio—dije serenamente.

Bajó el tono, pero yo vi en la sombra su gesto de desesperación.

—¿Qué hacemos aquí?

—Buscamos el viento de tierra.

Hizo el ademán de arrancarse los cabellos y perdiendo todo aplomo, me apostrofó:

—El buque no saldrá nunca de aquí. Ud. lo ha querido, capitán. Sabía que esto debía de terminar así. Nunca el buque tomará el viento y estamos demasiado cerca para virar. Ronzará hacia la costa infaliblemente. Oh, Dios mío!

Le cogí el brazo en el momento en que lo iba a levantar para golpearse su desgraciada cabeza y se lo sacudí violentamente.

—Puedo decir que ya está perdido—se lamentó, tratando de desasirse.

—Ah! si?... Qué las velas estén llenas, timonell

—Velas llenas, capitán—gritó el timonel con un tono de niño asustado.

Yo no había dejado el brazo al segundo y continuaba sacudiéndoselo.

—Prepárese para virar. ¿Oye Ud? ¡Vaya adelante! (le di un sacudón); permanezca ahí (nueva sacudida) y nada de tonterías

(otro sacudón) y cuide que esas escoltas de foques sean largadas rápidamente (tres nuevos sacudones).

Y durante todo este tiempo no osaba mirar hacia la tierra de miedo que el corazón no me fallase. Aflojé mi apretón al fin y él corrió como si la muerte lo persiguiese de cerca.

Me pregunté lo que mi doble, en el pañol de las velas, pensaría sobre esta situación. Podía oírlo todo, y quizá podía comprender por qué, para tranquilidad de mi conciencia, había sido necesario acercarse de este modo a la tierra. Mi primera orden «Enfilad los foques», repercutió siniestramente bajo la sombra dominante en Koh-Ring, como si la hubiese gritado en un cajón de cordillera. Luego aceché la tierra atentamente. Sobre esta agua tranquila y con una brisa tan ligera era imposible darse cuenta de si el buque orzaba. No. No podía sentir nada. Y mi propio segundo se aprestaba ya a deslizarse por la borda. Quizá ya había partido.

La gran masa negra que planeaba justamente sobre las puntas de los mástiles se puso a girar tras del buque. Y ahora había olvidado al huésped secreto, próximo a partir y me acordé únicamente que yo no conocía en absoluto las cualidades de este buque. No, no las conocía. ¿Obedecería a mi orden su masa inerte? ¿Lo haría maniobrar como era preciso?

Di la orden: «Cambien atrás». Y luego esperé. Quizá ya había perdido su rumbo y su destino estaba suspendido en la balanza, con la masa negra del Koh-Ring, como la puerta de la noche eterna, dominando su toldilla. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Tenía aún movimiento? Me incliné por la borda, rápidamente, y sobre el agua oscurecida nada pude ver sino un débil temblor de fosforescencia, revelando la superficie lisa y espesa del mar. ¿Respiraba aún? Lo que necesitaba era algo fácil de ver, una punta de papel blanco que debería arrojar al agua para darme cuenta. No tenía nada en mi cartera. No me atreví tampoco a bajar a buscarlo. No había tiempo. De pronto mi mirada ansiosa, distinguió un objeto blanco que flotaba a menos de un metro del buque, blanco sobre el agua negra. Una luminosidad fosforescente tembló cerca. ¿Qué era? Reconocí mi propio sombrero.

Debió caérsele... y no se preocupó de recuperarlo. Tenía, ahora, mi punto de referencia. Apenas pensé fugitivamente en mi otro yo, lejos ya del navío, alejado para siempre de toda mirada amiga, para recorrer fugitivo y vagabundo la tierra, sin la marca de maldición impresa sobre la frente para detener la mano asesina... demasiado valiente para hablar.

Y miré el sombrero, emblema de mi súbita piedad por su carne débil. Mi intención había sido abrigar su cabeza errante de los peligros del sol tropical. Y ahora me salvaba, me proporcionaba un punto de mira que debía triunfar de la ignorancia en que yo estaba del alma de este buque. ¡Ah! Advertí que la mancha blanca flotaba cerca de la serviola, haciéndome comprender a tiempo que el buque derivaba atrás.

—Virar en redondo—dije en voz baja al marinero que permanecía inmóvil como una estatua.

Los ojos del hombre brillaron extrañamente a la luz de la bitácora cuando se arrojó al otro lado de la rueda y la hizo dar vuelta rápidamente.

Me dirigí a la parte delantera de la toldilla. Sobre el puente, envuelto en sombra, los hombres esperaban mis órdenes, en los brazos de proa. Las estrellas, allá abajo, parecían deslizarse de izquierda a derecha. La tranquilidad del mundo era tan profunda que yo oí deslizarse, en voz baja, la siguiente observación: «El peligro ha pasado» como una brisa de alivio entre los marineros.

—¡Cambiar adelante!

Las vergas giraron con gran ruido, entre gritos alegres. Entonces se oyó a las espantables barbas dar las órdenes necesarias. Ya el navío había adquirido el movimiento. Y yo estaba solo con él. Nada, nadie en el mundo podía, ahora, interponerse entre nosotros y ensombrecer con una duda nuestro callado conocimiento y nuestra mutua afección, la perfecta comunión de un marino con su primer comando.

Yendo hacia la popa, tuve el justo tiempo de distinguir en el borde mismo de la oscuridad proyectada por una masa negra que

se elevaba como la entrada misma del Erebo, sí, tuve el tiempo necesario para coger la fugitiva luz del sombrero blanco, abandonado atrás de nosotros, indicándonos el lugar donde el que compartía secretamente mi cabina y mi pensamiento, como si hubiera sido mi segundo yo, había tomado el camino del mar para su expiación; un hombre libre, un nadador audaz que se lanzaba en busca de nuevos destinos.

José Conrad

LA NOVELA DEL NOVELISTA.—No existe en la historia literaria de la humanidad un tipo de novelista que se asemeje, por su formación intelectual, a José Conrad Korzeniewski. Habrá algunos, como Gorki, cuya obra sea el palpitante producto de una vida original y dolorosa, y otros en que el genio literario se despierte mediante una violenta crisis espiritual; pero ninguno se acercará a la romántica aventura de Conrad que, de un país sin playa, de una comarca de trigales, sale en busca de las olas obedeciendo ciegamente a su ensueño de muchacho.

José Conrad, solitario y soñador como la mayoría de los eslavos, leyó las novelas marítimas de Marriat y, poco a poco, se fué formando en él la idea de navegar, la de ser marino inglés, la de cruzar en veleros, desconocidas regiones, vencer las tempestades, las fuerzas hostiles del mar y de la tierra; este sueño infantil que empezó en Ucrania y terminó en Kent (veinte años de vida marítima: marinero, oficial y capitán), tuvo la más amplia realización y permaneció incorruptible en la realidad y en la ficción. Cada uno de los personajes a los cuales su genio dió vida imperecedera tiene en sí este elemento psicológico fundamental. Lord Jim, el extraño segundo del «Huésped secreto», los capitanes Allistoun y Mac-Wir en el «Negro del Narciso» y en «Tifón», son no sólo el océano, sino el hombre en conflicto con este elemento cruel y traicionero. La misión del marino, reflejo de la vigorosa voluntad que de un hombre de tierra

adentro hace un navegante, sediento de aventuras, es la de afrontar la naturaleza con un corazón leal y firme. «Seguir el ensueño y siempre seguir el ensueño, y así—ewig—usque ad finem» —es su divisa.

He aquí este concepto de la *lealtad* que siempre que se habla de Conrad acude a la pluma de los críticos. Era siempre leal, dice Galsworthy, para sí mismo, para su filosofía, para su trabajo, para sus amigos; leal para sus antipatías, para sus desdenes. Miraba la vida de frente y desconfiaba de los que no la ven así. Reíase agudamente de todo lo que era clasificación, catálogo, de todo ideal que no estuviese profundamente arraigado en la naturaleza humana. No soportaba los convencionalismos y *clisés* de todo esto que se llama la civilización.

Cuenta Galsworthy, y es uno de los más vivos recuerdos que se conservan de él, cómo conoció a Conrad. Fué a bordo de un velero inglés. Conrad se ocupaba del cargamento del buque: era un hombre pequeño, pero de anchas espaldas y brazos muy largos. Cabellos negros, ojos oscuros profundamente penetrantes, barbilla en punta. Galsworthy acompañó muchas veces, durante la travesía, al teniente Conrad en sus guardias de la toldilla. Contaba amenamente maravillosas historias de barcos y tempestades, historias de la revolución polaca, historias del Congo y del Oriente.

«En este barco me habló de la vida y no de los libros», dice el biógrafo. Sin embargo, fué en este viaje cuando Conrad entregó a su nuevo amigo el manuscrito de «La locura de Almayer» que decidió el porvenir literario del marino. Había una duda irónica en el gesto con que fué entregado el rollo de papeles:

—Es necesario saber, dice Conrad, si esto va a quedar en un cajón de mi cabina o si irá a asustar a los peces.

El idioma está ya dominado. En ruda disciplina el inglés penetra en su cerebro de eslavo. Y a los que le preguntan por qué prefirió este idioma al francés, que aprendió primero en el Mediterráneo, responde: «La verdad es que la facultad de escribir en inglés me es tan natural como cualquiera otra aptitud que yo pueda poseer de nacimiento. Nunca fué para mí, agre-

ga, el problema escogerlo o adoptarlo. En cuanto a una adopción, si alguna hubo, fué el genio de la lengua el que me adoptó a mí».

Entre sus viajes, Conrad acostumbraba vivir en Londres, en el campo, donde leía prodigiosamente y curaba esos accesos de fiebre del Congo que le dieron su profunda y fantástica melancolía. Después se estableció para siempre en la campiña, lejos del mar; sin embargo, continúa Gaslworthy, Conrad era presa de una inexplicable inquietud. Cambiábase constantemente de habitación como si la inmovilidad de la casa lo angustiase. «Decía, bromeando, que las casas son criaturas rebeldes y enemigas del hombre.»

Era una observación que nacía, de seguro, desde el fondo de su alma de marino, enamorado de su buque, masa inerte, pero obediente a la voluntad del hombre.

Los primeros libros del novelista levantaron un coro de alabanzas entre los críticos y entre los escritores. Experimentábase, dice uno de ellos, la sensación maravillada de haber descubierto un mundo nuevo; sin embargo, el público empezó a leerlo veinte años después.

En 1909, Conrad, desilusionado, escribía amargamente a su mujer: «Excusadme este tono discordante, pero acabo de recibir las cuentas de mi editor y veo que mis obras inmortales (son trece) me han dado apenas en un año cinco libras. He ahí lo que enfría esta alegría de vivir que debiera calentar como una llama el corazón de un autor y, como un motor eléctrico, arrastrar su pluma a treinta páginas por hora».

El éxito venía, sí, pero cuando el escritor cansado, enfermo, confesaba a Andrés Gide, uno de sus traductores franceses, que *hacía cuatro años que no escribía nada que valiese la pena*.

En los últimos años de su vida, como un curioso retroceso hacia su juventud, el novelista sintió tan hondamente la nostalgia de su tierra que, según el testimonio de su mujer, quería abandonarlo todo para volver a Polonia. Cosa verdaderamente curiosa, anota uno de sus amigos, el inglés de sus últimos libros es inferior al de los primeros. ¿Habría, aún en esto, una regre-

sión hacia su lejano pasado? ¿Era como una pesadumbre por haber equivocado su vida? ¿Acaso esa ansia de libertad, de aislamiento espiritual que aguijoneó al viejo Tolstoy; se apoderó también traidoramente de él?

ESTÉTICA Y MÉTODO DE CONRAD

Dice Conrad en el prólogo de su novela «El negro del Narciso»: «El artista, tanto como el pensador o el hombre de ciencia, busca la verdad para ponerla a la luz. Se dirige a esa parte íntima de nuestro ser que no depende del juicio; a lo que es más duradero y constante; se dirige a nuestra alegría, al sentimiento del misterio, a nuestra piedad, a nuestra capacidad de sentir la belleza y el dolor; a esa solidaridad que, invisible, une a todos los seres, que ata a cada hombre a su prójimo y que reúne toda la humanidad, los muertos con los vivos y los vivos con los que aun han de nacer».

Es, pues, la novela, según Conrad, una sucesión de sensaciones que sale del temperamento para dirigirse al temperamento de los demás. Una concepción artística, agrega, que se expresa con ayuda de palabras escritas, debe dirigirse a los sentidos, si su intención íntima es llegar a la misma fuente de nuestras emociones. Es preciso que aspire con todas sus fuerzas a la plasticidad de la escultura, al color de la pintura, a la sugestión mágica de la música, que es el arte de las artes. Y sólo con una devoción completa y firme al acuerdo perfecto de forma y fondo, sólo con un cuidado incesante, aplicado al perfil y sonoridad de las frases, se puede obtener la plasticidad y el colorido, y sólo así la luz de la sugestión mágica puede animar ocultamente la superficie vulgar de las palabras agotadas y desfiguradas por siglos de indiferente empleo.

En esta forma, Conrad, que había llegado tan originalmente al dominio de la lengua que aprendió siendo ya un hombre, deja hablar por él a la realidad sensible: el autor desaparece por completo bajo esta saturación de colores, de sonidos, de voces humanas, de contactos, de visiones, de ambientes, de

efluvios innúmeros, de un mundo que nos invade antes de dejarse comprender.

Va creando el ambiente, la preparación de los sucesos, agudizándose en un milagro de análisis, en las acciones frenéticas o en las sensaciones que no pueden definirse.

Es una estética que, a primera vista, pudiera creerse artificiosa y cerebral; pero la sinceridad sin desfallecimiento de un hombre como Conrad que, según Andrés Gide, *ha sometido la vida a una transmutación artística sabia y consciente*, ha dado la nota justa, la emoción viva que el mismo Conrad expresa admirablemente al decir que *ese artículo de fe estética lo ha llevado del puente de los navíos al espacio más limitado de su mesa de trabajo; aunque, supone con desdén, se haya hecho para siempre imperfecto a la opinión inefable de los estetas puros*.

Un sentimiento no debe penetrar en el corazón sino con el permiso de la voluntad. No ha perdido en tierra, como en el mar, el sentido de la responsabilidad. Es su voluptuosidad un ascetismo de sentimiento, una sobriedad de vida interior que, según él, son los únicos medios que permiten explicar la verdad, tal como se concibe, tal como se siente.

De aquí este arte enérgico y sensitivo a la vez, que tiene por objeto «detener un tiempo las manos ocupadas en las obras prácticas de la tierra, obligar a los hombres absorbidos por el lejano miraje del éxito material, a contemplar un instante alrededor de ellos, una visión de formas, de colores, de luz y de sombras; hacerles detenerse el espacio de una mirada, de un suspiro, de una sonrisa». Ese es el objeto, complicado y fugitivo, al que muy pocos artistas llegan. Pero algunas veces, continúa Conrad, en el prefacio al «Negro del Narciso», por efecto de la gracia y del mérito, aún esa tarea puede llegar a realizarse. Y cuando ha sido realizada, ¡oh maravilla!, toda la verdad de la vida se encuentra en ella: un instante de visión, un suspiro, una sonrisa y la vuelta al eterno reposo.

Arte de un realismo místico, como lo llama Chevrillon, que busca los mares desconocidos, las tierras vírgenes, llenas de misterios y de ocultas potencias primitivas, el furor de los tifones,

el Ecuador excesivo, las limitadas, fulgurantes soledades; sus navíos, tripulados por hombres enérgicos, se yerguen frente a este misterio y lo arrostran sin desfallecer, en una atmósfera de alucinación, de fantasmagoría. Es, como decía, el hombre en lucha con la naturaleza implacable; su grandeza frente al universo: en esta lucha vibra un permanente soplo de tragedia. La intención es hacer un bello relato, pero después sobrevendrá la calma, la tranquilidad del mundo y del espíritu, el alivio de las fuerzas morales puestas en acción, como se ve en ese anónimo capitán de un buque anónimo que, comprometiéndolo su porvenir, *el único porvenir para el cual había nacido*, salva a su huésped secreto y salva a su buque. De esta integridad que recurre a la mentira misma para salvar la verdad, la verdad sin convencionalismo, se desprende, sin duda, una vigorosa lección de vida; la lealtad, la honradez, la valentía, por encima de las normas tradicionales, valen más que esta lealtad y esta honradez entrabadas por los prejuicios de una moral sin sensibilidad.

Conrad procede casi siempre por narraciones en que el autor es sólo un espectador curioso, casi al margen de la intriga. Es un método impresionista que uno de sus personajes justifica al decir que tal vez «la mejor manera de ver a un individuo es lanzar una mirada rápida sobre él y nada más». Se comprende bien que en esto reside el sabor penetrante de poesía, de aventura, que impregna toda su prosa. El encuentro casual en un café del puerto, la mirada rápida lanzada por una claraboya entreabierta, la confesión oscura de un marinero, la trágica intromisión del enfermo que se escurre furtivamente en la tripulación de un buque que va a zarpar, han formado un rico material de ensueño que más tarde cristalizó en novelas y cuentos.

De acuerdo con esta lealtad estética, Conrad no fabrica, según el arte caro a los franceses, ni siquiera recurre a la forma autobiográfica, pues esto significaría invención de sensaciones. De aquí la admiración de Henry James al notar lo complicado de las novelas de Conrad. *Mr. Conrad*, observa, *es el solo adepto de este método que consiste en enfocar el asunto por su aspecto más difícil.*

Según Maurois, el procedimiento técnico de Conrad hace de la intriga dos planes distintos: presentación del narrador por Conrad; luego presentación de los personajes por este narrador. Este mismo narrador, que ha dado a Conrad la primera noticia del hecho, no conoce tampoco todos los aspectos del asunto. Se interrumpe, entonces, el relato para introducir un informante que trae nuevos detalles; otras veces es el autor mismo que parte en busca de testigos que le aclaren una faz nueva de los sucesos.

El lector ordinario de novelas, en un principio, se encuentra desconectado con la intriga, aburrido por esta lenta marcha de la acción o de las acciones que se entrecruzan, no con la facilidad de un argumento simple, sino con la complicación de la vida misma; pero, empapado de pronto del ambiente de los personajes, penetra en la ficción y lo que podríamos llamar verosimilitud del relato, adquiere un prodigioso realismo en que la invención se confunde con la vida misma.

Hacia la mitad del libro, observa Ramón Fernández, esta memoria personal está constituida; el lector ha conocido los personajes por una serie de choques sensitivos inesperados, como en la vida.

El lector sufre y goza con el alma de los personajes y vive en el medio en que ellos viven. Mac Whir, vencedor de los tifones; Nostromo, destrozado por una mina; Razoumov, aplastado por la sociedad; Heyst, devorado por el incendio; el asesino del «Huésped Secreto» en busca de nuevos destinos, se hacen familiares y representan símbolos gigantescos del hombre luchador, sea que venza o que sea vencido. A través de ellos, Conrad admira la grandeza humana que, sobre cuatro tablas mal ensambladas, ha logrado crear, en medio de un mundo anárquico, oasis de orden y de seguridad.

LOS PERSONAJES, LOS BUQUES Y EL MAR.—Se ha escrito mucho a propósito de Conrad y de la novela inglesa de aventuras. En un principio, y creo que por este medio Conrad ha llegado hasta el público inglés, se le leyó a causa de esta atracción de misterio que tenían sus novelas, por ser el oriente

y las islas desiertas el medio preferido; y sobre todo, porque en el viaje de un velero hacia la Oceanía o hacia la China presentían una lejana aventura novelesca. Aventura la hay, sin duda, pero el fin del autor es otro.

La técnica de Conrad no será, posiblemente, nunca popular; nada tiene que ver con esto que se llama la factura, origen de la ruina de la novela francesa moderna, ni con la disposición teatral de los elementos que intervienen en una novela de las llamadas entretenidas; pero nadie podrá negarle este concepto profundo de ciertas formas de la grandeza humana; su arte es lo contrario del arte descriptivo, sobre todo del balzaciano. El no coloca la realidad delante del hombre sino el hombre ante la realidad. Evoca, dice un crítico, experiencias sugestivamente integrales, porque la impresión equivale a la totalidad de la percepción y porque el hombre la experimenta totalmente y con todas sus fuerzas. *Su gran originalidad consiste en haber aplicado este impresionismo al conocimiento de los seres humanos.*

El mismo Conrad confiesa, en sus recuerdos, que las novelas del capitán Marriat fueron los primeros gérmenes de aventuras que fructificaron en su alma infantil, pero la influencia del novelista británico es casi nula en su obra. Marriat ha pintado un tipo convencional de marino inglés, violento, brutal, cruel, despótico, pendenciero que tiene, mirado con serenidad, un tinte de caricatura. Viven, como dice Jaloux, en una perpétua exasperación de sus apetitos desencadenados. Todo obstáculo los pone fuera de sí. Su lujuria sólo se iguala a su ferocidad.

Stevenson, aunque novelista de prodigioso estilo e incomparable técnica, es también el creador de un aventurero convencionalísimo, especie de tipo semejante al caballero medio-eval o al mosquetero a lo Dumas: es un hombre que ha sentido, como dice Stevenson, *la invitación del gran camino* y que parte, un día cualquiera, en busca de peripecias, las que se imagina que crecen en ciertas regiones como las palmeras en el oriente.

Desde luego, los personajes de Conrad no son hombres hechos para las aventuras. Lo que les ocurre no tiene nada de imprevisto; las aventuras llegan a ellos porque, hombres ante

todo, necesitan defenderse. Son individuos que ganan su vida honradamente y que no querrían molestar mucho; a veces bribones que no quieren comprometerse o pobres diablos que son arrastrados, a pesar de ellos, a actos peligrosos que reprobaban en su fuero interno. Son abúlicos razonadores que nada tienen de anglo-sajones y que recuerdan mucho a los héroes pintados por los novelistas rusos, sobre todo a los de Dostoievski.

Sin embargo, Conrad ha protestado de este eslavismo esencial que los críticos advierten en su obra; y particularmente por su parentesco espiritual con Dostoievski, de quien decía que obraba sobre él a la manera de un trapo rojo. Agrega, luego, que las razones de raza que se han expuesto para explicar sus personajes y su obra no pertenecen sino al individuo, pues él no acepta esto que en el mundo literario se llama *espíritu eslavo*. Este sentimiento afectuoso por los desheredados de la fortuna, no tiene origen místico, explica, sino que es expresión de una simple solidaridad humana, de una convicción tranquila y profunda, muy lejos de este humanitarismo, producto de nervios enfermos o de espíritus mórbidos.

Sea como sea, se acepte o no este espíritu de humanidad que llega hasta los límites del misticismo, característico de Andreieff y Dostoievski, hay en Conrad una manera rusa de concebir la vida, de sentirla; esto es visible en su obra entera, a pesar de la influencia, más que del espíritu inglés, de la lengua inglesa.

J. Kessel ha estudiado el eslavismo de Conrad en forma minuciosa y profunda. Sus personajes, dice, ya se trate del marinero negro del Narciso, ya del protagonista de «Una Victoria», de Lord Jim, del viejo Almayer, sean aventureros, marinos o simples soñadores, se caracterizan por un rasgo común: están fuera de la ley, son ex-hombres. La suerte, sus propios defectos de carácter o simplemente su inquietud ingénita, los han alejado de la vida social; y cosa curiosa, a pesar de su odio rojo por Dostoievski, es a sus héroes a quienes se parecen los *declassés* de las novelas de Conrad. Su impotencia para vivir, su perfecta

inadaptación y su sordo y angustiado sufrimiento se encuentran en Foma Fomich, en Rascolnikoff y otros personajes del novelista ruso. Hay, sí, una diferencia esencial. Los personajes de Conrad manifiestan siempre un activo sentido del dolor, hijo de una firme voluntad, de que carecen los héroes rusos.

Y la manera de pintar los tipos por sus propias palabras, de caracterizarlos por hechos; y los largos discursos, las digresiones frecuentes, los saltos bruscos, la atmósfera caótica en que viven, ¿no es esto ruso? Y si agregamos la sencillez de la técnica, la ausencia total de aparato literario, de retórica, la abundancia de matices humanos, el parentesco de Conrad con Dostoievski no ofrece la menor duda.

De aquí la observación de Jaloux, al publicarse en francés «Una Victoria»: «No es justo considerar a Conrad como un verdadero escritor inglés, porque lo es más en la apariencia que en la realidad».

La mayoría de los personajes fundamentales de Conrad no son ingleses: Almayer es holandés, Heyst es sueco, James Weyt es negro, Rouzomov es ruso, Nostromo es italiano, Renouard es francés y danés el patrón que pronuncia la oración fúnebre de los navíos, pasados, presentes y futuros en «El Espejo del Mar»; y si su héroe es inglés, como en el «Huésped Secreto», se encarga de decir a menudo que es moreno y que tiene los cabellos oscuros; sin embargo al lado de estos hombres que nada tienen de los piratas de Stevenson ni de los anglo-sajones testarudos de Kipling, Conrad ha colocado como un contraste el hombre de orden, sereno, comprensivo casi siempre que, a veces, es el mismo novelista con apellido inglés, y otros el marino flemático que, humanitariamente, sigue al héroe extraviado, en muda admiración por lo que él no ha de experimentar nunca. Es el occidental cuyos ojos fríos miran el drama sin inmutarse. Observador concienzudo, ligeramente asombrado por estas cosas extrañas, pero al mismo tiempo, lleno de leal amistad por esos hombres que él comprende y cuya vida le ha tocado compartir. En casi todas sus novelas desfilan estos personajes que, en mi concepto, representan la personalidad exterior

del novelista, el barniz de marino inglés que hubo en Conrad; porque es indudable: por el lenguaje, por la literatura, por el ambiente social, el alma inglesa aflúa a él; ella le comunicaba sus tendencias, orientándolo hacia un ideal práctico de abnegación al deber que se coloca, para el sajón, en el primer rango de los valores, con la conciencia, la fuerza y la constancia. Así eran sus camaradas de la marina mercante inglesa, oficiales o *skippers*; hombres de alma burguesa, sin nervios y sin imaginación, que piensan y hablan poco, cuya palabra se hace aún más rara en el peligro; es decir, todo lo contrario de sus héroes: Marlov, el amigo fiel y consecuente de Lord Jim, Davidson, que acercaba su buque a la desierta isla de Samburán para visitar a Heyst; el anónimo marinero, testigo de la tragedia del *Narciso*; el profesor de idiomas, al margen de los emigrados rusos de Ginebra, en «Bajo los ojos de occidente»; el joven capitán que compromete su porvenir en el «Huésped Secreto», etc.

* * *

Se ha dicho con frecuencia que Conrad no amaba el mar. Sus amigos coinciden en esta apreciación curiosa; desde luego, no quiso nunca vivir en la costa, Prefería el campo. Como el marino, dice Galsworthy, que al penetrar en su camarote tiene cuidado de encerrarse bien para que no entre el aire del mar, él vivió siempre tierra adentro. El mar no podía ser amigo, continúa, de quien conocía tan bien sus traiciones. No le gustaba, asimismo, que lo llamasen *el novelista del mar*. Habló sobre él como nadie lo ha hecho; pero lo que domina en sus creaciones es un tema de lucha y de amplia libertad.

«El mar, dice Andrés Gide, era para él como una antigua querida abandonada, donde sólo, en el hall de Capel House, un grabado, la imagen de un soberbio velero, evocaba el nostálgico recuerdo.»

—No mire Ud, eso, le advierte Conrad, arrastrándolo hacia el salón. hablemos de literatura.

Conrad ha amado y ha odiado el mar, comenta Henri Da-

vray, porque ha luchado contra el, ha resistido sus traiciones, ha conocido su belleza y su encanto, el esplendor de sus colores y su fascinadora desolación; ha experimentado las alegrías que ofrece y los suplicios que inflige; ha temblado con sus caricias y se ha endurecido con sus crueldades y sus cóleras.

Un viaje es una victoria, dice Conrad, una victoria del hombre y de sus navíos sobre el mar a quien se confían, en guardia, sin embargo, cada minuto, contra la traición inesperada e inevitable.

Amaba los buques, sin embargo, *fragmentos despegados de la tierra*; prestábales un alma paciente, bondadosa, leal, en absoluto contraste con la fuerza indomable del mar y sus tempestades: eran, en el fondo, complemento de sus héroes. Como ellos, no son los macizos transatlánticos, gordos y enjoyados como millonarios; son las ágiles goletas, las barcas esbeltas, enjutas y alquitranadas como los marineros; los viejos vapores de las colonias, que dibujan en sus cascos las movibles ondulaciones de la marea y llevan en sus hélices herrumbrosas la decoración de los moluscos de los tibios mares del trópico.

El *Narciso*, tripulado por marineros de todos los países de la tierra, el *Nan-Shan*, donde el capitán Mac-Wir desafió el tifón, el viejo *Judea* (herrumbe, polvo, mugre, hollín en los palos, suciedad en el puente) que se incendia en alta mar; el *Patna*, el pequeño vapor que naufraga en las costas de la China, viven y mueren *marcados por el trabajo, por las decepciones, por el triunfo, por el amor, como si* tuviesen un alma inmortal.

Un proceso de influencias sociales

NO ha dejado de ser observada en el movimiento social de los últimos años la reacción contra el Estado que encabezan generalmente las asociaciones profesionales. Esta tendencia suele tener su origen en una reacción contra la política, reacción que ofrece en la actualidad una evidencia casi universal.

Del nuestro, bien podemos decir que ha tenido momentos en que el apoliticismo ambiente diera su máxima nota de indiferencia: allí están los sucesos de Septiembre de 1924. Pero no podríamos, por cierto, buscarle a este apoliticismo un proceso original de observación madurada y de inteligencia. No. Tiene por causa principal la creciente oposición que se experimenta contra los políticos, la reprobación del mal que ellos han hecho. En esta actitud nada hay, en general, fuera de lo que es meramente instintivo; se ignora la proporción del mal que debemos a los políticos, y de todas las desgracias se concluye por culparlos exclusivamente a ellos. Hay también en la opinión común una confusión invencible de lo que son el político, tal como nosotros le conocemos, y el concepto de política. De todo lo cual deriva gran parte de la indiferencia política que ya constituye una preocupación para muchos observadores y una inquietud bastante seria para las expectativas partidistas.

A los partidos les ha ocurrido, a la vez, un fenómeno que es muy sintomático: su disgregación de fuerzas, su atomización, su quebrantamiento. Y en esto ha tenido que comprobarse una

crisis de su incapacidad política y de las fuerzas puramente materiales que sostenían su cohesión. ¿Cuál de ellos puede ostentar un núcleo activo, relativamente grande y permanente, limpio de apetitos, incontaminado, sólo conmovido por la emoción de los principios? Mientras no haya evidencias de una tonificación moral de los partidos, de una habilitación para sus fines específicos, no ha de esperarse que logren concitar la mejor parte de la confianza pública.

Entre tanto las asociaciones profesionales se aproximan a las funciones del Estado y adquieren frente a ellas un valor de importancia. En ausencia del parlamento han sido órganos de la opinión, instrumentos de consulta y ya, en el ejemplo de las sociedades de médicos, tienden a ser elementos inspiradores, primero, y determinantes, en seguida. Es decir que surge un camino por el cual puede llegarse a la organización profesional de las fuerzas de la opinión, lo que, relativamente no distaría mucho de la idea que concibe la sociedad constituida por una federación de asociaciones profesionales.

La evolución de este aspecto social del momento tiene, pues, alguna trascendencia. Si desaparece, dejará una insinuación latente. Si se desarrolla, será en todo caso un factor de influencia considerable, ya se resuelva supeditando a los órganos tradicionales del Estado, o concordando con ellos.

A las asociaciones obreras corresponderá decidir en mucha parte el curso de este proceso. Las más representativas en extensión e ideología son anti-estatales, pero grandes fracciones cuyas se han acercado al Estado, determinadas por circunstancias de lucha o por motivos derivados de la naciente legislación social; y este es un hecho que las organizaciones obreras habrán de encarar en su seno para condenarlo y extirparlo o para darle justificación en su conciencia ideológica.

Pero en este punto del camino interviene también el Estado. En la legislación social se ve el espíritu que va a influir grandemente en el proceso político de las asociaciones. Desde luego tiende a favorecerlo, a destacarlo al mismo tiempo que le somete a una jurisdicción más íntima que la simple personería jurídica.

La ley 4057, sobre organización sindical, crea los sindicatos industriales y profesionales con que se aspira a substituir la anterior organización obrera de resistencia, determina su constitución y adopta, en cierto modo, su control. La ley de empleados particulares cuenta con la Unión de los Empleados de Chile. La de alquileres, ley de emergencia, deja organizados legalmente a los arrendatarios. Y he aquí una asociación legal para cada uno de los tres grandes sectores en que puede estimarse comprendida la masa proletaria, que es la mayoría de la nación.

Sobre estos elementos ya alcanza el Estado a fundar una política de control y de influencia respecto del movimiento social, a cambio de las ventajas que ha concedido al proletariado por conducto de las organizaciones legales. El próximo paso de esta política sería el Consejo Nacional del Trabajo, cuya creación se anuncia, el cual tendría el triple carácter de tribunal de alzada con relación a los tribunales especiales creados por la legislación social; de órgano de inteligencia y compenetración entre las fuerzas nacionales, y de cámara en que se debatiesen todos los asuntos de trascendencia social y económica. En la formación del Consejo participarían representantes del Gobierno, del capital y del trabajo en sus actividades fundamentales.

Esta legislación avanzada obedece, cualesquiera que sean sus defectos, a un espíritu íntimamente conservador. Es con tales armas que el Estado plantea su defensa más eficaz contra la invasión revolucionaria. Las asociaciones de esta índole se encuentran, pues, ante una situación nueva en la que hallarán interesada a una gran parte de los trabajadores. La inminencia de la insurrección, la reacción contra el Estado, va de este modo aplazándose y retrocediendo.

Pero la táctica no se desarrolla sin peligros. ¿No ha creado ella misma tres grandes fuerzas organizadas capaces de imponerse en algún momento con mayor eficacia que cualquier partido político, teniendo en sus manos decisivos resortes económicos y representando en número una masa inmensa de la opinión? Puesta la iniciativa en este género de defensa, el

Estado ya no podrá descuidarse jamás. Habrá de mantenerse vigilante, prever, adelantarse y seguir infatigablemente el móvil punto del equilibrio. Sólo así el espíritu íntimamente conservador que inspira toda legislación social no podrá convertirse en fruto de revoluciones.

Lasitud

Especial para ATENEA



O termines, ¡oh día! sin dejarme en la mano
Como una rosa abierta bajo el sol de la tarde,
Este verso tardío que entre mis labios arde
Y que hoy, desde el alba, yo te he pedido
[en vano.

Déjalo que madure como un fruto en verano
Y aunque amargue su entraña mi lasura cobarde,
Dámelo terso y puro para que en él se guarde
Un poco de este diario y salobre desgano.

¡Dámelo, día de Enero, para que él me avergüence
Mañana, de esta misma blandura que me vence
Y que ciega mis ojos para tu claridad!

¡No sé como se puede estar grave este día!
Presiento que he pecado con mi melancolía
Y que es todo un delito mi taciturnidad.

Silencio



Mi casa tan lejos del mar,
 Mi vida tan lenta y cansada.
 ¡Quién me diera tenderme a soñar
 Una noche de luna, en la playa!

Morder musgos rojizos y ácidos
 Y tener por fresquísima almohada,
 Un montón de esos curvos guijarros
 Que ha pulido la sal de las aguas.

Dar el cuerpo a los vientos sin nombre
 Bajo el arco del cielo profundo,
 Y ser toda una noche, silencio,
 ¡En el hueco ruidoso del mundo!

Andar



Mi calle, humilde de día,
 De noche se hace fantástica.
 La luna plena de Enero
 La torna toda azulada.

Vuelca fragancias un muro
 Trenzado de guaco recio.
 El perfume volador
 Se va, en las alas del viento.

Del fondo de la calleja,
Viene el eco de una copla.
¿Qué alma en desvelo su cuita
Da al silencio y a la sombra?

Tengo el corazón colmado
De dulzura, como un cuenco
Lleno de miel.
¡Ay, un cuenco
En el que ya nadie, nunca,
Ha de beber!

La soledad se me ciñe
Como una túnica blanda.
La tengo junto a mi cuerpo,
La siento frente a mi alma.

Y bajo la noche inmóvil
Se lía a esa soledad,
Una tristeza sin nombre
Y un ansia inmensa de andar.

Los viajes



CÉANO que te abres lo mismo que una mano
A todos los viajeros y a todos los marinos:
Tan solo para mí eres puño cerrado.
Para mí solamente tú no tienes caminos.

Jamás balanceará tu lomo milenario
La nave que me lleve desde esta tierra mía
Ondulada y menuda, a las tierras que sueña
Mi juventud inmóvil y mi melancolía.

¡Ah océano Atlántico, multicolor y ancho
Cual un cielo caído entre el hueco de un mar:
Te miro como un fruto que no he de morder nunca,
O como un campo rico que nunca he de espigar!

¡Ah océano Atlántico, perro inmenso que lames
Mis dos pies que encadenan el amor y la vida:
Haz que un día se sacien sobre tu flanco elástico
Esta ansiedad constante y este afán de partida!

El crimen y la psicología

NO se ha extinguido aún por entero la emoción provocada por el crimen de los estudiantes Loeb y Leopold en la persona de un niño. Chicago, sitio del suceso, los Estados Unidos todos y luego el mundo, fueron conmovidos por el relato de este hecho criminal.

¿Cuál era su motivo determinante? Las averiguaciones judiciales lograron ponerlo en claro en medio de general estupor. Loeb y Leopold no habían asesinado porque sintieran odio hacia su víctima—a la cual apenas conocían.—No ejercieron tampoco una obra de venganza. No mataron para robar ni mucho menos llevados de un impulso repentino e indomitable. No. Mataron a sangre fría, científicamente (si así pudiéramos decir). Mataron por darse un placer, por refinamiento, por gustar una emoción nueva.

Eran ricos y muy cultos. Descendientes de dos acaudaladas familias de origen hebreo, gustaron desde niños de todos los regalos que podían apetecer. Pero no se dedicaron luego a una vida de simple molicie, sino que estudiaron, trabajaron desinteresadamente en la ciencia e hicieron investigaciones de laboratorio, junto a muchos especialistas. Los goces y algunos trabajos no tenían para ellos secreto alguno.

Pero les faltaba uno, emparejado por Tomás de Quincey a la categoría de obra de arte: el goce de matar. Y mataron entonces alevosamente, operando sobre su víctima—la más ino-

cente, la más cruelmente sacrificada pues murió por la curiosidad de dos seres desviados—con la más absoluta sangre fría. Más tarde, en el proceso, confesaron sus emociones en esos instantes.

«No sentimos—dijeron—ni remordimientos ni vacilaciones. Teníamos ya los propósitos y los preparativos hechos. Escogida a la víctima, comenzamos a trabajar en ella tal como antes lo habíamos hecho sobre conejos y ranas en los laboratorios. No era mayor nuestra emoción que cuando aplicábamos el bisturí al cerebro de un roedor....»

Tanto como era de insensible la expresión de estos criminales de novísimo cuño, fué de intenso el estremecimiento que recorrió a quienes conocieron el hecho. El crimen de Chicago dió origen a una nutridísima literatura. Leímos entonces los más extraordinarios artículos al respecto.

Unos autores, apocalípticos, tronaban contra la civilización actual, culpándola, a toda ella, del hecho. Otro, pudibundos, señalaban a Nietzsche—autor preferido de los jóvenes—como inspirador del crimen nefando.

Ahora bien, apartando de él la floración literaria excesiva que se ha producido, no podemos negar que este crimen es una cosa nueva, distinta, que junto con plantear nn nuevo interrogante a la criminología y a la psicología criminal, les ha abierto nuevas perspectivas y un campo nuevo de acción.

• • •

Se pensó por un momento que los criminales fuesen individuos anormales (en el sentido que corrientemente se acuerda a esta palabra). Los alienistas demostraron luego que nada en ellos acusaba tal anormalidad. Sus antecedentes hereditarios eran, por lo demás, igualmente claros e insospechables. Creyóse entonces que hubiesen obrado bajo el mandato de una creciente excitación que hubiera determinado el impulso asesino. Pero el análisis psicológico probó que esta hipótesis era también errada.

Finalmente, ha quedado casi comprobado que el crimen de Loeb y Leopold fue sólo una *aventura científica* de dos muchachos que no tienen—no se podría de momento decir en detalle por qué causas—ningún respeto a la vida humana. Sus sentimientos, además, se muestran extraordinariamente fríos y hasta pudiérase decir que su capacidad sentimental está atrofiada.

Socialmente este crimen ha tenido una repercusión de efectos gravísimos. En efecto, a él han seguido muchos otros, en la misma ciudad de Chicago, cuyas características fundamentales son equiparables. El contagio ha sido evidente. Las resonancias de estas copias del crimen de Loeb y Leopold han sido, lógicamente, menores pero en todo caso no han dejado de preocupar al público y a las autoridades.

Estas últimas no sólo se han interesado porque cesara la epidemia debido a lo que ella significaba para la vida íntima de la ciudad, sino también por el daño que estos hechos causaban en el exterior. Chicago alcanzó efectivamente a ser considerada durante algún tiempo la ciudad de criminalidad más *novedosa* del mundo, ya que no la más alta.

Las investigaciones hechas en torno a este crimen y a los que le siguieron llevan a una conclusión: Los hombres llegan a ser criminales por causas por entero íntimas y personales y sobre ellas la psicología tiene control si no previsor por lo menos rectificador, en la mayoría de los casos. En otras palabras: el criminal es un individuo de espíritu desviado y de criterio oscurecido; enderezando el uno e iluminando el otro se puede devolver a la vida social pacífica y benévola esa naturaleza perdida cuyas impulsiones destructoras se manifiestan por lo general desde la niñez.

Ahora bien, este objetivo ¿puede ser conseguido mediante la penalidad del crimen? ¿Puede la coacción de la sociedad, traducida en establecimientos carcelarios, en penas corporales y afflictivas y en amenazas, hacer lo que corresponde a la ciencia psicológica? Evidentemente no. El camino debe ser y es otro.

* * *

Con el objeto de llegar a sentar normas de acción determinadas en materia de hechos criminales existe en Chicago un departamento de psicología que funciona bajo los auspicios del Juzgado Municipal. El papel de este laboratorio es ocuparse, desde el punto de vista psicológico, de los hechos criminales y de sus autores y presentar los resultados de sus experimentos a las autoridades.

Hasta ahora el campo de acción de este laboratorio era relativamente escaso. Sus directores, además, no le habían dado mucho incremento y seguían en cierto modo rutinariamente el trabajo señalado. Hoy ese papel ha cambiado.

La base del trabajo es un principio de criminología que había logrado apoyar en la experiencia de veinte años un célebre juez. Mr. Harry Olson. Ese principio es que *la mayoría de los delincuentes reinciden*. Esto en lo que toca a los condenados a penas menores. Respecto de los criminales de mayor entidad también pudo comprobar Mr. Olson que la casi totalidad de los ajusticiados en la horca y los encerrados por toda la vida, padecían alguna ralea de enajenación mental.

Recientemente el doctor Mr. William J. Hickson ha dado a la publicidad algunos interesantes pensamientos sobre ciencia criminológica, basados en su mayoría en los crímenes que siguieron en calidad de racha epidémica, al crimen extraordinario y sin precedentes de Loeb y Leopold. Algunas de esas conclusiones será interesante transcribir a continuación.

1. El primer factor del crimen es debilidad mental. La prevención del mismo es un problema que debe preocupar a los psicólogos antes que a los policías encargados de disparar sobre el criminal.

2. Si se quiere establecer una proporción especial, desde el punto de vista de la psicología, sobre los crímenes recientes de Chicago, se puede asegurar que el noventa por ciento de sus autores estaban aquejados de alguna forma de debilidad mental. Estos trastornos no podría apreciarlos el pro-

fano, para quien muchos de esos criminales serían hombres corrientes en quienes confiaría; en cambio el análisis psicológico ha podido descubrir en ellos desviaciones y taras de importancia.

3. En más del ochenta por ciento de los casos en que los individuos manifiestan tendencias al crimen, ellas pueden advertirse claramente, por signos eficaces, desde la niñez.

4. La casi totalidad de los criminales ha pasado varias veces por los tribunales y cumplido condenas, lo que prueba que el castigo no basta para alejar del crimen a los que se sienten impulsados, por razones psicológicas, a la comisión de delitos.

5. El grado de ferocidad y de brutalidad de ciertos crímenes está en relación directa con la naturaleza de los desarreglos mentales del criminal y se corresponden las manifestaciones criminales y el carácter de los desarreglos.

6. La inclinación al crimen en los cerebros afectados es tan tenaz como pudieran serlo los impulsos sociales en el individuo normal. El delincuente no mira el castigo como una cosa justa y proporcionada a su delito sino como una imposición que la sociedad hace a la libre expresión de sus instintos desviados.

Estas seis son las conclusiones fundamentales a que ha llegado el laboratorio de Chicago. Sobre ellas se piensa proponer una reforma completa de los medios hasta hoy empleados por la sociedad en su lucha contra el delito. Las experimentaciones de la psicología son de tal entidad que se considera gravísimo el que la sociedad olvide el factor mental en la prevención y en la sanción de los delitos.

A introducir los procedimientos que la psicología criminalista dicte, tienden los esfuerzos de un poderoso núcleo de hombres de ciencia norteamericanos que siguen en estos días orientaciones ciertamente ya no muy nuevas en criminología, pero que no han tenido traducción en hechos precisos o en actividades efectivas sobre el delito y los delincuentes.

Acuarelas de Quipato

EL CASERÓN



VÍO el terremoto del Señor de Mayo. Sus espesas murallas de adobe nunca fueron transpasadas por el sol. Los antepasados dormían a su amparo una siesta fresca y sana como sus almas viriles y devotas.

En el patio, los viejos olivos se adhieren a la tierra con nudosidades que parecen las venas de una mano de anciano crispada. Mas no son estériles esos árboles antiguos; en los albores de Abril, las muchachas campesinas, con pañuelos multicolores amarrados al cuello apetitoso y moreno, llenan los canastos con aceitunas gordas y negras como sus ojos. Aceitunas que, sumergidas en la lejía de ceniza, son después un bocado digno de un Abad.

Hay unos enormes botijos de greda de la antigua bodega, con un rojo de cresta de gallo a la sombra. Prestan al patio un carácter que da ganas de gritar:

—Tierra maulina, Castilla de secano; esplendor de

sol, y terrón arisco que se deshace en la golosina de la uva y en el encaje fragante del espino!

EL SILLÓN Y EL REBENQUE

Un artífice criollo, con espuelas, diestro en amansar potros, que plañía en la caña de cicuta y cantaba romances cálidos a las mozas en la trilla, talló a cortes de cuchillo un rústico poema de madera en el respaldar del solemne sillón.

La reliquia está a la cabecera del viejo comedor del fundo; piezón enjalbegado con la cal de la propia terrera.

Don José, el bisabuelo, español criollo, que perdió millares de hectáreas a la baraja, recostaba allí su calva de gozador, rosada por la lujuria y el vino oloroso de Cauquenes. El viejo era un maldito para la broma. Colocaba trozos de teja bajo los peleros de las monturas, para que las bestias volcaran a los jinetes; o, en la oscuridad, les atravesaba lazos de novillo a la altura del avío, incitándolos a correr cerro abajo... Malvado viejo jugador, pendenciero, bromista y enamorado. Perdió su fundo «Chaimávida» a la brisca; murió haciéndole bromas al cura y cogiendo de la barbilla a la muchacha que le humedecía los labios agónicos.

¡Viejo de una pieza! Por eso el sillón es como el dueño: madera ensamblada que ha desafiado los siglos y que sólo está unida por cuñas de madera. Ni un metal, ni un clavo, ni un barniz de tienda; producto criollo como un maitén del potrero.

El rebenque, vara firme de espino entretejida de cuero,

del cual apenas el tiempo ha dejado algunos restos de malla adherida, se enrosca, como cuando Don José vivía, a uno de los coronamientos del viejo sillón. Siempre cerca de la mano autoritaria pero noble que amaban y temían los hijos, servidores y medieros.

LOS TABURETES

De una requisita en el sobrado han salido al sol dos taburetes desvencijados llenos de telarañas. Muestran rústicas tallas a cuchillo, con una elegancia antigua como su edad: ¿Eran pequeñas de estatura las deliciosas mujeres de antaño? Taburetes chatos del estrado, donde florecían adorables ojos pardos y pies pequeños; y que los mozos de la época contemplaban como un maravilloso espectáculo vedado. Nadie escalaba el estrado; las muchachas descendían de allí como una dulce y fugitiva aparición para la danza.

De nuestros abuelos, era azor el que robaba un beso a la mano adorada antes de la boda.

¿Cuántas ansias románticas se retorcieron
en los viejos taburetes del estrado?

Las hermanas de los grandes hombres. Enriqueta Renan.

(Traduc. para ATENEA)

¿Te acuerdas, desde el seno de Dios, donde reposas, de esos largos días de Ghazir, cuando, solo contigo, escribía estas páginas inspiradas por los lugares que acabábamos de recorrer? Silenciosa a mi lado. releías cada hoja y la volvías a copiar, apenas escrita; y el mar, las ciudades, las hondonadas y las montañas se extendían a nuestros pies. Cuando la luz penetrante del día dejaba brillar el innumerable ejército de estrellas, tus preguntas finas y delicadas, tus discretas dudas, me volvían al objeto sublime de nuestras comunes meditaciones. Me dijiste un día que amarías este libro, en primer término porque había sido escrito contigo, y además porque te complacía. Si a veces temías que le fuera contrario el juicio del hombre frívolo, siempre creíste que agradaría a las almas verdaderamente religiosas. En medio de aquellas dulces meditaciones, el ala de la muerte nos abatió juntos; el sueño de la fiebre nos sorprendió a la misma hora, ¡y me desperté solo!... Ahora, tú duermes en la tierra de Adonis, cerca de la santa Byblos y de las aguas sagradas donde las mujeres de los misterios antiguos se acercaban a confundir sus lágrimas. Revelame, oh, buen genio, a mí, a quien tanto amabas, esas verdades que dominan la muerte, nos impiden temerla y casi nos la hacen amar.



E habrá reconocido en estas palabras la delicada dedicatoria de la *Vida de Jesús*. Era preciso citar estas líneas.

Mejor que todos los comentarios, nos revelan la profunda y secreta acción que ejerció sobre el destino y la obra de Ernesto Renan «el alma pura de su hermana Enriqueta», «la persona que tuvo la más grande influencia sobre su vida».

I

Tenía doce años más que su hermano, y había nacido como él en Tréguier, el 22 de Julio de 1811 *. Aun hoy esta pequeña ciudad del litoral bretón, fundada otro tiempo por un monje y que durante nueve o diez siglos fué ciudad episcopal, ha conservado su austero encanto recogido y triste. Agrupada en torno de la vieja catedral, con sus largas calles desiertas bordeadas de antiguos conventos, sus viejas mansiones de canónigos rodeadas de jardines, sus declives de techos rústicos, se conserva esencialmente tal como era hace cien años, con el carácter de ciudad eclesiástica, ignorante y allivamente despreciadora de las brillantes vulgaridades de la vida moderna. Toda el alma de la antigua ciudad se ha refugiado y como recogido en la admirable catedral, cuyas altas y audaces naves, y cuyo campanario esbelto y atrevido suben con tan noble esfuerzo hacia el cielo. Entrad allí al caer el día: cerca de la tumba de San Yves, encontraréis aun vivas las impresiones que mecieron la infancia de Enriqueta y de Ernesto Renan. «En la tarde, escribe este último, se la dejaba abierta mucho rato a las plegarias de la gente piadosa; alumbrada por una sola lámpara, llena de esa

* *Henriette Renan: Souvenir pour ceux qui l'ont connue.* Este opúsculo de 77 páginas in-8.º, fechado en París, Septiembre de 1862, no había sido impreso sino en cien ejemplares, ofrecidos por Renan a sus amigos. Ha sido reimpresso en 1895, con ilustraciones de Henri Scheffer y Ary Renan, con el título *Ma sœur Henriette* (Calmann-Lévy), y reproducido al principio de *Lettres intimes* (1842-1845) de Ernesto y Enriqueta Renán (C. Lévy, 1896).—Véase también Ernesto y Enriqueta Renan, *Nouvelles lettres intimes* (1846-1850), C. Levy, 1923; Ernesto Renan, *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*, 1883; *Lettres du Séminaire* (1838-1846), 1902; E. Renan y M. Berthelot, *Correspondance* (1847-1892), 1898; Carlos Le Goffic, *Une déracinée: Henriette Renan* (en *l'Ame bretonne*, Champion, 1902).—Cf. aún Juan Pommier, *Renan d'après des documents inédits*, Perrin, 1923; y Pedro Laserre, *la Jeunesse de Ernest Renan*, 2 vol, Garnier.

atmósfera húmeda y tibia propia de los viejos edificios, el enorme barco vacío resonaba de infinito y de espantos».

Aquí es, en «este nido de sacerdotes y de monjes», en este medio «lleno de poesía y de dulce tristeza» donde Enriqueta Renan pasó su infancia y su primera juventud: allí se formó en su rostro «un sello indestructible», y desde luego, el placer de la vida interior. La modesta casa de los Renan estaba a dos pasos de la catedral. Poseían unas tierras que nada les rendían. El padre era marino: había servido a la marina del Estado; después fué capitán de navíos por su propia cuenta. Pero poco a poco se fué dejando llevar a un comercio considerable. Era un hombre sentimental y tímido, indefenso en la lucha por la vida, totalmente inepto para los negocios, y perdió en ellos la pequeña fortuna heredada de sus mayores. Entonces se dedicó a viajar. Pero un día de Junio de 1828, la tripulación del barco que gobernaba, el *San Pedro*, volvió sin él. Algunos días después se encontró su cadáver en una playa lejana. ¿Qué había ocurrido? ¿Accidente o suicidio? No se sabe. Fué para este humilde hogar tan unido, no sólo una profunda aflicción, sino la pobreza, casi la miseria, una miseria que la pobre viuda con sus dos hijos menores fué a «esconder» a Lannion, en casa de su familia materna. Mme. Renan era viva y alegre, y su firme optimismo, que su hijo heredó, había sobrevivido a sus desgracias. Muy piadosa, poco instruída, poco abierta a lo nuevo—los ferrocarriles le parecían una invención diabólica,—era, sin embargo, aficionada a la lectura; su libro de horas, cánticos y folletines, eran su alimento intelectual. No vivía sino para sus hijos, y en la profunda ternura que éstos no cesaron de prodigarle, encontró toda la felicidad que la vida debía reservarle aún.

Al cabo de tres años, volvió a Tréguier. Alán, el mayor de sus hijos, que tenía diez y nueve años a la muerte de su padre, se había dirigido a París, donde «empezó esa vida de trabajo y de constante aplicación que jamás habría de tener la recompensa que se le debía». El pequeño Ernesto acababa de cumplir nueve años; Enriqueta estaba próxima a los veinte. Se ase-

mejaba a su padre, a quien amaba tiernamente y del cual no podía hablar sin llorar. «Una disposición melancólica la privaba de los goces vulgares y aun le inspiraba cierta tendencia a huir del mundo y de sus placeres». Unía a esto, según parece, una energía de carácter que ni su padre, ni su segundo hermano compartían. Muy temprano, la vida le había revelado su apariencia austera y triste: las desgracias paternas, las preocupaciones y las inquietudes que ellas acarreaban, todo ese oscuro drama de un destino en el cual la mala fortuna parecía gozarse, y de que ella había sido testigo impotente, toda esta amarga y precoz experiencia había templado su alma, favorecido su tendencia a la concentración, a la gravedad, a la tristeza. «Desde la edad de doce años era una persona seria, fatigada por las inquietudes, agobiada de pensamientos graves y de sombríos presentimientos».

Era muy piadosa. Educada a la sombra de la vieja catedral, hallaba en la religión alimento propio para su vida interior, la confortación moral y las esperanzas consoladoras de que su juventud tenía necesidad para reaccionar contra tantas impresiones desoladoras. Inteligente, reflexiva y estudiosa, había aprendido a leer y recitar los salmos en latín, junto a las ancianas religiosas que, arrojadas de su convento por la Revolución, habíanse convertido en improvisadas maestras de escuela. Sabía de memoria todo lo que se canta en la Iglesia; y más tarde, reflexionando sobre los viejos textos y comparándolos con el francés y el italiano, terminó por poseer prácticamente el latín. Una dama noble que se había educado cuidadosamente en Inglaterra y que, arruinada al regreso de la emigración, se dedicaba a dar clases, completó muy felizmente las lagunas de esta primera instrucción: así se formaron las bases de una cultura femenina que había de extenderse notablemente un día.

En esta vida poco esparcida, el tardío nacimiento del pequeño Ernesto había constituido una gran alegría. Como a menudo acontece en las familias, la hermana mayor se consagró a este niño débil y apacible «con toda la fuerza de un corazón tímido y tierno que siente la necesidad de amar»; le consagró inagota-

bles reservas de dedicación y de afecto que un alma femenina ardiente, apasionada, algo sombría y celosa como la suya, puede ocultar; fué para él, literalmente, una segunda madre. Y él, muy naturalmente, muy ingenuamente también, se dejó amar. Que su ternura hacia él haya sido, a la vez que muy profunda, bastante exigente y tiránica, un poco egoísta tal vez—y que se haya conservado siempre igual,—se comprende por sus propias confidencias y se conforma con lo que es de ocurrencia frecuente, a la humana realidad. En lo que toca a las cosas del corazón, el hombre, muy a menudo, recibe más de lo que da, y la mujer, nunca pagada de lo que merece, es casi siempre la obrera, consciente o inconsciente, de sus propias decepciones. Amar demasiado da ánimos para amar menos. El egoísmo está tan profundamente arraigado en el corazón del hombre, que aun en las naturalezas cultivadas y generosas, por poco que se les ayude, usurpa invenciblemente los derechos y los intereses de los demás. Ernesto Renan conservó toda su vida su carácter de niño mimado, y demasiado mimado, de su hermana Enriqueta. Refiere que cuando ella salía a las reuniones de sus amigas, se asía a sus vestidos, rogándole que volviera; y ella volvía, se quitaba su traje de salida y se quedaba con su hermano. Gesto simbólico que durante cerca de cuarenta años, ella ha renovado moralmente todos los días.

Su piedad, su falta de fortuna, su distinción de alma, el tono habitual de sus pensamientos, todo la inclinaba a la vida religiosa. Se sentía arrastrada hacia el claustro. Si no hubiera escuchado sino sus aspiraciones, habría entrado al convento de Santa Ana, en Lannion, donde el trabajo se repartía entre el cuidado de los enfermos y la educación de las niñas. «¡Ah!, escribe muy justamente Renan, acaso si ella hubiera seguido este pensamiento, habría trabajado más en bien de su reposo!» Pero había deudas paternas que satisfacer. Por otra parte, y tal vez ante todo, estaba preocupada por el porvenir de este niño que por las tardes, en invierno, llevaba bajo su manto a la Iglesia, agazapado de frío contra ella. Un día advirtió que trataba de disimular su traje viejo: lloró y, valerosamente, acep-

tando la lucha, se prometió cumplir para con los suyos la pesada tarea material y moral que la muerte del padre había dejado inconclusa. Había soñado consagrarse a Dios; y se consagró a su hermano.

Entonces fué cuando la familia Renan volvió a Tréguier. Era la víspera de la revolución de Julio. Mme. Renan volvió a hacerse cargo de su comercio; Enriqueta se hizo institutriz. En esta nueva y difícil situación, encontró de nuevo pesados deberes. Tal vez Renan exagera atribuyéndolos exclusivamente a las «torpes pretensiones», a las «quisquillosidades mezquinas» de la vida provinciana. Era muy natural y debemos creer que las familias nobles y burguesas del país prefirieran confiar sus hijos a las comunidades religiosas y no a una institutriz particular de veinte años. Es muy posible también que las mejores cualidades de Enriqueta, su modestia, su discreción, su retraimiento, le hayan sido perjudiciales en las funciones que exigen ante todo autoridad, cierta agilidad, dotes de iniciativa y de organización. Sea como fuere, su escuela marchaba mal; se le pagaba escasamente, y ella lamentaba haber abandonado a Lannion. Le fué propuesta una plaza de maestra segunda en una pequeña institución parisiense de jóvenes. Fué en 1835: tenía veinticuatro años; aceptó y se fué «sin protección, sin consejos, hacia un mundo que desconocía».

Entre tanto, había hecho a los suyos un nuevo sacrificio. Un hombre de gran inteligencia, libre de los prejuicios vulgares, y que parece haber estado dotado de una condición superior, la había solicitado en matrimonio. «Mi hermana, ha dicho Renan, a pesar de un defecto de nacimiento a que costaba acostumbrarse—se trataba de un respigón en el mentón,—ofrecía a esta edad un extremado encanto. Las personas que sólo llegaron a conocerla más tarde, fatigada por los rigores del clima, no pudieron imaginar que sus facciones tuvieran un día una delicada melancolía. Sus ojos eran de una extraordinaria dulzura; su mano, tan fina y maravillosa como pueda concebirse». La fotografía suya que conocemos deja ver sobre todo una frente

pura y alta*. En breves palabras, ella había agradado. A pesar de una recíproca simpatía, rehusó, porque habría debido separarse de los suyos, «para quienes se pensaba que había trabajado demasiado. Prefirió la humildad a la riqueza no compartida con su familia». Una vez más volvió a guardar sus vestidos de fiesta para no abandonar a su hermano. Era de aquellas que, no sin sufrirlo a veces en el secreto de su corazón, escogen siempre el estrecho camino del más elevado de los deberes.

«Sus comienzos en París fueron horribles». Que ella haya exagerado, y Renan después de ella, la «frialdad», la «altanería», el «charlatanismo», que desde luego le chocaron, es cosa muy posible, probable aún. Pero los acontecimientos exteriores no valen sino por su repercusión en nosotros; y es innegable que Enriqueta Renan, tímida, reconcentrada, escrupulosa como lo era; sin amigos, separada bruscamente de su familia, de su piadosa y honrada tierra bretona, sufrió profundamente este destierro. Cumplió y verificó la ley según la cual en casi todos los bretones *trasplantados*, a una violenta crisis de desesperación sigue un período de liberación, de rebelión casi, contra las tradiciones de que se ha nutrido su infancia**. Renan, que también atravesó esas dos épocas, sobre todo la segunda, describió con singular fineza la primera. «Lo que hay de cruel, escribe, para el breton, en este primer momento de desarraigo, es que se ve abandonado tanto de Dios como de los hombres. Se obscurece el cielo para él. Su noble fe en la moralidad general del mundo, su sereno optimismo, se rompe. Se ve arrojado del paraíso a un infierno de helada indiferencia; la

* M. Charles Le Goffic, en un insinuante artículo, dice, por su parte: «Según el testimonio de las personas que entonces la conocieron, Enriqueta Renan, sin ser precisamente bella, ni aún hermosa, ofrecía un encanto extraordinario. Todo era en ella gracia acogedora y comunicativa. Un leve pliegue de la boca, una curva delicada del cuello, una mirada iluminada por los más fiechos sentimientos, es bastante para atraer los corazones».

** M. Le Goffic, a quien copio esta justa observación, anota que «casi todos los bretones, desde Pélage hasta Felix Le Dantec, ofrecen ejemplo de esta extraña vuelta de espíritu». A estos nombres, pueden agregarse los de Chateaubriand y Lamennais.

voz del bien y de lo bello le parece llegar sin sonido; se complace en escribir: «¿Cómo entonar el cántico del Señor en tierra extraña?». Tal es lo que sucedió a Enriqueta. La desolación en que cayó llegó a comprometer su salud, y debió recurrir a toda su energía para perseverar y no regresar a su país.

Se recobró, no obstante. Después de varias enojosas experiencias, tuvo la alegría de que le confiaran, pues habían terminado por apreciarla, la dirección de los estudios en un instituto de enseñanza, «esta vez muy honrado». Pero aun ahora debía sufrir muchas privaciones; jamás llegará a agradarle bastante este género de enseñanza. Ansiaba desprenderse de él. Alcanzó, después de pesado esfuerzo, los diplomas que necesitaba. Trabajaba diez y seis horas al día. Su cultura se profundizaba, extendiéndose en todos sentidos. «Estudió, nos dice su hermano, los trabajos de la escuela histórica moderna; más tarde me bastaron algunas palabras para revelarle el sentido de la crítica más fina». Renan nos deja entender a este propósito que la fe de Enriqueta, que hasta entonces continuaba siendo muy viva, no resistió a esta ola de nuevas informaciones que recogía en los libros; como si la ciencia positiva, hasta cierto punto en estado bruto, independientemente de las conclusiones religiosas que de ella se desprenden, llevara consigo necesariamente la desaparición de la fe religiosa, y como si todo no dependiera exclusivamente del particular estado de espíritu con que se aborda tal o cual estudio. Lo más probable es que un lento trabajo interior se produjera en ella; que, no estando ya cercada por su medio originario, se haya desprendido progresivamente de las ideas y preocupaciones que allí había absorbido; que haya sufrido la influencia del nuevo medio en que estaba colocada; que no pudiera hurtarse a las mil impresiones disolventes que recogía de las personas, de las cosas, de los libros; y que esta apasionada energía que constituye el fondo del alma bretona, haya reaccionado tanto más vivamente contra sus creencias atávicas, cuanto más fuertemente impresas en ella habían estado. Así, pues, cuando Renan escribe, hablándonos de los estudios históricos de su hermana: «En el mismo mo-

mento, sus ideas religiosas se modificaron. Por la Historia comprendió la insuficiencia de todo dogma particular, sufrió engaño respecto de su hermana, como lo sufrió respecto a él. La historia no nos revela nada semejante a esto. ¿Como podría la historia, me pregunto, establecer lo verdadero o lo falso que haya en el dogma de la inmortalidad del alma o de la Trinidad? «No me buscarías si no me hubieras encontrado». Enriqueta, a pesar suyo, había encontrado ya la incredulidad cuando buscaba su justificación en la historia.

Esta crisis de espíritu no nos es conocida directamente. El testimonio indirecto de Ernesto Renan no es tal vez enteramente desinteresado, y tiene la desventaja de ser el único y, además, demasiado breve. Es, pues, harto difícil representarse con exactitud y describir precisamente las diversas fases de la evolución moral que separó a Enriqueta del catolicismo, los orígenes, las circunstancias, los caracteres, las peripecias tal vez, y el término final de este drama íntimo. Parece haberse prolongado muchos años, pero no haber sido demasiado doloroso, como una réplica anticipada de la crisis de conciencia que, algo más tarde, separaría a Renan del altar.

Este hermano querido con tanta ternura, seguía entonces sus estudios en el pequeño colegio eclesiástico de Tréguier. Excelente alumno, muy estimado, por su gentileza y buen carácter, de todos sus maestros, se le destinaba, y él se destinaba también muy naturalmente, a la carrera sacerdotal. Sin embargo, su vocación no parece haber sido desde luego irresistible. «Distráido a menudo» en la iglesia «parece no tener gran piedad»; su actitud allí es la de un «indiferente». Estas notas de colegio nos han sido confirmadas por su propio testimonio. «Durante los oficios, nos confiesa, caía en verdaderos sueños; mi mirada se extasiaba en las naves de la capilla; leyendo allí no sé qué cosa, *pensaba en la celebridad de los grandes hombres de que hablan los libros*». Desde los seis años soñaba escribir. Pero después de la primera comunión, su piedad es ejemplar, y aún «edificante»: su último profesor, el abate Pasco, ya no pone en duda que esté «llamado al sacerdocio». Sus éxitos de escolar

eran grandes y hacían la felicidad de su hermana Enriqueta. En Agosto de 1838 mostraba los premiados de Tréguier al médico de la institución en que ella enseñaba: el joven Ernesto tenía todos los primeros premios del tercer curso. El doctor Descuret habló de este probable ingreso al abate Dupanloup, que entonces dirigía el pequeño seminario de Saint-Nicolas du Chardonnet: se ofreció una suma que se impondría «hasta la edad de 25 años»; Enriqueta «loca» de felicidad, y a quien «la alegría privaba de todo discernimiento», se apresuró a escribir a su hermano, para quien un «porvenir entero» iba a abrirse desde ahora. Era necesario caminar con presteza; cualquiera duda debía desecharse. El 6 de Septiembre, el pequeño bretón, rebosante de alegría, desembarcaba del correo, en ese «torbellino inmenso», en medio del «bullicio que contrastaba tan singularmente con la tranquilidad» de su Tréguier natal.

II

Tenía quince años y medio. Le acometió también «un terrible acceso de amargura». Según él, «el internado le mataba»; cayó enfermo; «según todas las apariencias, estaba perdido» y habría «debido morir». No sé si en sus *Souvenirs* ha dramatizado algo sus primeras impresiones parisienses: sus cartas a su madre—a quien, sin duda, había de ocultar una parte de la verdad,—nos lo muestran satisfecho y fácilmente adaptado a su nueva vida. Estas cartas, como él lo dice, «están llenas de un tierno sentimiento», pero no «estremecidas de lamentaciones». En todo caso, trabajaba con excesiva contracción, se colocaba en los primeros puestos de su clase, y en los tres años que pasó en Saint-Nicolas, se proveyó de toda suerte de ideas e impresiones inéditas; sus anhelos de gloria literaria se precisaban. «A pesar de más de alguna inquietud», su fe permanecía intacta, y si había llegado a ser menos «ingenua», no parece haber sufrido disminución. ¿Ha sido Enriqueta más o menos responsable de las «inquietudes» a que alude Renan? No lo sabemos. En el momento en que hacía venir a su hermano hasta París,

su cristianismo había sufrido ya más de una mengua. «Mi hermana, escribe Renan, cuyas creencias católicas comenzaban a quebrantarse, veía ya con cierta pena la orientación clerical de mi educación. Pero ella sabía el respeto que merece la fe de un niño. Jamás le oí una palabra destinada a desviarme de la línea que yo seguía tan espontáneamente». ¿Es esto cierto en absoluto? ¿El autor de los *Orígenes* no poetizará un poco, con la mejor fe del mundo, su vida pasada? ¿Sería Enriqueta una mujer capaz de no dejar entrever en nada sus disposiciones nuevas? El mismo, con esa sutil vivacidad de inteligencia casi facil que poseía, ¿no habrá presentido nada de ese drama interior que se desarrollaba en derredor suyo? Lo que viene en seguida me inspira a este respecto algunas dudas. ¡Basta tan poca cosa para poner en guardia a una sensibilidad juvenil! Una palabra, un gesto, un silencio, una entonación de la voz, una actitud involuntaria, bastan para revelar a los que nos son queridos nuestros íntimos sentimientos, para dejar en el fondo de sus espíritus impresiones, al principio apenas conscientes, pero que caminan obscuramente en ellos y que más tarde, completándose y reforzándose unas a otras, terminan por provocar reacciones imprevistas. Me pregunto si, sin haberlo deseado, Enriqueta no condujo poco a poco a su hermano al estado de espíritu en que ella se encontraba ya.

Velaba por él con solicitud maternal. Iba a verlo todas las semanas en cualquier tiempo, atravesando todo París, pues su Instituto se hallaba en Auteuil, llevándole bajo su modesto chal bretón de lana verde, el consuelo de su ternura, de su inteligencia amable y grave. Su trabajo, sus inquietudes, la vida que llevaba, habían alterado su salud; demasiado a menudo estaba enferma; lo estuvo seriamente en 1840. Su hermano parece no haber reparado mucho en sus sufrimientos, y más tarde fué preciso hacerle ver de cerca su gravedad; tenía cierta tendencia a aceptar muy naturalmente los sacrificios que imponía.

Ciertos espíritus tienen un sed inextinguible de consagración. No bastaba a Enriqueta ser la Providencia cuidadosa de su hermano; se había prometido, sólo en sí misma, satisfacer las

deudas dejadas por su padre. En este honrado país de costumbres patriarcales, los acreedores no eran exigentes: se había convenido en que Mme. Renan conservaría su casa familiar y que pagaría lo que pudiera y cuando pudiera. Enriqueta quería liquidar este pasado a toda costa. En 1840 se le hicieron ventajosas proposiciones para una educación privada en Polonia, en la familia del conde Andrés Zamoyski; aceptó, y, a despecho de las amarguras de una larga expatriación, de los rigores de un clima que no soportaba, esta vez no tuvo que arrepentirse de su resolución. La delicadeza con que se la trataba, la simpatía y la confianza con que la acogieron sus tres alumnos, el feliz resultado de sus lecciones, todo atenuaba la pena del destierro y la separación. «Ella se acostumbró en Polonia, nos dice Renan, y particularmente concibió grande estimación por el campesino polaco, en quien veía una criatura buena, dotada de elevados instintos religiosos, que le recordaban al campesino bretón, pero con menor energía.»

«¡Dobre Ernesto, escribía cierta vez a su hermano, cuánto ha sufrido mi corazón, abandonándote!» No es difícil imaginarse los sentimientos de dolorosa resignación que hubo de soportar la valerosa niña al separarse de este hermano que con tanta alegría había visto llegar a París, cuyos éxitos de escolar la llenaban de orgullo y de quien se decía «la mejor amiga». Se fué en Diciembre de 1841, atravesó la Selva Negra y la Alemania del Sur, cubiertas de nieve, se unió en Viena a la familia Zamoyzka, y después de haber franqueado* los Cárpatos, llegó por fin al castillo de Clemensow, en las riberas del Bug, sombría residencia donde debía permanecer diez años. Tenía veintinueve años. Varios viajes realizados con sus alumnos por Alemania, Austria e Italia fueron para ella las más instructivas y agradables distracciones. Las cartas que durante estos diez años escribía a su hermano, y que han sido publicadas, son para nosotros la fuente más preciosa de su biografía moral.

¿Cuál era a su partida, en el aspecto que ella había considerado como esencial, su verdadero estado de espíritu? Es lo que resulta harto difícil de precisar, pues sus cartas, sin duda

deliberadamente, guardan silencio sobre este punto. Parece que su evolución filosófica y religiosa no había terminado aún por completo; pero estaba ya bastante avanzada. Su desprendimiento de toda fe positiva iba acompañado de una fe vaga que parece no haberla abandonado jamás. «El fondo religioso que había en ella por don de la naturaleza y por el carácter de su primera educación, nos dice su hermano, era demasiado sólido para ser quebrantado. Todo este desenvolvimiento que podría haber sido peligroso en otra mujer, se produjo en ella sin veneno, porque lo guardó para ella sola. La cultura del espíritu tenía ante sus ojos un valor intrínseco y absoluto; nunca pensó obtener de ella una satisfacción vanidosa». Tal vez tenía el obscuro presentimiento de que ciertas ideas que en la mayor parte de los hombres están ligadas a la íntima moralidad podrían ser peligrosas, y en todo caso, que sería demasiado imprudente inspirarlas a otros espíritus, mediante una propaganda indiscreta.

Durante el otoño que siguió a la partida de su hermana, Ernesto Renan abandonó Saint-Nicolas du Chardonnet por el Seminario de Issy, donde debía estudiar dos años de filosofía. Este nuevo estudio le sedujo; «por nada del mundo volvería ahora a las declamaciones de la retórica. Es la ciencia de las palabras opuesta a la ciencia de las cosas». «Forma una razón inflexible; enseña a verlo todo desnudo y sin velos». Podría ser fácilmente, es verdad, una escuela de «escepticismo universal...». *Seríamos conducidos a dudar de todo*, si la naturaleza lo permitiese, y si repudiar toda verdad no fuera aun más absurdo que abrazar todos los errores». ¿Resistió siempre a la tentación el joven filósofo? «Me agrada mucho, declara en esta misma carta a su hermana, el estilo de tus pensadores alemanes, *aunque son un poco escépticos y panteístas*. Si alguna vez vas a Königsberg, *te encargo una peregrinación a la tumba de Kant*». Y aprovecha de la «libertad de espíritu» de que goza, para «reflexionar algo sobre sí mismo y su porvenir». «Acordándose *de todo lo que su hermana le ha repetido frecuentemente* sobre la importancia «prodigiosa» de los primeros actos de la vida, se felicita de no haber ejecutado aún ninguna acción decisiva e irrevocable.

Ciertamente, la carrera que hasta ahora se propone abrazar presenta «enormes inconvenientes». «Sin embargo, agrega, después de haber sopesado muy bien mis convicciones (*todo lo quebrantadas que hayan podido quedar con mis primeros estudios de filosofía*, que siempre traen alguna exaltación), he creído que no debía arrepentirme de los primeros pasos que he dado, y que si debiera escoger nuevamente, haría la misma elección... He creído señalar que ningún otro estado era más apropiado para encontrar lo que me agrada. Una vida apartada, libre, independiente de la voluntad o caprichos ajenos, útil no obstante, en una palabra, *una vida de estudio y de trabajo*, tal es desde hace tiempo mi propósito y mi deseo... Admitido esto, debo considerar, pues, como cerrada para mí toda carrera que no sea de estudio y meditación. Desde ahora, la elección es muy simple y el problema muy fácil; por otra parte, la sublimidad del sacerdocio, cuando se le mira con elevación y verdad, siempre me ha conmovido; *aun cuando el cristianismo no fuera sino un sueño, el sacerdocio no perdería su carácter divino...*»

¿Qué responderá Enriqueta a esta carta curiosa de 15 de Septiembre de 1842, que atestigüa ya una vocación tan poco sacerdotal, y aun de un cristianismo algo quebrantado? ¿Rebatirá ella sus primeras dudas, reafirmará con sus sólidos argumentos estas convicciones y estas resoluciones vacilantes? Muy lejos de esto, y como si aguardara confidencias que ella misma hubiera provocado, «sólo puede considerarse feliz» por esta grave confesión: «Mi Ernesto querido, quiero que al leer estas líneas puedas *comprender la alegría que me has dado*». É insiste en la necesidad de aplazar toda decisión definitiva: «Sí, mi buen amigo, las primeras resoluciones de la vida tienen a menudo una influencia *irreparable* sobre toda la existencia, y yo lo sentía intensamente *cuando atraía tus reflexiones acerca de esta verdad...* No temería repetírtelo, mi querido Ernesto, *y pedírtelo con ternura casi maternal*: no te ate ninguna precipitación; que seas capaz de conocer, antes de aceptarlos, los lazos que fijarán tu suerte». «Una vida retirada, libre, independiente, laboriosa y sobre todo útil; pero, ¿dónde encontrarla?»

y más «en una sociedad cuya primera base es la jerarquía y donde con razón entrevés una temible autoridad?». Seguramente Enriqueta se cuida de «refutar» lo que su hermano le dice sobre la «elevación del sacerdocio»; pero ella «plantea» tantas cuestiones y hace valer tantas objeciones, que, evidentemente, sus concesiones en lo tocante a la superioridad moral del sacerdocio son meras concesiones verbales. Aun, dejando escapar su escogido pensamiento, agrega: «Si antes hubiera dependido de mí dirigir tu carrera, no me habría conformado con dejarte entera libertad, pues entonces no eras sino un niño; *habría creído de mi deber resistir largo tiempo antes de ceder a las inclinaciones que manifestabas*». Ahora procede de modo diverso, según ella; evita dar consejos; simplemente estudia con su «hijo adoptivo» todos los aspectos del problema; la conciencia y la razón fraternales lo decidirán. Que Ernesto no se detenga por ninguna consideración familiar. «Recuerda que, *cualquiera cosa que suceda*, en todo verás compartir contigo a una hermana para quien eres el más entrañable de los afectos».

«Esta carta, llena de relicencias casi involuntarias, sólo podía dar ánimos a Ernesto Renan en su irresolución y sus postergaciones; correspondía tan bien a sus propios sentimientos, que su lectura le produjo alegría. El estado eclesiástico, con su «feliz enlace de la vida privada y pública», siempre le parecía «el ideal de la vida feliz y perfecta»; pero la realidad demasiado humana de esta vida le turbaba algo. Se consolaba con un pensamiento ya muy renaniano: «El hombre, declara, tiene siempre un recurso asegurado: es el de *recogerse en sí mismo*, y allí, vengarse, *gozándose en su interior* de todas las esclavitudes externas». Enriqueta aprobaba estas disposiciones; insistía con fuerza acerca de los inconvenientes que lleva consigo la carrera sacerdotal, especialmente en lo que concierne a «esta ansiada independencia», a la cual tanta importancia concedían ambos; a este respecto, la enseñanza pública, cuya posibilidad dejaba ella entrever, tan difícil como fuera, le parecía «harto preferible». Y estas objeciones, estas sugerencias, estos consejos, cumplían muy naturalmente su misión en el espíritu del joven filósofo.

El resultado de «sus propias reflexiones» y de los «consejos» de su hermana fué que el «llamado a la tonsura», hacia el fin de su permanencia en Issy, creyó deber aplazar su resolución, aunque todavía no tuviera nada de irrevocable. Por lo demás, esta espera, que su director aprobaba, no era, a su parecer, sino un plazo. Aun, lo que era de esperar, y lo que ha parecido sorprenderle, la resolución que ha tomado parece haberle **delenido**: «jamás, escribía, he creído más íntimamente, jamás mis directores me han asegurado con mayor acuerdo que la voluntad de Dios era que yo llegara a ser sacerdote». Cree, finalmente, en la posibilidad de «conservar en este estado esta dulce libertad y esta honrada independencía, tan necesarias para la acción plena de las facultades intelectuales y morales». Y como su madre no parecía «muy afectada» por su resolución, helo aquí sin inquietudes.

Pasan algunos meses, y después de sus vacaciones en Tréguier que han restablecido su salud dañada por el trabajo y las emociones morales, entra al Seminario de Saint-Sulpice. Allí se inicia en la teología y el hebreo. Pero se le ha invitado discretamente a «dar un primer paso», y sus perplejidades empiezan nuevamente. Una resolución firme es indispensable ahora. «Pues, en fin, ¿la evitaría *renunciando al estado eclesiástico*? No, ciertamente: es una decisión por la decisión: y *esta palabra es terrible*. Si hubiera algún recurso para evitar la decisión, lo adoptaría: pero no lo hay; es un dilema de rigor inflexible». «Sus ideas, a decir verdad, no se han modificado en nada»: *lo a priori* lo seduce, y la experiencia le espanta; y la experiencia no le ha procurado desilusiones: «*si persevero, concluye, no lo haré sin el sacrificio de mí mismo*». Por fin, cediendo a las «solicitaciones de su director particular», se decide, en la Natividad de 1843, después de «dudas aplastantes», a recibir la tonsura. «Y desde ese momento, escribe, ocho días más tarde, a su madre, ningún acto de arrepentimiento, ni el más ligero sentimiento de temor; sino una calma y una seguridad que desde hace largo tiempo me eran desconocidas». «No sigo este camino, escribía después a su hermana, sino porque veía que no hacerlo

era seguir el camino contrario, al cual, después de todo, me sentía más opuesto. Así, pues, he debido decidirme: tanto más cuanto que el compromiso que contraía no tenía aún nada de irrevocable ante Dios ni ante los hombres». Enriqueta le había sugerido la idea de «viajar antes de su entrada definitiva en el estado eclesiástico». Él desecha esta idea por el momento; entrevé, después de sus años de Seminario, la posibilidad de pasar, para completar sus estudios, algún tiempo como profesor de Saint-Nicolas; después de lo cual, careciendo de toda afición por el «ministerio parroquial», tiene cierta esperanza de ser llamado a prestar su concurso a la fundación de una casa de altos estudios que proyecta monseñor Affre.

«Releo y celebro aun una vez más tu carta, mi bueno y mil veces querido amigo, le contesta su hermana, esta carta tanto tiempo esperada y que por fin recibo con viva alegría. *Mi corazón está puesto todo en mis cartas*; cuando este alimento llega a faltarle, mide con doble amargura la inmensa soledad que le rodea». Esta cálida explosión de conmovedora ternura, ¿habrá sido destinada inconscientemente a señalar algunas discretas reservas? Casi podríamos creerlo. A propósito del primer compromiso contraído por Ernesto: «No puedo volver a esto, *mi pobre amigo*, ni tampoco aconsejarte respecto a los que te esperan; mi primer deber, mi primer deseo es dejar plena libertad a todas tus decisiones. *¿Por qué es preciso, sí, que las adoptes en una edad en que tan mal se conocen los rudos caminos de la vida?*» E insiste; conjura a su «pobre hermano» en términos patéticos «a no comprometerse jamás con ninguna institución que lo privaría de toda libertad de obrar», a «conservar siempre su espíritu de rectitud y de verdad»; combate con vivacidad su idea de aceptar un puesto en Saint-Nicolas. «La última desgracia de mi vida, dice, sería verte caminar por direcciones que no fueran las de tu espíritu».

Ella predicaba a un convertido; y Ernesto Renan no tardaría, sobre este punto, en «calmar las sollicitaciones de su corazón entristecido». Al mismo tiempo anuncia a su hermana que ha recibido las órdenes menores, que no llevan consigo ningún

lazo, ninguna obligación», a diferencia del sub-diaconado, que le será impuesto en un año o más, y que ya le inquieta. Y vuelve por sí mismo a la idea, sugerida por Enriqueta, de un viaje de estudios: «en él hallaría el medio más simple de permitir a sus superiores aceptar un rechazo, por lo menos momentáneo»; una permanencia en Alemania le agradaría mucho, pues, dice, «siempre me ha sorprendido ver que mis pensamientos están en perfecta armonía con los puntos de vista de sus filósofos y de sus escritores», y «*mi progreso intelectual será siempre el más importante de mis pensamientos íntimos*». Naturalmente, Enriqueta animaba con todas sus fuerzas estas disposiciones que más que nadie contribuyó ella a provocar: «He desempeñado en todo esto, escribe, el desdichado papel de una Casandra: *he previsto, he predicho* la cruel incertidumbre que te atormenta: *nadie ha querido creerme*, y sola no podía resistir». Pero no se conforma con «llorar dolorosamente» con su hermano; ella sostiene su valor; le tranquiliza por lo que toca a su madre; va a hacer de manera que «esté libre durante dos años»; después de esto, él decidirá con entera libertad. «No quiero, dice, ni ofrecerte, ni aconsejarte una ruptura; pero si tus convicciones y tu conciencia te llevarán hasta allá, no temas la condenación de aquéllos cuya opinión está aislada.

(Concluirá).

Poemas interiores

I



ALOMÉ la gentil va tejiendo su danza
como ritmo hecho carne, como carne hecha
[aroma;
sus labios delincuentes hablan mudos su idioma
y en sus brazos de llamas va una lúbrica alianza.

Al compás de los crótalos, mientras gira y avanza
mintiendo con sus ojos candidez de paloma,
tembloroso en sus senos el deseo se asoma
y sus curvas aguzan del placer la acechanza.

Y ya náufrago Antipas de pasiones revueltas,
aturdido contempla la beldad que ilusiona
con sus giros perversos y sus formas esbeltas.

Y esa cruel que se yergue, se desliza y se enarca,
en la red de su danza, como araña, aprisiona
los sentidos y el alma del lascivo Tetrarca ..

II

Ante su rey Schahriar, el de amores violentos
y orientales caprichos, con sus pies de jazmines
cruzados sobre rojos y mullidos cojines,
Schahrazada relata cada noche sus cuentos.

Son perfumes de Arabia sus largos pensamientos
que, cual de un pebetero de finos serpentines,
fluyeran a los vagos y remotos confines
de las tierras vetustas de los encantamientos.

El sultán sibarita que oye el cuento sutil
el velamen soberbio de sus ansias despliega,
y con ojo avizor, a través de las mil

y una noches, sonriente, voluptuoso, triunfal,
en su barco pirata lentamente navega
con rumbo al paraíso de un ensueño oriental...

III

¡Oh perpetuos poemas de la vida interior!
¡Cómo brinda su danza la pagana Locura
o le cuenta el Ensueño su ideal aventura
al exótico rey que llamamos Amor!

Mas yo he visto en mi alcázar un prodigio mayor.
Vino en pos del Amado que endulzó la amargura,

una ardiente mujer de velada hermosura
con la fe y la esperanza de un divino-dolor.

Y en el festín oculto—ya lejos de Magdala,—
con sollozos por ritmo y el perdón por ensueño,
sus secretas plegarias en suspiros exhala;

y entreviendo los cielos, la que ayer amó tanto,
unge humilde a su Dios, que es ya su único Dueño,
con la esencia sutil de su amor hecho llanto...

Hombres, ideas y libros

“Androvar” por Pedro Prado

SE ha dicho que la génesis de toda obra de arte se presenta siempre con los caracteres que corresponden a lo que llamamos lirismo o subjetivismo en poesía *; sólo más tarde, a medida que el embrión toma una forma de expresión determinada, van experimentando estos caracteres una modificación más o menos señalada. Si esto es cierto en lo que se refiere a la formación de una obra artística cualquiera, parece corresponder también a lo que ocurre, en líneas generales, ya en el desarrollo de la literatura de cada pueblo, ya en el conjunto de obras de un mismo autor. En efecto, y aun contra la opinión de Hegel, la primera forma de poesía debió probablemente ser la lírica ya que para ello bastaban al hombre sus propios sentimientos; en cambio, para la épica necesitaba un suceso o acontecimiento que debía servir de base a la narración. Es obvio, además, recordar que la vida de la sensación es anterior a la del pensamiento y que, por regla general, la primera producción de un artista tiene un carácter más lírico o subjetivo que el de ser obra ulterior.

En el conjunto de obras que lleva publicadas Pedro Prado desde 1908 aparece en primer término el aspecto lírico con «Flores de Cardo», «La Casa Abandonada» y «El Llamado del Mundo». En este último puede verse ya el lirismo teñido

* Baldensperger.—«La Littérature».—E. Flammarion.—París.

de cierto colorido filosófico que halla, por entonces, su expresión más alta en la celebrada composición «Lázaro». Con «La Reina de Rapa-Nui» se incorpora a su obra el elemento descriptivo, o aspecto objetivo de su temperamento. En «Alsino» la parte objetiva adquiere un desarrollo considerable; pero queda superada por el lirismo que alcanza en esta obra una elevación no superada hasta ahora en su labor posterior. En «Un Juez Rural» desaparece por completo el aspecto lírico y predomina sin contrapeso el objetivo; lo sentimental deja paso a lo intelectual; la ironía luce su sonrisa inquietante; el talento de observador y el poder de las sensaciones visuales produce páginas descriptivas verdaderamente maestras; la curiosidad espiritual, el afán de enfrentarse con problemas trascendentales acerca de la justicia, la verdad y el bien atormentan ya a Esteban Solaguren. Finalmente, «Androvar» es ya todo cerebro, verdadero y apasionado laboratorista de la verdad que no vacila ante los más audaces experimentos para alcanzar la radiosa contemplación de lo verdadero.

Pero si de estas obras de Prado ha desaparecido el lirismo no quiere decir eso que haya desaparecido el poeta. «Androvar», como «Alsino», tiene claras muestras de haber sido concebido por un poeta. Ambos, en verdad, son hijos exclusivos de la fantasía; y aparece uno, como símbolo de angustias sentimentales y el otro, como compendio de inquietudes intelectuales. El poeta aparece, además, en mil detalles ya en las comparaciones llenas de novedad, ya en la armonía del lenguaje, ya en la sutileza de algún rasgo que desborda rico contenido sentimental. Mientras se entrega a la especulación intelectual, internándose por los laberintos del pensamiento, el poeta va intercalando, aquí y allá, cuadros que son un acierto de su sensibilidad. El poeta que sorprendiera por su color oriental en la ingeniosa farsa de Karez I Roshan vuelve a darnos en varios de estos cuadros nuevas pruebas de la flexibilidad de su espíritu. Sólo un temperamento muy bien dotado desde el punto de vista artístico puede tener éxito en la construcción de un paisaje tal, por ejemplo, como aquél con que se inicia la obra y que representa

una aldea de Palestina. El paisaje, ya en este caso como en otros que siguen en el texto, ha sido construido, sin duda alguna, con elementos puramente «nacionales», si así puedo expresarme. Es decir, la calleja torcida y pendiente, el murallón de adobes leprosos, la higuera achaparrada bajo cuyo amparo dormitan los asnos; la mujer con el cántaro que hace un ruido musical al llenarse; los cargadores que se detienen en medio de la plaza; el portal de machones sobados y que lucen cintura; los canes de diversas cataduras, todo eso ha sido visto por el autor en diversas partes y ocasiones. Su habilidad de artista ha sabido sorprender el carácter común que podían tener esos detalles en un momento dado para utilizarlos en la construcción de una aldea de Palestina. En este mismo cuadro hay, además, un rasgo descriptivo verdaderamente proustiano: «Una calleja torcida—dice—y en pendiente cae en otra y la ensancha y hay como un esplaye que es toda la plaza del pequeño caserío». Por otra parte, estos rasgos son muy frecuentes en las obras de Prado, especialmente en «Alsino» y revelan un espíritu que sabe ver las cosas de una manera personal.

• • •

Trascurre la acción de «Androvar» en una aldea de Palestina, en los tiempos en que la palabra de Cristo ponía un estremecimiento milagroso en el reposado ambiente de Judea. Por todas partes corría la fama de sus hechos maravillosos. Androvar que había pasado toda su vida angustiado por la sed de la sabiduría, corre hacia Jesús, anheloso del conocimiento perfecto, llevando la luz de la esperanza en sus ojos ya fatigados de tanto seguir las huellas que dejó la verdad en todas las cosas. En la aldea de Bethel esperan a Jesús, que ha hecho andar al paralítico y ha abierto los ojos del ciego. Llegan allí Androvar y su discípulo Gadel para hablar al Nazareno. Androvar le relata sus inquietudes espirituales y le expone las dificultades que tenemos para encontrar el bien y la verdad con el conocimiento limitado que pueden proporcionarnos nuestras limitadas

experiencias. «Qué clara se haría la verdad—dice—cuán pronto esplendería si en vez de verse el hombre obligado a elegir, para después de su elección añorar lo desconocido que despreció, pudiésemos elegir lo uno y lo otro a la vez. Siempre el camino que despreciamos, por desconocido, se nos figura mejor que el que llevamos. Si los numerosos caminos despreciados no quedasen desconocidos para nosotros podríamos compararlos con el que miden nuestros pasos; entonces todo engaño ilusorio sería imposible, y nuestra elección se enderezaría rápida y segura hacia el bien». Concluye Androvar por pedir a Jesús que, para calmar su sed de conocimiento, funda su espíritu y el de su discípulo Gadel en un solo espíritu común que será nutrido por la experiencia que recojan ambos. Jesús concede el milagro. El proyecto de Androvar es, sin duda alguna, audaz e interesante; pero desde el comienzo podía verse que no iba a dar el resultado apetecido porque la conciencia se ampliaba solamente con una experiencia más para cada uno de los que intervenían en la prueba. Así entre diez o quince posibilidades o situaciones distintas, Androvar no podía conocer en adelante sino dos: la que elegía él mismo y la que adoptaba Gadel. En el fondo, pues, y para los efectos de llegar al conocimiento de la verdad la cuestión permanecía en el mismo estado que antes de que se realizara la fusión de los dos espíritus.

Hay en este primer acto un detalle, que sólo anoto a título de curiosidad, y que sirve para apreciar cuán difícil es la tarea de quienes tienen que buscar la verdad de un suceso en las declaraciones de testigos. El personaje designado con el nombre de el Pescador dice (pág. 15) refiriéndose al milagro del paralítico, que desde el lugar en que él se hallaba en el momento del suceso sólo se veía el rostro del paralítico. Luego después, al intervenir en un diálogo entre El Labriego y La Mujer (pág. 17) manifiesta que en cuanto el paralítico, por influjo del Nazareno, se echó a andar como un sonámbulo «no le vió más por correr tras el Galileo que se alejaba sonriente». Parece, pues, que el pescador se apartó del ex-paralítico apenas realizado el milagro, en los momentos de los primeros pasos. Sin

embargo, su declaración resulta no ser completamente exacta, porque de lo expuesto por el mismo personaje en las págs. 20 y 22 se desprende que no se apartó del grupo que rodeaba al enfermo en cuanto éste se puso a andar, sino que se quedó allí hasta mucho después. En efecto, vió la danza enloquecida a que se entregó el ex-enfermo; le vió también rasgar sus vestidos en el frenesí del movimiento; y, por último, le vió jadeante y rendido tropezar y caer quebrándose una pierna.

• • •

El segundo acto nos muestra las consecuencias dolorosas que el experimento ha traído para Androvar. No consiguió calmar la ansiedad de su espíritu, antes bien el mayor conocimiento le trajo mayor desasosiego «puesto que la mucha sabiduría trae consigo muchas desazones; y quien acrecienta el saber acrecienta también el trabajo».

Desde luego, al operarse la fusión con el espíritu de Gadel descubre que éste, a quien consideraba su fiel discípulo, le engaña lamentablemente. Gadel, en efecto, mientras su maestro vivía en perpetuo contacto con las verdades trascendentales, lograba establecer relaciones menos elevadas pero más precisas con Elienai, la esposa del venerado maestro. El descubrimiento no regocija precisamente a Androvar, pero tampoco le desespera y ni aun le impulsa a tomar una venganza simbólica como la que tomó, por ejemplo, el señor Luciano Bergeret en caso semejante. Androvar adquiere este nuevo conocimiento con la serenidad que corresponde a un hombre de ciencia que se halla ante uno de los muchos fenómenos curiosos e imprevistos de la Naturaleza. Por otra parte, contribuía también a afianzar esta actitud de elegante tranquilidad la circunstancia de que aunque Elienai y Gadel quisieran engañarle no podían hacerlo. Efectivamente, el espíritu común o único del marido y del amante hacía que Androvar disfrutara también del afecto que Elienai dedicaba a Gadel como si en realidad estuviera dedicado a él mismo. Experimentó, por tanto, Androvar la sensación de ser a

un mismo tiempo burlado y burlador, marido y, técnicamente, amante de su propia mujer.

Ahora bien, ¿por qué es Gadel (pág. 47) el que pide el milagro de la conciencia única para él y su maestro cuando esta fusión debía conducir al descubrimiento de su amor, que importaba una traición para su maestro? ¿Por qué Gadel no sentía las congojas de Androvar como éste sentía el amor mutuo de Elienai y Gadel? ¿Por qué razón Gadel, sabiendo, como tenía que saber, las torturas de su maestro le afligía, no obstante, con escenas de amor que Androvar tenía que recibir con todos sus detalles? ¿Se perturbaba el amor de Gadel con las meditaciones de Androvar, así como las cavilaciones de éste se amargaban con la traición del discípulo? En fin, sería interminable señalar la serie de complicaciones cada vez más intrincadas y sutiles a que da lugar la situación en que el autor ha querido colocar a sus personajes. Evidentemente, Prado no ha tenido la intención de despejar todas las incógnitas que crea la milagrosa fusión espiritual, sino que ha buscado presentar únicamente el problema desde el punto de vista del personaje principal.

Las dolorosas complicaciones y las indecibles angustias que con esta primera prueba experimentó Androvar no fueron bastantes para su sed de conocimiento; y, al final de este segundo acto, le vemos nuevamente ante Jesús para pedirle que lleve más adelante la prueba empezada y añada el espíritu de Elienai a los dos espíritus ya fusionados.

* * *

En el tercer acto la trinidad de espíritus y conciencias está realizada. Androvar, Gadel y Elienai forman una sola persona, espiritualmente hablando. Las complicaciones pueden adquirir, ahora, caracteres pavorosos. Androvar puede añadir a su condición de marido y amante la de marido y esposa al mismo tiempo, autor y víctima del adulterio. Pero el fin perseguido por el autor es diferente y no necesita, en modo alguno, dete-

nerse en estos hechos. La acción se orienta hacia la experiencia más trascendental que podría intentarse; la de reunir en un mismo espíritu la sensación de la vida y el conocimiento de la muerte. Gadel agoniza herido por mortal puñalada. Androvar y Elienai sienten las angustias de la muerte; y en cuanto el cuerpo de Gadel queda inanimado, el misterio terrible de la muerte se hace claro en sus almas. Anonadados por la formidable revelación, que les aplasta como una montaña, claman a Jesús para que les liberte de la condición de seguir viviendo atados a la muerte. Pero Jesús no puede deshacer lo que está hecho en nombre de su Padre. Y así Androvar y Elienai, nuevos Adán y Eva que quisieron ser como los dioses, oyen de los labios de Cristo la sentencia fatal: «Androvar: en esa mujer que es tu propia imagen procrearás larga descendencia, nuevos seres para siempre señalados por la angustia de ser dueños de revelaciones imposibles.»

Este bello poema dramático ¿no es, acaso, una glosa de aquel primer acto del drama humano que empezó a realizarse en el jardín del Paraíso bajo la mirada vigilante de Dios? Adán y Androvar pretendieron ser como los dioses; en ambos la tentación fué el desear ser conocedores de todo, del bien y del mal. Se abrieron los ojos de Adán y sintió vergüenza porque se vió desnudo; se abrieron los ojos de Androvar y se vió herido por congijas indescriptibles. La culpa de la trasgresión moral del primero y las consecuencias de las experiencias consentidas del segundo se proyectan sobre la interminable descendencia de ambos. Androvar es el padre de una humanidad manchada con el pecado original de la curiosidad intelectual.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

Al fin se descubre mi maestro

Publicamos en el número 5.º de ATENEA parte del capítulo que Guillermo de Torre dedica en su libro *Literaturas europeas de vanguardia*, a la labor poética de Vicente Huidobro.

Nos complacemos en reproducir hoy la respuesta que da Huidobro a tales apreciaciones, réplica publicada en el suplemento castellano de la revista *Création*, y que el poeta nos envía.



RACIAS a los esfuerzos del sagaz detective Guillermo de Torre se descubre finalmente los orígenes del Creacionismo. Loado sea Dios.

Cuanto siento mi querido Juan Gris que tus éxitos teatrales te retengan aun en Monte Carlo. Te preparo a tu vuelta un momento de sana alegría cuando sepas que el inefable de Torre me acusa en la revista «Alfar» de haber sido influenciado por el poeta Herrera Reisig el mismo Herrera Reisig que hace algunos años comentábamos una tarde y al cual poníamos como el prototipo del arte decadente y refinado lleno de símbolos sutiles y sin un átomo de lirismo puro, modelo acabado de todo aquello que hay que huir como la peste.

Pobre Herrera Reisig ayer acusado a su vez de plagiar a Jules Laforgue y Albert Samain y hoy culpa de mis pecados.

El artículo del angelical Guillermo de Torre es la prueba flagrante de su gran conocimiento en poesía y de la profundidad de sus estudios técnicos.

Parece ser que este verso de Herrera Reisig:

«Los astros tienen las mejillas tiernas»

(Qué hermoso verso? verdad inenarrable Guillermo? y qué moderno) ha influenciado este otro mío:

«Apretando un botón todos los astros se iluminan».

El lector puede ver el parecido no sólo de idea sino de procedimiento...

Este otro verso de Herrera: «Rien los labios de leche de los luceros precoces».

Fijese usted mi querido, Larrea, en ese verso, analícelo usted; *leche, labios, precoces, luceros...* no le digo más porque usted está en el secreto, pero sepa que ese verso, que entusiasma el alma pura de Guillermo de Torre, ha inspirado este otro mío: «Miro la estrella que humea entre mis dedos».

Pero esto no es nada. El inefable de Torre me ha pescado infragante en un soneto de Herrera en que pintando un cura el poeta dice:

«El ordeña la pródiga ubre de su montaña
Para encender con oros el pobre altar de pino».

Esto es completamente creacionista, ¿no me ve usted Larrea escribiendo esos versos? Ahí no hay ningún símbolo, en cambio yo digo:

«Campesinos fragantes ordeñaban el Sol»

y esto no es un simple hecho que yo presente, que yo haya inventado, esto tiene otra significación escondida y no es sino puro simbolismo y nada más.

Ahora prepárense los técnicos. Mucho ojo. En alguna ocasión yo seguramente he querido decir a una chica guapa que se había sonrojado y escribí «el día muere en tus mejillas». Pero yo no contaba con la huésped y es que este inefable Torre,

cazador experto de todas mis migajas conocía este verso exactamente igual al mío del magno Herrera Reisig: «Y se durmió la tarde en tus ojeras». En el cual el significado (ruego leer el poema entero para mayor claridad) el equilibrio de los valores y la relación de peso de las palabras es exacta al mío.

He aquí pues, lector sutil, el origen de mis famosas imágenes creadas y de todo el creacionismo. Al fin se descubrió gracias a este egregio rival de Colón que se llama Guillaume de Torrès.

Luego este querido amigo cita otros versos del poeta uruguayo que no compara, hélas, a versos míos y entre ellos advierto este:

«En el dintel del cielo llamó por fin la esquila»

que el sagaz cazador se olvida de decirnos que es un verso robado por Herrera al mismo de Torre que en su libro «Hélices» en la página 47 dice:

«Las estrellas tocan a rebato».

La prueba que yo conocía al poeta uruguayo, la da el inefable de Torre al sorprender en mi libro «La Gruta del Silencio» de 1913, este epígrafe de Herrera y Reisig:

«Mucho antes que el agrio gallinero, acostumbra
a cantar el oficio de la negra herrería,
husmea el boticario, abre la barbería.
En la plaza hay tan sólo un farol que no alumbrá».

Esta estrofa tan maravillosamente antidescriptiva es igual a los versos míos que dicen:

«Por una gran pendiente se resbaló la noche
y asomó la pestaña roja azul de la aurora».

¿por qué diablo puse yo ese epígrafe de Herrera tan semejante

a mi manera poética? Hay un misterio que un día nuestro buen Guillermo descubrirá a las multitudes asombradas. Como conoce mi crítico el sentido de la ironía.

Todos sabemos que la noche baja resbalando por una pendiente y yo sólo he caído en un lugar común y en la descripción más directa del mundo externo. En mi verso no hay nada creado, es pura fotografía, yo soy más simbolista y descriptivo que mi amigo Guillermo de Torre y sobre todo amo más que él lo pintoresco y lo fantástico como puede verse al leer nuestros poemas.

Pero me preguntará el lector ¿quién es Guillermo de Torre?

Idolatrado lector, no quiero ofenderte y supongo que ya lo tienes juzgado y que podrás en adelante apreciar este maravilloso cerebro crítico y profundo estético.

Si no te es suficiente lo que has leído debes saber que este modernísimo vate adora el siguiente trío: Walt Whitman, Góngora y Herrera Reisig. ¿Qué tal? ¿Qué me dicen los otros poetas modernos, los pobrecitos que no comprenden nada?

(Perdona, Góngora, pero te juro que no es culpa mía).

Esto es como si un pintor de hoy me dijera que sus más grandes artistas eran Branwyng, el Greco y Samuelito Rojas.

Después de eso se está juzgado hasta la muerte.

Sin embargo mi conciencia me exige otro retrato de este inefable chico y paso la pluma a Gómez de la Serna. En su libro «Pombo», nos cuenta que Guillermo de Torre le fué enviado por Cansinos Assens con una carta que decía: «Dichoso usted a quien todavía tan joven le puedo hacer el envío de un discípulo». Gómez de la Serna pide al gran Torre que le lea algo y después de oírle dice estas frases: «Yo me quedé silencioso viendo sólo la cantidad de fervor que había en él y él me dijo que le enviaron a Cansinos porque dijeron que era su discípulo, que después le dijeron que de quien él era discípulo, era de Noel, pero Noel tampoco le creyó su discípulo y entonces había vuelto a Cansinos y este me lo había enviado a mí.

No había más remedio que aceptar el discípulo para que no se pasase la vida buscando a su maestro, yendo de la Ceca a la Meca por los desiertos calcinados y calcinantes. Desde entonces Guillermo de Torre va a veces por Pombo, ilusionado, ingenuo, pero tan dispuesto a despertarse sobre lo extraordinario, tan ciego en su camino, tan dispuesto a *llegar* que da miedo de que me haga pagar caro algún día el que le hayan hecho mi discípulo».

Después de leer este profundo y profético retrato comprendí el alborozo de Cansinos cuando una noche paseaba con él cerca de la Puerta del Sol y al divisar a Guillermo de Torre le llamó a grandes gritos: «Aquí tiene usted a Huidobro. Al fin encuentra usted a su maestro, ya parecía usted una pelota lanzada de mano en mano, ahora podrá usted reposarse»...

El inefable Guillermo empezó a venir por las tardes a mi casa de la Plaza de Oriente y ahí de su conversación profunda aprendí todos los secretos de la poesía moderna. Esto pasaba en 1918, en los tres meses que yo viví en Madrid.

¿Recuerda usted mi querido Bacarisse y usted mi querido Villacián, las lecciones de estética moderna que me daba Guillermo de Torre y cómo se me alargaron las orejas de oírlo y no querer perder una sílaba de sus labios?

Yo no tenía ni la más remota idea de esas cosas y estaba tan dispuesto a *despertarme sobre lo extraordinario* que caí de rodillas ante el divino maestro que me abría nuevos horizontes.

Conservo aún los poemas manuscritos que me dió Guillermo de Torre en aquella época. Poemas modernísimos que un día que amanezca de humor publicaré, como un homenaje a aquel grato recuerdo y como un desmentido a la canalla que pretende que entonces el genial precursor de precursores imitaba a los más viejos simbolistas.

Hace poco tiempo un amigo me escribía desde España: «Hay aquí dos infelices que le tienen a usted un odio y una inquina inconmensurable, Guillermo de Torre y Laso de la Vega. Están como poseídos de una fiebre de desesperación de que usted no los toma en cuenta, ni hace caso de ellos para nada. No es usted diplomático en sus desprecios».

Esto es injusto, pues yo hice caso en un tiempo del buen Guillermo de Torre, mientras creí posible lo imposible. No fui para con él lo mismo que para con el otro, al cual rechazé cada vez que quiso acercarse a mí, porque me daba la sensación física del asco, me atraía el vómito como un imán y si nunca respondí sus artículos llenos de mentiras y de cretinismo es porque ese pobre ni siquiera sabe qué es poesía, no sospecha que existe un movimiento nuevo, pues, yo no acostumbro explicar estética a un urinario, y cuando quiso hablarme le cerré la boca con una frase brutal como merecía el que más tarde quiso saltar en una semana de las páginas de la revista «Nuevo Mundo» al dadaísmo.

Guillermo de Torre siquiera es limpio, se lava los dientes y hasta creo que los pies. Para mí hay dos clases de higiene: la física y la intelectual. Hay que usar cepillo y pasta para los dientes y cepillo y pasta para los sesos.

De Torre por lo menos se lava los dientes y el otro ni los dientes ni los sesos. Un hombre que se lava los sesos y olvida los dientes puede perdonársele en honor a su inteligencia, pero el que hiede a sesos y a pies antihigiénicos no hay por que respetarlo y yo lo rechazo de plano.

Así pues, al otro hasta el nombrarlo me humilla y le dejaremos aquí colgado al último fleco de la vida batiendo desesperadamente las piernas sobre el vacío.

Pero tú, oh Guillermo ¿por qué crees que yo no te amo? La culpa es mía por tener esta alma tan negra. El pobre chico me envía su libro con una bella dedicatoria, y yo imperférrito. Trata en tres ocasiones de reanudar amistad, y yo sordo. Claro está que su justo furor redobla. Y para colmo de mi desgracia escribo un artículo sobre España en «L'Esprit Nouveau» y se me olvida citarlo. Su justo furor triplica.

Después me dicen que me cree, injustamente, lo juro, causa del fracaso de su libro. Hijo querido. ¿Qué culpa tengo yo de que usted sea un tan inconmensurable poeta que sólo puede gustar a Dios y a sus santos? Usted no nació para este mundo sino para el otro. Suicídese y verá que no miento.

No es culpa mía si ese pérfido de Picasso al preguntarle el otro día si había leído su libro me contestó: «Quise leerlo pero me dió mareo. Que aglomeración de estupideces». Y Juan Gris, a quien yo con mi acostumbrada malicia, mostré hace tiempo su poema «Tour Eiffel» exclamó: «Pero, este pobre chico no tiene vergüenza de plagiarle y de hacerlo tan mal».

Su libro no es para nosotros, adorable Guillermo, sino para don Julio Casares culto crítico moderno y ello créamelo no es culpa mía. Estudie, querido niño, tiene en España poetas jóvenes de quienes puede aprender mucho, estudie a Larrea, a Gerardo Diego, a Rogelio Buendía, a Siria y Escalante, a Eugenio Montes y otros que seguramente existen y que yo no conozco.

Le doy esos consejos para probarle que siempre le he tenido un cariño especial y tanto le quiero que guardo todas sus cartas. Como prueba voy a mostrarte, lector, algunos párrafos.

En una carta fechada en Madrid el 28 de Diciembre de 1918, mi buen Guillermo me dice: «Mi queridísimo y admirado amigo: Al girar de los días tras su partida melancólicamente nostálgicos, se ha ido cristalizando vividamente en nosotros sus afines, la evocación estatuaria de su figura lírica exhornada de halos sugerentes. Y a la sostenida contemplación en acorde espejamiento de sus poemas argonáuticos, sentí el tremante deseo de remontarme hasta las antenas que coronan la nave siempre en ruta de mis inquietudes auscultativas y lanzar hacia sus confines algunas palabras de omnirítmicas remembranzas y prismáticas inquietudes. Lejano ya usted percibíamos desoladamente como en el estanque literario madrileño emergía nuevamente la inerte linfa verdinegra y como las trepidantes ondas concéntricas que usted había logrado distender se costreñían límidas en un mortuorio estatismo: ¿Sin embargo para su íntima consolación en los repliegues psíquicos intersticiales de nuestros corazones flotantes quedaba pulsátil una cordial estela de perceptiva irradiación lírica dinámicamente creadora. *Así al glisar de las horas las fragantes semillas que usted arrajó magnánimo, los modulos inéditos que usted descubrió ante nuestros trémulos espíritus atónitos han ido arraigando purificados en su devenir de evolutiva*

gestación triunfal... Y hoy que portamos anclados en nuestro yo los frutecidos motivos germinales de sus directrices «Poemas Articos» de su cósmico «Ecuatorial» y de su emotiva «Tour Eiffel», junto con las irradiaciones de afines espíritus galos con quienes usted nos hizo intimar y a los que vamos desglosando pausadamente, estamos ya aguerridos para lanzar en un gesto de magna propulsión algunos poemas creacionistas y deveniristas, dionisiacamente posesos. Por sobre todos ellos fulgura la evocación de su advenimiento maravilloso y en el broquel defensivo llevan plasmados versos liminares de usted. Le transmito conmovido estos episodios para que no deplora el haberse aventurado por estas latitudes. Le remito hoy los adjuntos dos artículos de los seis que hasta ahora lleva publicados Cansinos Assens sobre usted y sobre las nuevas orientaciones líricas que él ha comenzado a contemplar merced a sus explícitas referencias. En ellos exegeta algunos matices del creacionismo; su fervor clásico, su reintegración poética, su pragmatismo, etc. González Blanco, Díez Canedo, Cándamo y otros hablarán en breve de sus libros. Pero tampoco creo lleguen a decir nada medularmente definitivo. Será preciso esperar a que hable nuestro afín Villacián... o yo mismo en alguna exploración hermenéutica. Llegue hasta usted un abrazo cordialísimo de su aff. amigo: Guillermo de Torre».

Advierto al lector que el estilo hermosísimo de esa carta es exactamente auténtico y no una venganza mía como algún malicioso podría creer.

Nuestro querido explorador hermenéutico me ha explorado como veremos más adelante mejor que Shackleton el Polo Sur, ha descubierto todos mis filones y convertido en oro la piedra ruin que dormía en mis tierras.

Para que veas lector, como conservo cariñosamente todas las cartas de mi adorable amigo voy a leerte unos párrafos de otra fechada en Fonz (Huesca) el 22 de Junio de 1919. Por este párrafo de mi amigo de Torre conocerás los orígenes de todo el movimiento poético actual y ellos te darán una gran luz sobre tantas cosas que yo he tratado de oscurecer. Escucha pues:

«Cansinos Assens ha aprovechado el pasmo por usted suscitado para promover tras un manifiesto sintético, firmado por algunos de nosotros una nueva escuela postnovecentista a la que denominamos Ultraismo. Tras ese manifiesto en el que había una lamentable promiscuidad de firmas, la eclosión novísima y el surgir continuo de nuevos literatos adeptos y conversos del «Ultra» es innumerable. Hemos tenido que realizar verdaderos esfuerzos, nosotros los amigos de usted para mantener las distancias y evitar las mistificaciones. Como una de las más escandalosas le señalaré la cometida por el cínico N. N. * que ha publicado unos poemas de «Neo-Lirismo» en los que plagiaba burdamente las características exteriores de sus «Poemas Articos». Y otros varios que le omito para no enojarle. Mas en cambio no dudo habría de sonreír complacido ante las fieles asimilaciones «creacionistas» realizadas por los recientes poetas Eugenio Montes y Pedro Garfias... En cuanto a mí, aparte de los estudios críticos sobre la nueva estética que he publicado, vengo de iniciar, tras mis veleidades conceptistas un devenirismo esquemático *basado en sus hallazgos creacionistas*... Guillermo de Torre».

Ahora empezamos a ver algo más claro.

Pero para que se vea toda la audacia de esta adorable criatura tendré que decir que cuando se publicó un artículo mío sobre estética en la revista francesa «L'Esprit Nouveau» en Abril de 1921 este delicioso Guillermo lo comentó en «Cosmópolis» a los pocos meses diciendo que el cuadro esquemático representativo de las tres fases sucesivas que ha ido experimentando el arte al través de su historia, que yo he inventado y que yo dí en mi artículo él también lo había dado siete meses antes que yo en la revista «Cosmópolis».

Solamente esta criatura angelical olvidó decir que yo se lo

* Suprimo el nombre de ese poeta pues no tengo por qué hacerme solidario de los calificativos del autor de la citada carta.

había dicho y leído tres años antes, en 1918, y que se lo había explicado mil veces en presencia de Villacián, de Bacarisse, de Ramón Prieto y de Carlos Fernández Cid que no me dejaran mentir y a quienes pongo como testigos de lo que afirmo.

Por otra parte en un artículo sobre mí publicado por el intenso poeta chileno Angel Cruchaga en el diario «La Unión» de Santiago de Chile en Junio de 1919 viene el comentario de estas teorías mías, teorías exactamente expuestas en el Ateneo de Buenos Aires en 1916 y que oyeron de mis labios más de doscientas personas.

Pobre chico pescado como una rata cuando entraba a comerse el buen pastel.

Además basta leer la obra de ambos para ver, si no se es ciego de nacimiento, a quien pertenece la teoría. El inefable Guillermo inventando principios estéticos; figurénselo ustedes, señores, es para enfermarse de la risa.

Y lo que es peor es que como dice un refrán el que miente tiene que ser dos veces inteligente, por eso es que le pescamos infraganti en su misma mentira pues al comentarme se vé que no ha entendido ni una palabra de los esquemas por mí inventados que él comenta así: «Arte reproductivo o inferior al medio; arte de adaptación o en equilibrio con el medio; arte de creación o superior al medio, según, dice de Torre, que predomine la inteligencia sobre la sensibilidad, haya un equilibrio entre ambas o predomine la sensibilidad sobre la inteligencia». Citando aquí mi segundo esquema, sin comprender, este talentoso chico, ni una palabra de lo que yo digo y confundiéndolo todo en su cerebro sorprendente.

No, mi querido Guillermo, ni siquiera ha sabido usted robar; es el castigo del cielo. Le voy a aclarar esos esquemas para que le sirvan en un próximo artículo sobre estética escrito *siete meses antes* que el mío. Usted ha creído que el primer término del segundo esquema corresponde al primero del esquema anterior, el segundo al segundo y el tercero al tercero. No criatura ingenua; los tres términos del segundo esquema muestran

el fenómeno de evolución correspondiente a cada uno de los términos del primero.

Y tan avergonzado estaba usted de su comentario sucio y de su fea acción que cuando yo en Madrid en Diciembre de 1921 me enteré de ese artículo y se lo pedí a usted mismo, al verse obligado a darmelo rayó usted con lápiz rojo las frases mentirosas de su comentario. Aun conservo el ejemplar con sus tachaduras vergonzantes que parecían pedir perdón. Esas frases tachadas decían este colmo de audacia grotesca: «A la apreciación del lector perspicaz queda comprobar la similitud de ambos parrafos y la influencia que haya podido ejercer sobre el otro el cronológicamente anterior». Yo también la dejo a la perspicacia del lector ahora mejor enterado pues no acostumbro sorprender la buena fe de nadie.

Dígame niño. ¿Cuando usted está solo frente a sí mismo no se avergüenza de vestirse de atavíos ajenos? porque a usted mismo no puede engañarse; usted sabe que ha mentido.

Y puesto que se trata de hacer toda la luz y que hemos citado cartas obligados a ello por las circunstancias y que todas estas cartas quizá aparecerán un día en volumen citemos un párrafo de una de Mauricio Bacarisse a quien estimo muy de veras como el lo merece y que era secretario de la sección literaria del Ateneo de Madrid.

Esta carta está fechada en 29 de Febrero de 1919 y copio el párrafo en cuestión: «Se percibe en las últimas tendencias una saludable influencia de sus bellos libros y novísimas ideas y metáforas; sin embargo alcanzo a ver yo que sigo conservador y menos contaminado que otros, que la obra que se intenta es más de imitación que de adaptación. La imitación revela hostilidad y quien remeda no comprende ni se funde con la obra».

Perdóneme querido Mauricio de exponerlo a los furores de la gente menuda. Muchos años he callado. Hoy me piden buenos amigos que rompa el silencio y así lo hago convencido además que usted no puede temer venganza de literatos de trastienda.

Sigamos simpático lector. Mi viaje a España fué encantador. Un día me encontré este viejo refrán castellano escrito en la pared de mi cuarto: *Cría cuervos y te sacarán los ojos*.

Como iba a deplorar el haberme aventurado por esas latitudes cuando en ellas conocí al adorable Torres que será desde entonces mi buen compañero en este valle de lágrimas y todo el regocijo de mi espíritu.

Yo adoro al angelical Guillermo y declaro que mienten los que dicen que se pasó haciendo intrigas para indisponerme con Cansinos, con Gómez de la Serna y otros. Mienten; mi grande amigo es incapaz de eso.

Para que se vea cuanto quiero a este inefable niño hay que saber que cuando Jean Cocteau hace algún tiempo le envié una cruda reprimenda epistolar yo tomé su defensa y mucho lamenté la carta humillada que esta criatura escribió para reanudar amistades.

Cuando las malas lenguas andan diciendo que escribe sesenta cartas al día a todo el mundo y que esto produce sonrisas yo sostengo que no lo creo, son puros ejercicios de estilo epistolar. Es para hacerse dedos y afrontar más preparado el género poético.

Es tiempo ya que entremos en el libro de mi adorable amigo. El libro se llama «Hélices». Madrid, 1923; y lo recibí hace ya algunos meses. Tomemos un cuchillo y rompamos las hojas. Lo primero que advertimos es una hermosa dedicatoria: «Al poeta dilecto Vicente Huidobro, cuyo nombre ilumina una página de este libro (senza rencore). Cordialmente: Guillermo de Torre».

¿Y no voy a querer a este amigo después de esa dedicatoria tendida hacia a mi como una mano emocionada por encima de los Pirineos?

Y sin rencor, alma generosa. Lo pasado, pasado y a otra. Todas las calumnias, todos los enredos, las tergiversaciones, las frases enteras robadas, el querer atribuir a otros lo que es vuestro, la transfusión de vuestra sangre, etc.; etc. Vieja historia, olvidemos; olvidemos.

Este pobre chico ha sido víctima de tantas canalladas, y tan joven y tan sin experiencia...

Yo no puedo contener la cólera al leer en la página 14 de su libro citado: «Las auras tienen un sabor mental» y luego en la página 69. «El sabor mental del viento», pensando que el pérfido de Jules Romains escribió hace veinte años este verso. «Tiene el aire un sabor como mental». Así fué traducido al castellano en la antología de poetas franceses publicada por Díez Canedo hace más de once años.

Dígame usted, malvado Canedo. ¿Por qué tradujo ese verso con toda mala intención? ¿No sabía usted que un día Guillermo iba a necesitar decirnos. «El sabor mental del viento» y luego «Las auras tienen un sabor mental»?

Pero ha salido usted desfraudado, pérfido Canedo, pues Jules Romains habló del aire y no del viento ni de las auras.

Dejemos esto y recorramos las páginas de su libro plétórico de piedras preciosas. Veamos a nuestro adorable poeta jadeante, con la boca abierta en el gesto fresco de un simpático provinciano delirando con La Rotonde, con Montparnasse, con la estación Vavin y oigámosle decir adiós a su bella Floriane su querida durante quince años en París, haciendo cornudo a su amante pasajero Luis Aragón, veámosle cantar obsesionado por la Ciudad Luz y entonces comprenderéis que mienten los intrigantes que dicen que nuestro Guillermo sólo pasó tres días en París entre las sonrisas retozonas de esta gente maliciosa.

Nadie puede creer tal cosa ni mucho menos ninguno de sus amigos y somos felizmente numerosos, vean como prueba la cantidad de dedicatorias que hay en el libro y qué amigos de calidad, amigos sinceros, íntimos, a los cuales el poeta sólo ha querido rendir un homenaje de confianza, pues él no es como aquellos que dedican sus poemas a medio mundo mendigando sonrisas o para cosechar apoyos para el futuro. (Los tiempos son duros y el porvenir tan incierto).

Los versos del libro de mi amigo de Torre empiezan en la página II en un poema que canta el mundo en el momento de la guerra, tal como yo tuve el cinismo de hacerlo en mi poe-

ma «Ecuatorial» publicado hace seis años. Aquí encontramos este verso:

«Estrellas incendiadas
prendidas en el bosque multifónico».
(G. Torre).

En mi libro «Poemas Articos» en el poema «Ruta» yo hablo de «estrellas que cuelgan de las ramas» y en «Ecuatorial» hay un verso que dice:

«Las estrellas que caían
eran luciérnagas del musgo».
(Huidobro).

Y en otra parte de «Ecuatorial» hay un verso que dice: «Bajo el bosque afónico». Claro está que no multifónico.

¿Con qué derecho escribí yo esos versos hace tantos años? Mi perfidia sólo iguala a la de Jules Romains. Yo sabía que el inefable Guillermo llevaba ya esos versos entre las células de su cerebro y se los plagió irrespetuosamente.

En la misma página encuentro este otro verso:

«Colinas desangradas y soles convalecientes».
(G. Torre).

Y por qué no? ¿No tuve yo la audacia de escribir en mi poema «Horas» de Poemas Articos: «desangra las estrellas» y luego en el poema «Nadador» del mismo libro este otro verso:

«La luna enferma murió en el hospital».
(Huidobro).

Él no ha tomado la luna sino el sol, lo que es muy diferente, y además mi pobre luna estaba enferma e iba entrando al hospital en el mismo momento en que salía su sol convaleciente.

En mi poema «Ecuatorial» creo que se habla algo del mundo en el período de la guerra y empieza con estos versos:

«Era el tiempo en que se abrieron mis párpados sin alas
Y empecé a cantar sobre las lejanías desatadas».

(*Huidobro*)

Adivinación que yo hice de este verso que debía escribir más tarde el inefable Torres diciendo justamente del momento de la guerra:

«Es entonces cuando mi espíritu ha vislumbrado
auguralmente la insólita fecundación».

(*Hélices*, página II)

En la misma página, en otro verso sobre el momento bélico dice:

«La tierra estatifica su rotación».

(*Torre*)

para darme en la cabeza, pues en mi poema de guerra «Hallali» yo digo:

«La tierra desnuda gira aún».

(*Huidobro*)

Yo hablo de «la trinchera ecuatorial trizada a trechos» en ese «campo banal en donde el mundo muere de las cabezas prematuras brotan alas ardientes».

Guillermo, que tanto me estima, me acompaña en este sentimiento y dice:

«Mientras espigas de paz frutecen en los lagos de sangre»

Y luego agrega:

«Los estambres del terraqueo ovario se abren»
(Torre)

y después cuando yo pienso en la paz y digo:

«Sobre el arco-iris un pájaro cantaba» .
(Ecuatorial)

Guillermo me apoya plenamente y grita:

«Magno arco iris resurrecto» .
(Hélices).

Claro está que su verso es muy superior y mucho más creado que el mío... Siguiendo las vías de este entrenable cariño él nos hablará del «horizonte rasgado» pág. II), ¿Y quién le impide? ¿No hablo yo en mi poema «Marino» de Poemas Árticos de «los horizontes cortados»? Para qué tomarle a Huidobro los «horizontes desatados» de Ecuatorial cuando él ofrece otros tantos horizontes?

¡Cómo pueden creer que yo no ame a este chico cuando tenía un saldo de horizontes inútiles y él me les ha procurado una salida... ¡Cuánto se lo agradezco!

Lo mismo digo por mi stock de planetas y estrellas de todos colores y dimensiones que me tenían mareado. Gracias, amigo, muchas gracias.

Lean como prueba la página 14 de sus Hélices, hay por ahí unos «astros vivos» como en mi poema «Nadador» de Poemas Árticos hay un verso con unos «planetas vivos» ,

Ya ven ustedes dos saldos vendidos en el mismo paquete.

Más abajo en la misma página del libro del gran Torre, encontramos unos «aviones domesticados», y esto porque mi estrofa sobre los aviones que dice:

«Son los pájaros amados que en nuestras jaulas han cantado»
(Ecuatorial)

no tenía pedant y se aburría sola.

Movido por este mismo sentimiento de compañerismo Guillermo escribe aún en la misma página este otro verso:

«Los collares eléctricos de las hembras»

(G. Torre)

(Qué hermoso)

pues yo dije en mi poema «Osram»:

«Dame tus collares encendidos»

(Huidobro)

y en Ecuatorial:

«El último rey llevaba al cuello

Una cadena de lámparas extintas».

(Huidobro)

Pasemos a la página 15 de este delicado libro de mi amigo. Aquí encontramos esta frase:

«El frutecer de los solsticios»

(G. Torre)

«Mi espíritu irrespetuoso se recuerda haber escrito en un poema llamado «Depart» que viene en Poemas Árticos dos versos que dicen:

«Las flores del solsticio

florece al vacío».

(Huidobro)

¿Por qué razón, si yo pude hacer florecer el solsticio, mi mejor amigo no podrá hacerlo frutecer?

¿Y quién impedirá al buen Guillermo hablar en la página 19 de su libro de «los ferrocarriles interplanetarios»? Nadie, y yo

mucho menos, puesto que en *Poemas Árticos* me permití tender líneas férreas prohibidas por la implacable naturaleza:

«Camino de otras constelaciones
«El tren que se desprende de los astros» ...
(Huidobro, *P. Árticos*)

En la página siguiente de su libro, este inefable de Torre dirá:

«Soy el jinete de los meridianos»

y yo le aplaudo calurosamente, pues en mis *Poemas Árticos* yo digo:

«Cantando se alejaban sobre el meridiano»

y en mi poema «Touring Club» hay este verso:

«En equilibrio sobre el equinoccio».

No he personificado yo varias veces los meridianos, los paralelos y hasta la línea ecuatorial? La puerta está abierta, adelante.

Salve; oh tú egregio Guillermo Torre! que ante toda puerta que se abre eres el primero en entrar!

Que descanso, lector, hemos soldado también todos los meridianos, paralelos, y solsticios que se nos estaban apolillando.

Ahora me veré forzado a aplaudir los dos versos que apercibo más abajo, en la página veinte, y reconocer la increíble novedad del autor, pues esos versos dicen:

«Entre mis piernas
permutan su cauce los ríos».
(*G. de Torre*).

y habría que ser idiota para encontrar a esos versos el menor parecido con estos otros de mi libro *Ecuatorial*:

«Y todos los ríos no explorados
Bajo mis brazos han pasado».

(Huidobro).

Hay una buena diferencia entre los brazos y los pies y el que no lo crea que tenga cuidado mañana de no ponerse los zapatos en las manos,

Sigamos, en la misma página 20:

«Una noche en la Costa Azul
abordé el navío de los dollars
que encalló en las ruletas de Sagitario».

(G. de Torre).

Por qué diablos se me vienen a los sesos estas dos estrofas?

«Un paquebot perdido costeaba
Las islas de oro de la Via Lactea».
(V. Huidobro, «Ecuatorial»)

«La luna nueva con las jarcias rotas
Ancló en Marsella esta mañana».
(Huidobro, «Ecuatorial»)

Hasta se la puse al lado de la Costa Azul, en Marsella, para que no le quedara muy lejos. Que si se la pongo en Noruega... Menudo viaje le he evitado y despues dirán que le quiero mal. Pasemos a la página 22 y leamos:

«En todas las rutas fragantes
hay células de mis alas».

(G. Torre)

En Poemas Articos en un poemita que se llama «Cruz» advierto estos versos:

En todas las rutas
 Había sangre de mis plumas.
 (Huidobro)

Pero esos versos míos ya estaban olvidados y un alma generosa debía sacarlos de la oscuridad. Al que me digera que mi amigo Torre me ha plagiado advierto que no tolero el que un gesto piadoso sea calificado como un simple robo.

Adelante, sigamos insaciable lector, Abre la página 23 de estas Hélices que giran dándonos un poco de aire fresco. Leamos este verso.

«Los horizontes leván ancla».
 (G. Torre)

se diría que yo tuve un profético papel de calco cuando en Ecuatorial hice levar anclas a los días y cuando escribí en Poemas Árticos:

«Levando el ancla
 Las cuatro estaciones van a la Isla de Pascua»,
 (Huidobro)

y no cansado aun, en otra estrofa del mismo libro hago levar el ancla a los recuerdos. Me estoy oliendo que voy a saldar otro stok.

Claro está; mi inefable amigo nos habla de «la noche anclada» no hice yo anclar la aurora? ¿Por qué razón yo sólo voy a manejar el cosmo como un malabarista con brévet de exclusividad?

Y puesto que yo cometí la imprudencia de desplazar las ciudades de su sitio y acostumbrarlas al vagabundaje como puede verse en Ecuatorial:

«Bajo el bosque afónico
Pasan lentamente las ciudades cautivas
Cosidas una a una por hilos telefónicos».

(Huidobro)

¿Por qué mi inefable de Torre no podía encontrarlas en su camino y contarnos el encuentro en la página 25 de su libro:

«En la apoteosis
desfilan las ciudades redivivas
bajo una lluvia de aviogramas».

(G. Torre)

Puede observar el lector que mis ciudades iban cautivas mientras que las de mi amigo iban redivivas, lo cual es muy diferente; las mías no iban bajo aviogramas, pues en aquel tiempo todavía no eran comunes como los hilos telefónicos. Además el lector verá que mi amigo no empieza como yo todos los versos con mayúscula, y esto constituye una originalidad excesivamente audaz.

Pasemos a la tercera parte de su libro, parte que se titula «Bellezas de Hoy», casual encuentro con el imprudente de Dermee que tituló hace años uno de sus libros «Bellezas de 1918», lo cual es muy diferente porque ahora estamos en 1923.

El primer poema se llama Tour Eiffel y en él nuestro amigo nos pinta el recuerdo y las impresiones de los largos años pasados a la sombra de la bien conocida torre.

Yo, aunque no la conozco ni de vista, me permití en un día de spleen la distracción ingenua de tejer unas cuantas imágenes sobre la susodicha torre en mi libro Tour Eiffel publicado en Madrid en 1918 y fragmentariamente en París en 1917.

Yo dije de esta pobre torre tantas cosas y entre otras: «Araña de patas de alambre», «Guitarra del cielo», «Gigante colgado del vacío», «Telescopio», «Clarín».

Hablé de sus antenas, de los polos, ¿qué hacían aquí los polos?, etc., etc., y dije:

«Es el viento de la Europa
El viento eléctrico».

(Huidobro).

El inefable Guillermo la llama «araña del cielo», «Hombre mecánico», «Reflector, brújula, Pararrayos» (adivinando que la torre debe poseer dos o tres) habla de sus antenas y de los polos y luego agrega lógicamente:

«Mi espíritu se lanza
en el aire eléctrico».

(G. Torre).

No creáis que el viento eléctrico, no señores, no seáis mal intencionados, es el aire eléctrico. *A la perspicacia del lector queda el juicio y el adivinar el cronológicamente anterior.*

Yò dije que a la Tour Eiffel se sube sobre una canción, qué disparate! Sabemos los instruidos que hay ascensores y escaleras.

«Do re mi fa sol la si do
Nous sommes en haut».

(Huidobro).

Esto significa nosotros, o sea mi hijo y yo, ya estamos arriba, después de subir por esa escala musical.

Mi adorado amigo como no tiene hijo ha depasado esta vez los límites de toda originalidad, pues él dice:

«Ya estoy arriba».

(G. Torre).

Y viva el plagio señores, porque yo soy un gran plagiaro.

Pero este angelical Guillermo no ha plagiado jamás, te lo juro lector, el solo escribe *basado en mis hallazgos creacionistas*. Prueba de ello la diferencia que hay entre mi *estamos arriba* y su *estoy arriba*.

En este instante, créeme lector que es exacto, se me cae el libro de mi amigo tan querido y al recogerlo lo encuentro abierto ocho páginas más atrás de donde íbamos, ofreciéndome en grandes letras estos versos:

«Del novilunio arborescente
se desgajan doce campanadas»
(G. Torre).

Perdonadme, pues, el haceros retroceder, soy un mal detective, carezco tal vez de un tanto de paciencia y de unos gramos de atención, pero el pícaro destino viene a suplir mis defectos presentándome su valiosa ayuda. Aprovechémosla.

En Poemas Árticos hay uno que se titula «Luna»: y que termina con este verso:

«Y la luna olvidó dar la hora».
(Huidobro).

Muy justo, pues, que si mi luna olvidó dar la hora, la luna de mi caritativo amigo se lo recuerde... En la misma página abierta por la mano de Lucifer leemos:

«Los jardines
pendientes del horizonte»
(G. Torre).

y el mismo Lucifer me recuerda:

«Los mares árticos
colgados del ocaso».
(Huidobro).

Luego en la página cuarenta de esta originalísima obra de mi amigo Torre hay una «Constelación de soles nocturnos de occi-

dente que aterrizan sobre las atalayas». Lo cual me recuerda vagamente algo de mi libro *Ecuatorial* que dice:

«Siglo sumérgete en el sol
 Cuando en la tarde
 Aterrice en un campo de aviación».
 (*Huidobro*).

Pero eso de la «constelación de soles nocturnos» es maravilloso, ¿verdad? Que daría yo por haberlo escrito.

No se puede exigir a la gente inventar todos los días y como yo he tenido la mala costumbre de preguntarme a veces en mis versos:

«Quien ha crucificado los crepúsculos»

 «Quien ha desenrollado el arco iris».
 (*Huidobro*).

¿Por qué el buen Guillermo en un anhelo de superación no puede también preguntarse:

«Quién ha fundido ese cable de estrellas».
 (*Torre, Hélices, pág. 40*).

En la página 43 vemos que «la noche silba y dispara estrellas» pero yo soy un mal hombre muy suspicaz y habiendo adivinado hace algunos años que mi buen amigo iba a escribir ese verso combiné anticipadamente en «*Ecuatorial*» este otro: «cada estrella es un obus que estalla» ... y le gané la delantera.

En la página 45 de su libro vemos a este simpático Guillermo paseándose con alguien «Cogidos de la mano paralelamente». En mi libro «*Horizon Carré*», París 1917 en el poema «*Daysage*» el primer verso dice:

«Le soir on se promenera sur des routes paralleles».

Más adelante en la página 68 nos pintará:

«Los álamos sacuden su melena
donde nidifican estrellas olvidadas».

(G. Torre).

en mis Poemas Articos en el poema «Ruta» se encuentra el lector con esta estrofa:

«Todas las estrellas han caído
Y las que cuelgan en las ramas
Caerán mañana».

(Huidobro).

Véase en todos estos ejemplos como un pequeño detalle puede hacer estúpido y sacrificar lo que era hermoso; Los verdaderos poetas, los del oficio, comprenderán lo que digo.

En la página 70, nuestro adorable de Torre ha crucificado el silencio, para no ser menos que el malvado Huidobro que hace tantos años crucificó los crepúsculos. En la página 76, hay unos versos:

«Canciones marineras
Letifican las olas convexas».

(G. Torre).

En mi poema «Départ» de Poemas Articos hay dos versos que dicen:

«La barca se alejaba sobre las olas cóncavas».

(Huidobro).

Espero que mis lectores conocen perfectamente la diferencia que hay entre cóncavo y convexo...

Advierto que estoy tomando versos al azar porque no tendría paciencia para citar todo lo que encuentro y además el calvario que estoy pasando al sentirme asesinado en cada esquina de este largo trayecto me obliga a apresurarme.

En la página 79 del libro de Torre leemos:

«Un collar de ciudades ciñe tus senos».

(G. Torre).

En mi pobre libro Poemas Articos, que ya parece caja de caudales, en un poema titulado «Express» se encuentran estos versos:

«Una corona yo me haría
De todas las ciudades recorridas
.....
De todos los ríos navegados
Yo me haría un collar».

(Huidobro).

A cada página que paso de este libro, querido lector, encuentro mi cadáver porque has de saber que el poeta Torre sostiene como Campoamor que en literatura el robo es permitido siempre que sea seguido de asesinato.

Así en la página 112; encuentro unos «rascacielos termométricos» asesinadora alusión a mi poema Cow-Boy que dice:

«New-York a algunos kilómetros

En los rascacielos los ascensores suben como termómetros».

(Huidobro).

En la página 118 encontramos:

«El mar de sonrisas sinusoidales se defleca en cabelleras de es-
[puma».

(G. Torre).

Apuñaleando mi verso de Ecuatorial que decía:

«Yo querría ese mar para mi sed de antaño
Lleno de flotantes cabelleras».

(Huidobro).

Cinco líneas más abajo me encuentro otro puñal: «Un astro decapitado»... y abriendo mi libro Ecuatorial cae sangrando entre mis manos este verso mío recién asesinado:

Un astro maltratado se desliza».

(Huidobro).

No le bastaba al pobrecito estar maltratado, había que decapitarlo.

Luego en la página 122, de su libro el querido verdugo de Torre escribe:

«Mi corazón irá a nado sobre un cable de miradas».

(G. Torre).

¿Y por qué no? No tuve yo el tupé de hacer de una mirada una especie de hilo telefónico en mi poema «Paquebot» de Poemas Articos:

«En su mirada vuelta hacia las playas
Un pájaro silbaba».

(Huidobro).

Y en mi poema «Femme»:

«Yo me alejo sobre el hilo de tu voz».

(Huidobro).

En la misma página encuentro:

«Un árbol oblicuo sacude
mareado sus melenas-hojas
amarillas del otoño».

(Torre).

Encuentro inesperado con un verso de mi poema «Ruta»:

«En el *boscaje oblicuo* se quedó mi canción».
(Huidobro, P. Articos).

Seguramente mi estrofa es inferior, yo no tengo el vuelo lírico suficiente para cantar las melenas del árbol, hojas amarillas del otoño que juguetes del viento son... etc.

Lector, todo lo que has leído prueba que yo soy muy pobre de sesos, que toda mi vida he pasado influenciado por medio mundo, pero había en el mundo alguien más pobre que yo y que se nutría de mis desechos. Esto me recuerda unos versos que hablan de un sabio que se creía el hombre más mísero de la tierra y se preguntaba si habría alguien más pobre que él y

«cuando el rostro volvió
halló su respuesta viendo
que otro sabio iba cogiendo
las migas que él arrojó».

VICENTE HUIDOBRO.

París, Enero 1924.

Marcel Proust, sa vie, son œuvre

Por Leon Pierre-Quint; Aux Editions du Sagittaire,
Simon Kra, Paris, 1925.

*«Pendant qu'elle me parlait, se pour-
« suivait en moi, dans le sommeil fort
« vivant et créateur de l'inconscient...»*
—LA PRISONNIÈRE, II.

Primer volumen destinado por entero al estudio de la vida singularísima de Marcel Proust y su obra perdurable.

Conocíamos hasta ahora los ensayos sobre tal o cual aspecto en los problemas relacionados con la estética, la psicología o la historia y crítica literarias, que esta extraordinaria obra renueva, profundiza o crea. Pero nada se había emprendido análogo a este libro, ya indispensable, de Pierre-Quint.

Dotado íntegramente de la disposición de espíritu que requiere la aprehensión de la sensibilidad nueva, Pierre-Quint conserva, —virtud primordial de biógrafo y de crítico— toda la claridad, ligereza y poder de síntesis intelectual, caracteres tradicionales y únicos de los hombres de su raza. Esto da a su obra, aparte su valor esencial como comprensión cordialísima y directa del arte de Proust, otro como crítica racional de su valor literario, y como precisa documentación de los datos objetivos en que apoyaba Proust la compleja y a las veces desconcertante labor de creación novelesca.

Acerca de la vida de Proust, del ambiente social en que vivía, de sus miserias corporales—ligadas en él, por forma más

determinante y directa de lo normal, a su obra literaria—sólo conocíamos noticias parciales inconexas: frisaba la treintena por por los comienzos del siglo; era un burgués adinerado, de ascendencia israelita, admitido y halagado, por su fino trato mundano y su sólida elegancia, en los grupos más cerrados de la aristocracia parisiense, algunos de los cuales llegó a dominar tiránicamente; de una cultura extensa y firme, había publicado a los veintitrés años *Les plaisirs et les jours*; después pareció desistir de sus propósitos literarios; recogido en los salones, sólo se le conocía como literato mundano, por sus crónicas sociales de *Le Figaro*; por fin, apretado por las angustias del asma y de una agudísima hiperestesia general, se encierra casi en absoluto en un cuarto tapizado de corcho que le defiende de los ruidos exteriores, y allí, en largos años de trabajo concentrado, absorbo hasta lo maniaco *, llena veinte enormes cuadernos con el manuscrito de su obra innumerable y nueva, elaborada con la hebra fuerte y fina de la más intensa realidad subjetiva, que podría llamarse la novela de la memoria: *A la recherche du temps perdu; le temps retrouvé*.

Pero ahora, en esta obra de Pierre-Quint, Marcel Proust, el hombre, nos es revelado íntegramente; el novelista que había creado tal variedad de caracteres con los trazos cogidos de la realidad, ha encontrado a su vez quien haya recompuesto con los datos de su personalidad arrastrada en el fluir del *tiempo perdido*, un verdadero carácter humano, que el arte ha detenido, precisándolo esencialmente en el *tiempo recobrado*.

Las mil incidencias desdichadas que suscitó la publicación de la primera parte de su obra, *Du Côté de chez Swann*, el ir y venir de un editor a otro sin obtener la aceptación del manus-

* Una noche, cuando su aislamiento era ya definitivo, se le vió, con sorpresa, aparecer en una fiesta social. Había asistido para cerciorarse de la forma como el príncipe de Sagan llevaba ahora el monóculo, y aprovechar este dato exacto en uno de sus personajes.

Durante su última noche (17-18 de Septiembre de 1922), aun dictaba algunas notas que contienen sus impresiones ante la proximidad de la muerte: debían servir para completar la muerte de Bergotte. A su lado, se encontró una hoja en que había escrito algo ilegible, donde aparecía el nombre de Forcheville, personaje secundario de su obra.

crito; en la *Nouvelle Revue Française* y en el *Mercure de France*, acaso por no habérsele leído; en casa de Ollendorf, porque «no se comprende que un señor se permita emplear treinta páginas en describir la forma como se vuelve y se revuelve en su lecho antes de dormirse...»; otros dotados de más preciso convencimiento, lo tachan por «falso» o «absolutamente estúpido»;... estas claras señales de incomprensión nos revelan el absurdo grotesco que entraña el cercar la espontánea creación literaria, que jamás tuvo trazas de procedencia ni filiación de escuela, en los talleres oficiales de la gente que ha hecho profesión pública. Proust no estaba afiliado a ninguno de los grupos de «hombres de letras»; no podía ser otra cosa, por tanto, sino un aficionado atrevido, un elegante de los salones de Saint-Germain, de quien no era lógico esperar hubiera logrado nada serio. Acaso no esté demás advertir que el propio André Gide cayó en este pecado, que tan noblemente había de reconocer y de purgar después*.

Gracias, sí, que Proust conocía harto bien hasta dónde llega en los editores la capacidad para adivinar una futura gloria literaria. Procurando resacirse de este enojoso asunto, en correspondencia dirigida a su buen amigo Louis de Robert, recordaba que, años hacía, el director de la *Revue des Deux Mondes* tuvo la cortesía de sollicitar como un ruego a Anatole France que retirara el manuscrito de su novela *Thaïs*, de que la revista había publicado ya alguna parte, «porque estaba de tal manera mal escrita... que ni siquiera podría acordársele el espacio destinado al folletín».

Pero no llega hasta aquí la prueba de Proust, que en el fondo era un hombre tímido y modesto, con una modestia casi orgánica que le velaba la significación suprema de su obra y no le permitía ponderar su hondo, trascendental valor. *Du Côté de*

* «...Una de las más vivas admiraciones que haya sentido por un autor contemporáneo, y diría sin duda *la más viva*, si no existiera Paul Valéry. No obstante lo que acabo de decir, no he creído exagerar la importancia de M. P., y no creo que pueda exagerársela. Me parece que desde hace largo tiempo, ningún escritor nos había enriquecido más». A. Gide; *Incidences*.

chez Swann—1913—fué recibido con total indiferencia; cuatro artículos bibliográficos de cortísimo vuelo mereció al mundo intelectual de Francia, a excepción de Paul Souday, la primera parte de esta obra, cuyas disposiciones renovadoras no serán aisladas en profundidad y extensión, sino con la perspectiva de los años.

Aun el mismo Proust defendía su obra por un aspecto puramente negativo. Temía que se buscara en ella la novela del mundo aristocrático, liviana, picaresca, de buen tono. «Lo que este libro trae, se lee en su correspondencia íntima, es real, apasionado, bien diferente de lo que ustedes conocen de mí, y, según creo, infinitamente menos malo; no merece, pues, el epíteto de «delicado» o «fino», sino de viviente y verdadero.

Este hombre retraído, elegante y enfermo sabía toda la verdad, la verdad de la raíz de su espíritu, perseguida por sutiles caminos inexplorados, la trágica verdad de su conciencia solitaria y estremecida, que en su obra iba cobrando maravillosa expresión. Es esta misma verdad la que vemos ahora incorporarse con fuerza intensísima como un aspecto nuevo germen, de innumerables posibilidades estéticas, de la realidad interior.

No podría faltar, es cierto, un grupo selecto que, ayudado por la circunstancia de su amistad con Proust, iniciara una verdadera empresa contra el silencio. Fueron Léon Daudet, Robert de Flers, Reynaldo Hahn, Lucien Daudet, los que ganaron para *A l'ombre de jeunes filles en fleur* el premio Goncourt de 1919.

Pero aun después que ha empezado a leerle la sociedad elegante y que su gloria inicia la conquista del gran público, le vemos irritado, destruyendo la falsa apreciación de sus antiguos amigos. El propio carácter de su vida de joven, que debía procurarle tan rico material de observaciones sobre la vida, los hombres, el arte, la consistencia de los grupos sociales, había de desviar el juicio del público e impedirle alcanzar el núcleo de su obra.

Se había *adivinado la clave* de la novela. Por tal o cual rasgo observado directamente, se recomponía algún personaje de

los salones parisienses. Así, por ejemplo, Charles Haas, «tímido porque, siendo judío, era el único pobre entre los de su raza; amigo de todas las mujeres, mimado en los salones, estimado por los hombres de valor», fué indicado como el inspirador del carácter de Swann, la creación más definida, más cabalmente expresada, de Proust. Para Odette de Crécy se encontró el modelo en Mme. Laure Heyman, cuya vida, probablemente en el aspecto amable, más de alguna analogía de procedencia tendría con la juventud de la esposa de Swann. La Heymann rechazó indignada el retrato que, según había oído, se pretendía ofrecer de ella. Al satisfacer el amor propio de esta dama, Proust tuvo ocasión para envolver con galantería su deseo de precisar el valor que concedía a estos supuestos retratos: «... la gente se da tan poquísima cuenta de lo que es la creación artística, que se imagina que en un libro podemos incorporar a una persona tal como es; no podía prever que una dama... pretendiera reconocerse en Odette de Crécy, que es precisamente su contrario; etc. Estas ridículas asimilaciones me irritan, *Que en un personaje totalmente opuesto sugiera un rasgo la memoria, es lo que fatalmente ha de ocurrir.* Así es como el duque de Guermantes nada tiene del difunto marqués de L.; pero como, recordando a éste, lo he hecho rasurarse frente a su ventana...».

Sólo en el barón Palamède de Charlus, cuya extraordinaria mezcla de soberbia, orgullo y vicios miserables da margen a uno de los más penetrantes análisis en largos volúmenes de la novela, parece seguir con excesiva fidelidad al conde Robert de Montesquiou. Hay, por cierto, una prodigiosa deformación de la vida del «conde Roberto»; el retrato llega a ser «viviente e irrefutable», y sin embargo, prueba precisa de que en la obra de Proust, como en toda creación superior, lo esencial no está en la reproducción de la apariencia objetiva, sino en la riqueza y verdad de la elaboración interior, aparece esta naturalísima, grotesca deformación del tipo real, tardía y sarcástica respuesta al presagio de Barrès: «Al conde Roberto de Montesquiou, al poeta, al descubridor de tantas estampas y objetos curiosos, a uno

de los primeros apologistas del Greco, que también un día hallará para sí un descubridor y un apologista... *.

Hay en el libro de Pierre-Quint una observación que cada vez se hace más digna de continua reflexión. «Nada, dice, está más lejos de la teoría que la obra de Proust».

Trabajos posteriores han concordado muy acertadamente, por cierto, los procedimientos psicológicos de Proust, su noción del tiempo, germen de su método artístico, con las investigaciones y los métodos de Freud y con la doctrina bergsoniana del tiempo y de la duración. Pero esto, a nuestro entender, no alcanza otra significación que la muy general y honda de la unidad esencial de la cultura y la analogía de sensibilidad de los hombres coetáneos. Proust es, sin duda, un psicólogo; lo es por su documentación y por su extraordinaria fineza de percepción; lo es tanto, que alguien podrá decir de él lo que Nietzsche, de Dostoievsky: «es el único que me ha enseñado algo en psicología»; pero nadie, sin perspicacia interesada, podrá jamás descubrir en los numerosos volúmenes de su obra, un solo pasaje en que se advierta una falsa creación poética, sirviendo como prueba de un sistema o de una teoría. Nada más extraño a la novela psicológica de Bourget, por ejemplo, que esta *Recherche du temps perdu*.

Decir, pues, de Proust que es un novelista psicólogo—y lo es en grado extraordinario—es decir muy poca cosa. La diferencia substancial, que toca a la raíz de lo que es la obra proustiana como valor artístico, que hay entre su creación y la novela de Bourget, está en que este último y los de su serie quieren ser ante todo hombres de ciencia; salen de la Psicología científica para volver a ella; el arte, en su obra, es una especie de tránsito doloroso.

No es diferencia de cantidad, sino de calidad, la que separa a aquella pobre creación de laboratorio que resulta el discípulo Roberto Greslou, y este hombre de carne y hueso que es el cordial, el elegante, el tristísimo Carlos Swann. Aquél no ha

* Maurice Barrès: *Greco ou le secret de Tolède*.

venido a la vida de nuestra imaginación si no es para probarnos cómo a través de las teorías de M. Bourget, que nos persiguen siempre entre dos líneas, puede extraviarse una conciencia bajo la execrable presión del materialismo escéptico. Y—digámoslo con un modesto y profundo convencimiento—la crisis patológica de Greslou prueba cualquiera cosa, que la vida es absurda, ininteligible, excepto la doctrina que lo trajo al mundo.

Es que el arte no puede concebirse como instrumento probatorio; no hay razón en sustituirlo al oficio del discurso y del silogismo; no es la *arcilla doctrinæ*, ni puede llevar, si no es como germen de muerte, los fines de una prueba conceptual.

Proust huye, por la manera instintiva propia del grande artista, lo que exageradamente y en términos de expresión cotidiana, es la tendencia a la alegoría, la copia, la imitación externa o formal, la frecuentísima tendencia inversa de la verdadera creación, que condiciona la percepción de la realidad por el formalismo teórico de la abstracción, y que se muestra en elevados ejemplos: las parábolas de Wilde, y que, innumerables veces, un afán de novedad engañosa no logra disimular: los que se llaman a sí mismos renovadores, suelen no tener de tales sino el que ellos lo digan.

En plano diverso, en donde los límites de las segundas intenciones estrechan y deprimen en inferior y diverso grado la libertad de la conciencia artística, pensamos que este arte condicionado y secundario—y lo es las más veces, queremos repetirlo, a pesar del autor, que medirá más la intención que el alcance real—es algo así como esas estampas morales de los imagineros, si se las compara con la viviente sugestión de la Gioconda, que es lo que es, precisamente porque fué creada sin objeto alguno determinado y práctico, y es inexplicable.

La unidad de realidad artística a que alcanza Proust, fusión de lo interno y lo externo, no es sino la aprehensión directa de lo individual y concreto, *fisonomía individual*, dice Croce; es decir, es algo tan simple y tan obscuro como la fecundación del óvulo.

Porque lo entrañable en el poder de creación reposa en la ruptura y desplazamiento de las formas habituales de la conciencia, que se elaboran en reacciones prácticas, externas, casi materiales; y en la penetración a la actividad individual pura—libertad del ser—en que cobra su máxima amplitud el goce estético. Sólo en este plano logra el hombre la sinceridad, virtud fundamental, dice Bergson, inaccesible a nuestro poder de análisis; sólo al tocar ese complejo vivo y móvil, nos hiere el arte con la fuerza de que es «originalmente vivido».*

Ha dado Proust significación inusitada a la proposición de Gourmont: «El divorcio reina permanentemente en el mundo de las ideas, que es el mundo del amor libre».** El método proustiano es fundamentalmente analítico. Luego, de este análisis, de esta disociación, que es racional, atenta, consciente, ¿cómo puede derivar esa intuición pura, que es totalmente su obra? Porque el oficio de este análisis termina al penetrar el núcleo de su estado de conciencia, cuyo ritmo se dilata sucesivamente, se complementa y recompone, hasta alcanzar el plano de la expresión consciente. Así, el músico sabe que la armonía está integrada por cien tonos diversos que él analiza para recomponerlos luego en ese tono único y plural que suscita en nuestra percepción auditiva un ritmo nuevo e imponderable.

Cuando el lector logra acordarse al procedimiento de disociación y recomposición, muda la primera extrañeza que provoca el estilo de Proust: la frase que parece desconocer la fatiga del largo camino, desarrollándose en ondulaciones caprichosas en apariencia, cortada por mil incidencias;—y advierte entonces la escondida armonía, expresión de una percepción que se dispone en infinitas proyecciones y que trasciende en maravillosa música verbal. Se piensa, según dice Gide, cómo es posible escribir en otra forma que lo hizo Proust, que nos parece la única forma *natural* del lenguaje.

Pero, volvamos a Pierre-Quint.

* E. Bergson; *Le Rire*.—Cf. Guy de Pourtalès; *De Hamlet à Swann*.

** R. de Gourmont, *La Culture des Idées*.

Complace que este crítico serio y bien dotado no insista en lo que llamaba «el procedimiento indirecto» de Proust esa admirable gente que le dió a conocer. No necesitaba Pierre-Quint hacer tal referencia, si fuera para concluir que el pretendido procedimiento indirecto es, puntualmente, el «procedimiento directo».

Lo que Pierre-Quint llama el *método de exploración en profundidad* y el alcance que le concede, le evitan tal innecesaria rectificación. Acaso todos los caracteres en que el crítico ve precisarse la innovación de Proust puedan reducirse a unidad en este método de introspección.

Siguiéndolo en todas sus derivaciones, encontramos, en primer término, la importancia capital de lo inconsciente, no sólo como *explicación* de los caracteres novelescos—y en esto Proust ya es algo más que un simple avance—sino como cavidad en que se *elabora* el objeto de la percepción interna: memoria involuntaria; agregación y suma de los estados de conciencia en lo que constituye el tiempo subjetivo.*

Explica también este método la honda, natural conexión del estilo de Proust con el proceso creador, que pretendimos precisar: el juego de la duración y del tiempo como soporte de la percepción interna y de la realidad objetiva (hay que seguir el recuerdo a donde quiera que nos lleve, podría haber dicho Proust, alterando el aforismo del filósofo antiguo); el lenguaje, investigado en sus raíces, desviaciones y represiones, como expresión del carácter profundo de los personajes; ** desarrollo y mudanza de sus personajes; aspectos diversos e inconexos

* «...La memoria involuntaria, que, según creo es la única verdadera. La memoria voluntaria, la memoria de la inteligencia y de los ojos, no nos dan del pasado sino facsímiles inexactos que no se le asemejan más que los cuadros de los malos pintores a la primavera, etc... Pero todo esto no es sino el sostén del libro». *Correspondencia inédita de M. P.*, cit. p. Pierre-Quint.

** Y habría que agregar al lenguaje, los ademanes, los actos, los sentimientos, las tendencias, el pensamiento. Lo que vulgarmente llamamos sinceridad carece de significación o toma una radicalmente diversa. Nada en que aparezcan las cualidades de relación de que vivía la *Psicología* de los autores clásicos; nada más opuesto al sentido de las *Máximas* de La Rochefoucault, por ejemplo. De aquí proviene la desarmonía que habría entrañado cualquiera significación moral en la obra de Proust.

de las cosas y los hombres, que se armonizan en la realidad subjetiva: la descripción de la catedral de Balbec, en resumen del prolijo análisis de Pierre-Quint, no es la evocación de una catedral individualizada y estabilizada en el espacio y el tiempo; es la unidad viva, interna, la venida a la memoria de todas las catedrales que sucesivamente hirieron la sensibilidad y el corazón de Proust. *

En fin, la insistencia con que el autor vuelve sobre este método fundamental, al investigar cada uno de los elementos que su análisis percibe en el sistema estético de Proust, nos prueba cómo Pierre-Quint concede a este método de exploración en profundidad el carácter de unidad radical de la obra de Proust.

Tal es, a nuestro entender, lo que da a esta Vida y Obra de Marcel Proust un alto valor como crítica literaria. Sin prejuicios de escuela, sin preconcepción deformadora, Pierre-Quint se acerca a la obra de Proust con sensibilidad aguda y abierta, y nos revela honradamente los resultados de un análisis minucioso por donde elabora su síntesis personal orientadora.

No logramos encarecer el interés de este libro, que nos apercibe de datos y reflexiones utilísimas para penetrar en esta *Recherche du temps perdu* con una más clara y dilatada comprensión personal.

Sin la pretensión de habernos formado un sistema, siquiera sea de uso particular, ni derivar conclusiones de práctico aprovechamiento, no evitamos percibir en las cosas que concebimos como organizadas particularmente, un tono general que da el matiz de conjunto de una época. A lo largo de la historia literaria, es el recuerdo de algunas obras el que necesitamos suscitarse para reconstituir la sensibilidad, la manera de ser de las edades muertas. Y es porque la expresión sintética que nos procuran las supremas creaciones del arte, es como un símbolo total de la vida.

Así, en la obra de Flaubert nos ocurre ver fundidas en unidad orgánica, dos ondas precedentes de cultura: el afán de ob-

* Cf. À la mémoire des Églises assassinées; M. P., Pastiches et Mélanges.

jetividad y el sentido plástico de los parnasianos y los aportes de la historia, de la ciencia de las religiones y de la arqueología. Asimismo, por la obra de Calderón, por ejemplo, nos parece se haría posible reconstituir las calidades superiores y esenciales del espíritu español en la edad de oro: fusión de la tendencia popular, instintos profundos, permanentes, de la raza, y sentimiento idealista de la cultura filosófica clásica henchida del pensamiento teológico— *El Alcalde de Zalamea, La Vida es Sueño*.

De modo análogo, la obra de Marcel Proust—ahora sólo hallamos su semejante en la obra total de otros autores—se nos ofrece como la suma armoniosa de la intensidad subjetiva a que alcanzaron los poetas simbolistas y la reacción del pensamiento filosófico actual ante los postulados de la Filosofía científica y de la Psicología racionalista.

Proust no es brillante; carece del impulso pindárico que conmueve y eleva bruscamente el espíritu, pero no en intensidad y permanencia; no llevó sobre sus hombros lo que él mismo llama la «testa épica»; es retraído, agudo, fascinador; conoció profundamente y en aspectos inéditos algo que siempre nos ha interesado mucho: el hombre; y como era honrada y noblemente un artista—tuvo un asombroso poder de creación simpática—la humanidad tendrá mucho tiempo para acordarse de él.

Su obra es de aquellas que penetran intensa, inconscientemente los espíritus. El arte, la sensibilidad, la vida de los que sucederán a la actual generación, van a llevar incorporada a su conciencia la llama que ardió en el cerebro de este hombre enfermo.

ABRAHAM VALENZUELA.

Actividades universitarias

A continuación insertamos algunos párrafos de la Memoria presentada al Consejo Universitario por el Director de nuestra Escuela de Pedagogía, don Samuel Zenteno A., Memoria que contiene la relación sobre el funcionamiento de este Departamento universitario durante el periodo escolar de 1924.

SELECCIÓN DE ALUMNOS

 A carrera del profesorado es esencialmente selectiva; a ella no deben aspirar sino los que tienen condiciones compatibles con la función delicada y trascendental de la educación.

En conformidad a ese principio, la Escuela pone especial cuidado en la admisión de alumnos, fijando las siguientes condiciones, que son las mismas a que se ciñe el Instituto Pedagógico de Santiago:

- a) Estar en posesión del grado de bachiller en humanidades.
- b) Presentar un certificado sobre la conducta y condiciones morales del candidato, expedido por el Rector del establecimiento en que aquél hubiere terminado sus estudios secundarios, o por personas fidedignas a juicio de la Dirección, si se tratara de estudiante privado.
- c) Tener a lo menos 17 años de edad.
- d) Acreditar, por medio de un examen previo, suficiente preparación en el idioma correspondiente al curso a que va a ingresar el candidato.

e) Redactar un trabajo escrito sobre un tema de vocación profesional fijado por los profesores del Departamento de Pedagogía.

f) Dictamen favorable de alguno de los médicos de la Universidad de Concepción.

ALUMNOS LIBRES

Fuera de los alumnos regulares, que siguen todos los cursos y aspiran al título de Profesor de Estado, concurren también otros con el carácter de oyentes, lo que significa una ampliación de las funciones de esta Escuela y un valioso servicio que se ofrece a quienes sienten el noble deseo de cultivar los ramos de humanidades superiores que figuran en el plan de estudios.

DISCIPLINA GENERAL

La disciplina es excelente gracias a diversos factores, siendo el principal el régimen que se observa, cuyas características son: supresión de castigos y recompensas; libertad regulada por el desenvolvimiento de la propia personalidad; métodos de trabajo encaminados a que cada alumno sea el factor esencial de su perfeccionamiento; creación de un ambiente educativo por la unidad y armonía entre el profesorado y los alumnos y por el sostenimiento de la reputación de la Escuela; educación del sentimiento social, y estímulo a las actividades deportivas.

Merced a estos y otros rasgos más, el problema disciplinario no existe en esta Escuela.

LA ENSEÑANZA

Se desarrolla de acuerdo con los programas seguidos en el Instituto Pedagógico. Sin embargo, debido al criterio amplio con que proceden los profesores de Santiago al recibir las pruebas de los alumnos de esta Escuela, podemos agregar algunas materias y ramos y aún dar distinta ordenación en la sucesión de ellas.

Entre las innovaciones, merece mención especial la creación del curso de Secretariado Comercial, para aquellos alumnos que, habiendo fracasado en el Curso Pedagógico, deseen utilizar sus estudios de inglés en la consecución de dicha carrera.

El resultado, durante el primer año de su funcionamiento, ha sido ampliamente satisfactorio, habiendo recibido el título de Secretarios Comerciales 13 alumnos.

Los exámenes, rendidos ante una comisión presidida por el Sr. Presidente de la Universidad, pusieron de manifiesto la buena preparación de los alumnos en Redacción Comercial, Taquigrafía y Mecanografía. Estas habilidades y conocimientos unidos a la preparación que tienen los alumnos en Geografía, Sociología y otros ramos de humanidades, harán de nuestros Secretarios Comerciales factores valiosos del comercio. No es de extrañar, entonces, que varios de esos alumnos, al salir con el diploma de la Escuela, hayan ingresado inmediatamente como empleados a algunas oficinas y empresas de importancia.

Creo de justicia hacer presente en esta ocasión la labor inteligente y entusiasta del jefe de dicho departamento, profesor don Juan de la Guarda.

Esta iniciativa tiene un triple significado que bien merece ser conocido: por un lado, es una oportunidad para que las jóvenes egresadas de los liceos adquieran una carrera segura y digna; por otra parte, facilita el ingreso a las actividades comerciales de elementos que, por su cultura y educación, pueden elevar las condiciones de la vida mercantil hasta hacer de ella no sólo una actividad de lucro sino también una función de progreso social en el sentido más amplio. Por último, este ensayo, aunque realizado en forma modesta, es la solución de un grave problema educacional que urge resolver en el país, consistente en el aprovechamiento de todos aquellos alumnos, que habiendo fracasado parcialmente en un curso están, sin embargo, en situación de seguir alguna otra carrera utilizando la preparación ya adquirida. Medítese en la falange de jóvenes que cada año se retiran de los estudios superiores con el estigma aplastante de fracasados; piénsese en el peso peligroso de esa carga

para la sociedad, y se comprenderá toda la importancia que toma esta iniciativa ideada por nuestra Universidad.

MÉTODOS

Todos los profesores desarrollan su enseñanza guiados por el propósito de formar el espíritu científico de los alumnos mediante la adopción de procedimientos de observación, de comparación, de análisis, de inducción, deducción, y por el de reducir en lo posible la trasmisión de juicios preformados a lo estrictamente necesario y sólo para uniformar el criterio de los futuros profesores sobre algunos de los ideales y doctrinas más fundamentales de la educación.

La pasividad del alumno de antes está sustituida por la actividad creadora. En lugar de considerar la mente como un receptáculo de capacidad igual para todos, en el que se arrojan las materias del programa sin preocuparse de si éstas serán elaboradas y aprovechadas, se la considera como una función múltiple que debe ensanchar por si misma sus elementos en el medio ambiente.

Esta idea se aplica en la medida de lo posible a todos los cursos, reemplazando las clases de conferencias por la investigación personal; el estudio teórico por el experimento; el trabajo impuesto por el de la actividad espontánea basada en las necesidades actuales.

Mediante éstos y otros medios los profesores educan a los alumnos para la iniciativa, la independencia y la personalidad.

Su preocupación esencial es rodear a los futuros profesores de estímulos que los impulsen a trabajar siempre buscando la propia superación.

LA LABOR DE LOS PROFESORES PREPARADOS EN ESTA ESCUELA

La calidad de la enseñanza y educación impartida por esta Escuela está probada por los resultados que han obtenido los alumnos egresados de sus aulas y que actualmente dedican sus

esfuerzos al cumplimiento de sus altos deberes profesionales en los diferentes liceos a que han sido destinados. Dichos resultados no pueden ser más halagadores, ya que los Rectores y Directoras respectivos no han tenido sino palabras de aplauso para la actuación sobresaliente de todos nuestros ex-alumnos. De esta manera las influencias del espíritu científico y moral de la Universidad de Concepción se difunden día a día en varias ciudades de la República por la vía más noble y segura: la educación.

El amor al trabajo, el anhelo de perfeccionamiento, el espíritu de cooperación social, el patriotismo amplio y bien comprendido, sentimientos a cuyo desarrollo se presta especial atención en la Escuela, se han manifestado no solamente en la labor que esos profesores vienen realizando en sus clases, sino también en las varias iniciativas de obras post-escolares y sociales de que son autores o colaboradores en las diversas poblaciones donde actúan.

CULTURA PEDAGÓGICA Y FILOSÓFICA

Se presta especial atención a la Pedagogía y Filosofía, como a ciencias de índole fundamental y como a materias básicas que han de regir la vida intelectual y moral de los futuros profesores.

Se guían estos cursos en su contenido y métodos por la convicción de que lo esencial en la cultura pedagógica y filosófica del educador es el espíritu profesional y la actitud filosófica, es decir, aquella disposición mental para comprender los valores que encierran el niño y la educación, para afrontar las dificultades de la enseñanza y poder emprender con éxito todas las innovaciones que exige nuestra educación, y, por fin, para que los ideales de Bien, Belleza, Verdad y Justicia sean el guía de las acciones y puedan penetrar en la corriente de la vida del profesor como un hálito de pureza ascendente.

La pedagogía moderna, con sus métodos y toda su complicada técnica, tiende a un frío intelectualismo donde todo está calculado, los efectos previstos, las consecuencias computadas. Hay

el peligro de que los profesores que ella forme sean, ante todo, técnicos, investigadores fríos, ajenos casi a ese idealismo tan necesario en la educación.

Por otra parte, el deseo muy plausible de reducir el contenido teórico y abstracto en provecho de lo práctico y útil, se va exagerando en forma que ya son muchos los educadores «practicistas» que miran con un profundo menosprecio las ideas generales, las doctrinas y las teorías. Para ellos no tienen valor sino los hechos. Que los educandos atiendan sólo a las manipulaciones, a la actividad sensorial; que el profesor sepa sólo enseñar, es decir mantener en orden una clase y meter en las mentes adolescentes la práctica, instrucción de los obreros, comerciantes, etc.

Esta manera de pensar y aquella tendencia de la pedagogía moderna entrañan peligros muy graves para el progreso espiritual. Es necesario evitarlos, esmerándose por la buena preparación filosófica de los futuros profesores, para que mediante ella adquieran la convicción de que la educación no es sólo una técnica más o menos perfecta sino además una acción abnegada, penetrante e idealista, y de que las ideas y las doctrinas son necesarias para guiar nuestras acciones, produciendo un poco de claridad en la ruta no siempre luminosa de la carrera docente.

PENSIONADA

El Directorio tuvo a bien ampliar el plazo de permanencia de la señorita Corina Vargas en la Universidad de Columbia, en Nueva York, Estados Unidos de América, hasta Septiembre de este año. Como se sabe, la señorita Vargas fué enviada por nuestra Universidad a realizar estudios de Psicología Experimental en aquel prestigioso centro de enseñanza superior.

A su regreso la Escuela podrá realizar algunos trabajos interesantes relacionados con las Ciencias de la Educación y completar su laboratorio para observaciones psicológicas y pedagógicas.

ALGUNAS INICIATIVAS DE LOS ALUMNOS

De entre las actividades que desarrollan los alumnos por propia iniciativa, merecen mencionarse los cursos gratuitos que mantienen para la difusión del idioma inglés entre el preceptorado, los empleados de comercio y el público en general, y la formación, mediante veladas y beneficios, de un fondo común destinado a sufragar los gastos que demandará la permanencia de las alumnas del último año en algún colegio inglés del país, donde puedan practicar el idioma y observar directamente las modalidades del carácter y de la educación inglesa.

El año pasado dichos gastos fueron sufragados por la Universidad, pero en adelante serán los propios alumnos quienes se arbitren esos fondos por los medios arriba mencionados.

ADQUISICIÓN DE MATERIAL ESCOLAR

En 1924 ha seguido enriqueciéndose la Biblioteca con la compra de varias partidas de libros, habiéndose invertido en ellas la suma de \$ 10,000, y con el obsequio generoso que nos hicieron de muchos volúmenes la Deutsche-Chilenischer Bund, la señora Grimsditch y la señorita Mac-Donald.

Hemos adquirido también un gabinete completo de Antropometría Escolar.

SAMUEL ZENTENO A.

Vistos desde afuera

(De «Nosotros»)

Gabriela Mistral

LA sinceridad del arranque poético, la humanidad ardorosa, el pasmo récondito ante la belleza, y su lenguaje saltado del meollo mismo del ser, cohiben al estudio de Gabriela Mistral. Lo que ha dicho es gemido, o arrullo y plegaria que salen de la entraña viviente. ¡Qué difícil detener esa eclosión y colmado impulso de vida!

Su voz es fuerte agitación humana, pero también rebota en ella el latir de las cosas. No se demora en las frágiles ramas de lo que toca, sino cava en su centro. Ya talle el dolor con queja vencida o zarpa rebelde, ya se encare al destino, o sea luz, rocío y sonrisa en la inconciencia de la hermosura, lo hace con temblar fecundo. Es calidez también su amor a toda cosa pàrvula. Su claro heroísmo, su misticidad terrestre, están conmovidos de proliferaciones espirituales, y cuando habla a su raza de América, siembra anchamente la esperanza. Es una vena creativa que cuaja, se rompe a toda hora, se da...

Ya ha pasado en América hispana el deslumbre de Rubén Darío, «el poeta ideal»; aparece esta mujer, «el poeta germinal». Lugones fué de la constelación del Maestro y es hombre de hoy juntamente es remolino de todas las tendencias, un rompepeolas para la crítica.

La Mistral tiene una dirección más clara. Sería la negación de

Darío, si no fuera—en cierto modo—su consecuencia. Aquél llevó la poesía latino-americana (como hicieron el Parnaso y el simbolismo en Europa) a un grado sumo de perfección, de aquilatamiento de su calidad, realizados por él como uno de los ejemplos más grandes en las literaturas. Casi no imaginamos puedan componerse poemas de modo superior al de ese hijo de la Sabiduría y de las Gracias. Después de *tour de force* tan alto, hubiérase roto la curva de nuestra lírica... Pero la vida es proyección inesperada; los ruisñores volvieron a cantar, y una oscura *maestrina* de Arauco marca su acento con pulso y con atracción que recuerdan los del Insuperado.

Es para persistencia de la savia de nuestra poesía, que ha dictado ya a España su suave ley. Pero, como en toda dinámica continuidad, esta voz nueva discrepa, es como una rectificación del rubendarismo. Tras el vértigo de cultura del siglo XIX, en que nos embriagamos los americanos, como Europa, vino un deseo de sencillez, de elementalidad, de una literatura no a base de gran inteligencia y de afinamiento, sino de sentimientos simples, más bien instintiva.

La guerra aumentó tal impulso y se hace a esta hora una poesía preocupada de su materia directa, sin grandes problemas de Arte, zurda a ocasiones, como es siempre lo muy nuevo pero fuerte.

Gabriela Mistral, por su índole misma esencialmente sustantiva, entró en esta modalidad de ahora, y, al tomarla, la llevó, la ha llevado a su más dignificada categoría. Extrae lo que afirma o canta, de sí misma o de afuera, espontánea, aun bruscamente, y lo pone en su rima o su prosa, crepitador como un corazón o una flama vivos, aun mojado, nos parece, de la plasmación, e infundido, además, de una leche apremiada de comunicaciones; fluye en golpes dinámicos, en latente tibieza...

Es el modo adecuado de decir su intención: el sentido maternal de la vida; porque eso es su palabra: *maternidad*, *maternidad*, el mito Démeter de los griegos y el ideal cristiano de la Virgen, que junta a ella y enriquece con la sensibilidad de hoy y el ardor de su henchido y tremante «caso» humano.

Nadie expresa el misterio del hijo y la gracia del brote, ni siente, como ella ser una amplia protección, un regazo de cuanto aspira a vivir, sobre todo lo débil y tenue; idolatra a los niños, la brizna, el ala. Oprime en su corazón todas las criaturas y formas incompletas, medrosas. Su obra es entera como canto de cuna, diversificado y tendido en momentos a todo lo viviente; y a ese instante el reclamo colinda ya en ella con un amplio himno de amor.

Y esto lo hace con agudo designio, y así, tal sentimiento le brota, no como una filosofía, sino más bien cual pasión visceral; su ofrecerse a la vida con nupcial arrebató o con santidad diáfana—pues que emplea los dos modos—más que panteísmo o elevación (aunque tenga algo de éstos) es ternura entregada, concreta, de mujer, hasta por su pia y diligente nimiedad femenina que se revela en pasajes. Y tal es su originalidad. Es la madre, simplemente, nada más, transvertida en poeta. Y de allí su ascendiente en las almas. Y como es una madre sin límites, lo que dice es a veces también de la grande poesía.

Vuelca todo el fondo efusivo en el verso, como sólo lo hacemos a la hora de amar. Es que en su obra está revertido—y esto todos los saben—un gran afecto humano estrangulado. Y tal es la tragedia y el milagro de este espíritu. En su horrendo abandono de amor, «listado de hiel y de sangre», como sus poemas primeros, tal vez tuvo intuición de que todo está huérfano y solo también en la tierra, y quizás en el cosmos («¡qué solos estamos bajo la demencia de los cielos!» clamaba Laforgue) y esta dulce mujer ideó su caricia y su amparo para todas las cosas.

Volvió a lo universal su dolor, heroicamente, y cambiolo en prodigalidad, en oblación de sí misma; y arrancóse de él, de ese modo, transformado en bondad de vivir, vuelto ya acto y deliquio ferviente. Y nació así de nuevo, e intacta, al Amor.

Sus palabras se estremecen del ensalmo operado y trepidan, borbotan de holocausto gozoso. No podría hablar sino así, ansiosamente, la Mistral. La razón de su verbo es tan honda, tan honda, que no arregla casi el lenguaje. Es agreste con frecuen-

cia (lo que enoja a cierto buen gusto modoso exigente), pero rica de expresión inmediata y de fuerte visión natural, cualidades medulares. Sólo a veces, nada más desbastado su modo, falla el efecto deseado; el vocablo se asorda, flexiona, sobre todo en sus versos, como ocurre a todo el que crea con sentido muy virgen—Verhaeren o Almafuerte. También tiene un decir conceptista (como el que usa Unamuno) acosado, jadeante—y por eso ya sin ritmo, sin contorno apolíneo exterior—para muchos antiartístico, pero a que ella ha acudido por rendir (lo que acaso es un grande pecado castigado en el Arte) su subfondo más desnudo, recóndito, su impulsión esencial.

No es, sin duda, el poeta perfecto, y su obra terminada ya, no la ha escrito. Pero es algo genial esta extraña mujer en América, donde el genio literario «se ha trocado a esta hora —parece—en femenino»; y su raza expectante, sorprendida, tiene atento su oído a esta voz.

EDUARDO COLÍN.

México.

GLOSARIO DE REVISTAS

Educación y Gobierno.

Luis de Zulueta sigue realizando su labor periodística—por lo que toca a la actualidad de sus comentarios—con la misma elevación e interés educativo de sus mejores ensayos.

Ultimamente ha glosado en *La Libertad* de Madrid, un texto de H. G. Wells, tomando en él pie para ponderar el valor de dos probables criterios divergentes ante el problema de las libertades políticas.

El texto de Wells, que viene en un reciente artículo suyo sobre la *Educación de los adultos*, es el siguiente:

«En Inglaterra ha habido una tentativa ridícula para suprimir la propaganda bolchevique. He visto bastante propaganda bolchevique, y la verdad es que no me parece género muy convincente. Pero, suprimiéndola, confiscando la policía sus libros y papeles, se la ha revestido de una cualidad de misterio romántico y de enorme significación. Nuestros mocitos y doncellitas, especialmente los

más brillantes e imaginativos, se dan a pensar que debe de ser algo portentoso para agitar de ese modo a las autoridades.

«Es más: en nuestras Universidades se ha incitado a los tipos más rústicos y brutales de estudiantes a agredir, y casi a exterminar, a los sospechosos de tales lecturas. Esto acaba de dar a la cosa una alta fascinación intelectual.

«El resultado es que todos los alumnos de los colegios ingleses, con una chispa de iniciativa mental y de respeto a sí mismos, se sienten anhelosos de abrazar la doctrina bolchevique. Creen en Lenin... porque les han impedido leerlo.»

Ahora, Zulueta quiere tomar la afirmación del autor de *La llama inmortal* como «reactivo psicológico» para despertar una actitud precisa en un profesor y un hombre de Gobierno.

Parece, a primera vista, que ambos debieran pensar y responder de idéntica manera. Uno y otro comparten, en verdad, la misión de educar y dirigir los hombres.

Sin embargo, Zulueta presente una disparidad de criterios entre el educador y el político avocados al problema concreto que plantea el novelista inglés.

El primero resumiría así su manera de pensar: «Vale más discutir abiertamente con los muchachos universitarios; mostrarles con sinceridad el pro y el contra; no ocultarles ninguna doctrina, ningún hecho social, ninguna posición del espíritu; hacerles sentir que toda antorcha es sagrada; pero que, quizá en otras regiones elevadas, serenas, hay todavía más luz que la que ellos sospechaban». Se educa por la libertad y para ella; un criterio contrario nos llevaría a substituir la razón por la fuerza; la convicción inteligente, por el fanatismo; nos obligaría a trabajar en la formación de esclavos o rebeldes y no de seres racionales y libres.

En cambio, el hombre de Gobierno (¡quién sabe lo que diría en cada ocasión un hombre de Gobierno!, exclama el universitario español), a solas con su conciencia, pensaría: «Vivimos en la Tierra, y en este planeta nuestro no se gobierna con literatura. La mejor refutación de Lenin es no leerlo. No saben por lo común los pueblos usar rectamente de la libertad. El derecho de opinión es muy respetable; pero cuan-

do las opiniones resultan peligrosas para el orden social, el orden social es lo primero, y las opiniones disidentes deben ser suprimidas y ahogadas...»

Son, pues, dos soluciones diametralmente opuestas las que, en el sentir del pensador peninsular, inspira a un gobernante y a un profesor este problema capitalísimo de la cultura social moderna. Son dos soluciones inspiradas por criterios entre los cuales median algunos siglos de diferencia. «Los gobernantes están hoy donde los educadores estaban hace siglos». Son los mismos métodos pedagógicos hace tiempo abandonados, los que hoy tienden aún a practicar los hombres de Estado.

Es que, talvez, nos hallamos aquí ante dos finalidades distintas: la que impone una consideración ideal del progreso y de la naturaleza humana, y las que dictan las imposiciones inmediatas de la razón práctica.

No es dudosa la elección de Zulueta entre los términos de este dilema. Ya la indicaba Platón, dice, en su diálogo *El Político*: «...Llamemos al arte de gobernar mediante la violencia, *tiranía*; y al arte de gobernar libremente animales bípedos que se prestan a ello gustosos, *política*; y proclamemos que sólo quien posee este arte es el verdadero político y el verdadero gobernante».—V.

La actualidad del problema religioso.

La Nación de Buenos Aires publica un artículo de Joseph Caillaux acerca del viejo y permanente problema de las relaciones del Estado y la Iglesia, que acontecimientos políticos de última data renuevan en Francia, y que las reformas constitucionales de nuestro país hacen también de actualidad entre nosotros.

Comenta el ministro francés el ataque periódicamente repetido contra las izquierdas de la política de su patria: «la República francesa está en guerra con la religión»; y concluye precisando cómo los esfuerzos de la política radical no significan una avanzada contra los derechos legítimos de la conciencia religiosa, sino el propósito de fijar los límites a que es lícito lleguen las actividades eclesiásticas, y de delimitar su acción relativamente al campo propio del ejercicio de las actividades políticas.

Señala los progresos de la legislación americana en lo que se relaciona con la neutralidad religiosa en la enseñanza, para establecer que los fines que los partidos avanzados anhelan obtener en Francia es sólo lo que en América está ya incorporado a la legislación positiva, sin que se hayan levantado contra tales reformas reproches de inmoralidad o de atropello a los

principios de libertad que los propios partidos de avanzada sustentan y defienden.

En Alsacia y Lorena, por ejemplo, el espíritu clerical se opone a la fundación de escuelas nacionales o municipales donde los alumnos protestantes o judíos puedan ocupar los mismos bancos que los católicos. He aquí, pues, un hecho por el cual el estadista francés fija el alcance y la actual posición del problema religioso en su patria.

Lo que en verdad hay en el fondo de este problema, piensa Caillaux, no es el propósito de defender la religión contra un pretendido deseo de colocarla al margen de las garantías de libertad sino el anhelo de desposeer a un *Gobierno que no es del agrado de los grupos sociales y políticos que han unido su fortuna a la de la Iglesia, para detrimento de ella.*

A pesar de todas las protestas de neutralidad política, la participación de la Iglesia, o más bien del clero, en la vida colectiva, *tendrá una tendencia fatal a ejercerse paralelamente a la acción de los partidarios de pasados regímenes de gobierno, y a fomentar y encauzar las formas del conservantismo social.*

Los ataques a las leyes de matrimonio civil y divorcio prueban esa tendencia inevitablemente reaccionaria de las actividades sociales de la Iglesia.

El manifiesto del Episcopado francés es un *Syllabus de reacción* que reproduce en nuestro siglo el que Pío IX formulara en el siglo XIX.

No es, pues, un problema de hoy, suscitado por los avances abusivos de la política de izquierda, esta cuestión religiosa. No es el desacuerdo del Gobierno liberal con Roma el que haya irritado a los representantes de la Iglesia. Las relaciones de Francia con el Papado no siempre han sido cordiales; reyes franceses declararon la guerra a la Santa Sede, y los ejércitos del rey de Francia contaron entonces con el apoyo económico del clero francés.

No se ha suscitado, pues, el problema religioso por las necesidades de la defensa de libertades espirituales desconoci-

das o amagadas; ni por reacción frente a una iniciativa liberal que invade un terreno de actividades que no le es propio. La reacción no invoca la libertad, sino como un medio de recobrar la dominación absoluta.

La Iglesia no se coloca contra el Gobierno liberal, sino porque así lo exigen las tendencias políticas conservadoras cuyos intereses y actividades se desenvuelven en armonía con la acción social de la Iglesia, y porque ambas fuerzas de reacción ven en el Gobierno liberal, por un lado, una valla a los intereses que constituyen el ideal político conservador, y por otro, un peligro para las aspiraciones de dominación temporal que la Iglesia sustenta.—V.